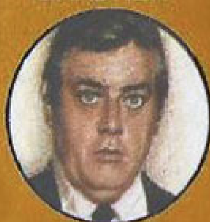
ERLE STANLEY GARDNER



PERRY MASON

EL CASO DE LA "MINA" RUBIA



Mason cree que es una locura que alguien le pague a una chica hermosa 100$ a la semana para subir de peso. Cuando lee el contrato descubre que en realidad encubre otro negocio. Es una modalidad endiabladamente inteligente de contrato de heredero ausente. La historia se complica cuando Boring muere en extrañas circunstancias. Una vez más, la vista oral es emocionante y brillante.



Erle Stanley Gardner

El caso de la mina rubia

Perry Mason # 67

ePUB r1.0
Ronstad 23.04.2013

Título original: *The case of the blonde bonanza*
Erle Stanley Gardner, 1962
Traducción: E. Riambau

Editor digital: Ronstad
ePub base r1.0



Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

ALDER Dianne: Una muchacha que sabe administrar sus intereses, pero no su régimen de calorías. Es una rubia escultural, pero su aumento de peso le hace correr el peligro de llegar a ser monumental.

BORING Harrison T.: Sabe que la rubia es una mina de oro, pero él hace cuanto puede para no tener que compartir la mina con nadie.

BRADY Carmen: La directora de un motel. Su testimonio es importante, pero su reloj no funciona como es debido.

DILLARD «Moose»: Un detective de carácter irascible que trabaja en la oscuridad, y por ello no logra ver el peligro.

DRAKE Paul: Veterano detective privado con métodos seguros y eficaces, a pesar de su obligado régimen a base de hamburguesas y bicarbonato.

FOSTER Montrose: Especialista en herederos desaparecidos. Su tarea consiste en hallarlos, pero a cambio de la mitad del beneficio.

KIRBY Tía Mae: No cree en las conversaciones sobre negocios o amor sostenidas con el estómago vacío.

LELAND Cárter: Fiscal del distrito muy aferrado a sus ideas, hasta que Mason le obliga a descartarlas.

MASON Perry: Esta vez salva a un hombre que se ahogaba desde hacía catorce años.

NYE Sid: Es la mano derecha de Paul Drake y sabe correr en auxilio de un amigo si éste grita *Hey Rube*!

PALMER Marvin Harvey: Joven «playboy», aficionado a los coches deportivos y a las faldas.

POLICÍA Mujer: Un agente femenino de las fuerzas del orden locales. Su simpatía y amabilidad dejan mucho que desear.

STREET Della: Siempre llena de buenas intenciones, y soñando encontrarse un buen día entre los brazos de su idolatrado jefe Perry Mason.

TALENT Warren (Juez): Ocupa su sitial con dignidad, tiene reflejos muy rápidos y expone su admiración por la diestra actuación de Perry Mason.

WINLOCK George D.: Un ágil agente de compra y venta de fincas, víctima de un implacable chantaje que sólo podrá pagar mientras sigan en alza los precios de los terrenos.

WINLOCK Mistress Palmer: Elegante dama prendada de su posición social. Por desgracia, no le interesa que nadie ahonde en los detalles legales de su segundo matrimonio.

Prólogo

De cuando en cuando, y como tributo a las figuras más destacadas en el campo de la medicina legal, he dedicado mis libros con prólogos adecuados.

Sin embargo, el presente libro no va dedicado a una sola persona, sino a un grupo de hombres.

Debido a mi prolongado contacto con el crimen y con la vista de causas criminales, he aprendido a apreciar el valor de la investigación científica y de la imparcial devoción a la verdad que caracterizan al verdadero experto.

El testigo profesional que usaba sus conocimientos técnicos como trampolín que le permitiera colocarse en una postura parcial en una controversia de carácter legal, es hoy una anacrónica reliquia procedente de épocas ya caducas.

El experto testigo moderno contempla los hechos con una objetividad científica. Expone las razones de sus puntos de vista con una lógica concisa y es el primero en admitir todo hecho que se oponga a su opinión o que parezca hallarse en contradicción con ella.

He presenciado cómo la American Academy of Forensic Sciencies crecía, gracias a una idea de mi amigo, el difunto doctor R. B. H. Gradwohl, hasta llegar a su actual posición de merecido prestigio.

Espero que el público llegará a apreciar la importancia de la medicina legal y de los métodos científicos conducentes a la detección del crimen, y que aprenderá a desconfiar del anticuado testigo que presta su declaración bajo el disfraz de experto, siendo en realidad un profesional de la parcialidad.

El testigo científico de nuestros días sólo se interesa por el

hallazgo de la verdad. Expone los hechos tal como son éstos, su opinión es imparcial, y sus declaraciones no toman partido por nadie.

Y ya que la American Academy of Forensic Sciencies ha hecho tanto para conseguir este objetivo, dedico con todo respeto este libro a:

The American Academy of Forensic Sciencies.

Erle Stanley Gardner

Capítulo 1

Debido a que Della Street, la secretaria particular de Perry Mason, estaba pasando un par de semanas de vacaciones con una tía que vivía en Bolero Beach, el abogado fue allí en su viaje de regreso después de haber visitado a un cliente en San Diego. Puesto que era sábado y hacía un tiempo espléndido, un poco de persuasión por parte de Della Street y una invitación a cenar de tía Mae, lograron que el abogado se aposentara en el hotel Bolero.

—Además —puntualizó Della Street—, el lunes por la mañana puedes llevarme en coche a casa.

—Esto parece una insinuación para lograr un viaje de regreso gratis —dijo Mason—. ¿O acaso forma parte de una conspiración entre tú y Mae para obligarme a tomarme unas vacaciones?

—Ambas cosas —replicó ella—. Cualquier abogado al que su trabajo le obligue a considerar como vacaciones un sábado por la tarde y un domingo, necesita que alguien le cuide. Tía Mae ha prometido una de sus cenas a base de pollo, la playa estará llena de bañistas seductoras y, por si fuera poco, he husmeado un misterio.

—No necesito ningún misterio —dijo Mason—. Arena, sol, *surf*, bellezas en traje de baño y una de esas cenas a base de pollo preparado por Mae, consiguen sobradamente que el negocio legal parezca aburrido y abrumador, la atmósfera de la oficina irrespirable y los textos de jurisprudencia una lata. Me quedaré.

—Entonces —preguntó ella con una mirada maliciosa—, ¿no te interesa el misterio?

—Yo no he dicho tal cosa —protestó Mason—. Sólo he dicho que me presentabas suficientes instigaciones. El misterio es como el aderezo de un pastel; no es esencial, pero resulta delicioso.

—Ponte el bañador y reúnete conmigo en la playa dentro de

media hora —dijo Della—. Te enseñaré el misterio.

—¿Es un ser animado?

—Lo es.

—¿Dos piernas o cuatro?

—Dos… y espera a verlas.

—Estaré allí dentro de veinte minutos —prometió Mason.

En realidad, empleó sólo dieciocho. Descubrió a Della Street echada sobre la arena a la sombra de un quitasol de playa.

—¿Y bien? —inquirió Mason, dando un vistazo aprobador al cuerpo bronceado de la joven.

—Ha de estar a punto de llegar —dijo Della Street—. Son casi las doce… ¿Tienes apetito?

—Estoy hambriento —afirmó él—, pero en vista de las perspectivas del pollo de Mae, prefiero refrenar mi apetito por el momento.

—Mucho me temo —dijo Della— que *tendrás* que comer algo… Espera, creo que ya llega.

Della Street le indicó una rubia llena de curvas que avanzaba lentamente por la franja de arena húmeda contigua a las olas.

—¿La has visto? —preguntó.

—Todo lo que puede verse de ella —contestó Mason.

—¿Estaba en lo cierto al hablar de sus piernas?

—Es el segundo premio de belleza en toda la playa. Supongo que el misterio consiste en averiguar por qué no la acompaña nadie.

—Esto es únicamente uno de los misterios. ¿Quieres que dejemos nuestras cosas aquí y la sigamos?

—¿Estarán seguras?

—Es una playa privada y nunca me ha ocurrido nada. Al parecer, nadie se molesta en tocar trajes de toalla, sandalias y un par de libros.

—Vamos, pues —aceptó Mason.

—La joven en cuestión —explicó Della Street— dirige sus pasos hacia el restaurante.

—¿Y nosotros la seguimos hasta allí?

—Exactamente. Es un *snack-bar* y dispone de un comedor al aire libre para los bañistas. La comida es de primera.

—¿Y cómo pagaremos? —preguntó Mason, echando una ojeada

a su bañador.

—Si eres huésped del hotel, firmas un vale. Si no lo eres, pero sí socio del club, haces lo mismo.

—Tú prometiste *presentarme* el misterio —dijo Mason, mientras se dirigían hacia el comedor.

—Recuerda —replicó ella— que prometí presentarte el misterio, no la chica.

—¿Es que hay una diferencia?

—Ya lo creo. Como la que pueda haber entre el *corpus delicti* y el cadáver. Como tantas veces me has explicado, el profano suele creer que, en un caso de asesinato, el *corpus delicti* es el cadáver. En realidad, si recuerdo bien tus disertaciones, la expresión se refiere más bien al cuerpo del *crimen* que al de la *víctima*.

—Por lo que veo —dijo Mason—, va a serme presentado tan sólo el misterio y no el cuerpo al que el misterio pertenece.

—A partir de este momento —indicó Della Street, mientras entraban en el comedor—, tú te ocupas del asunto. Sin embargo, debo señalar que durante los diez días que llevo observándola, siempre ha estado sin compañía alguna. Ello demuestra que esta chica no da facilidades.

—¿Y en qué consiste el misterio? —preguntó Mason.

—¿Qué opinas de su figura?

—Creo que la expresión que mejor le cuadra es la de «bien desarrollada» —contestó Mason.

—¿No crees lógico que tenga que enfrentarse con un problema de peso?

—Yo diría que el peso y los silbidos de los que se cruzan con ella han de ser los dos problemas fundamentales de su existencia.

—Perfectamente —dijo Della Street—. Siéntate aquí y podrás ver lo que encarga para comer. No lo creerás.

Mason y Della Street pidieron bocadillos de jamón y café, se acomodaron en sus sillones tapizados a prueba de humedad y, tras unos minutos de espera, vieron que servían a la opulenta rubia lo que parecía ser un vaso de leche.

—Por lo que veo, esta joven es abstemia —contestó Mason.

—Por si te interesa —explicó Della Street—, lo que contiene ese vaso es mitad leche y mitad flor de leche. Sonsaqué este detalle a la

camarera, pero esto que has visto no es nada.

La rubia en traje de baño bebió lentamente el contenido del vaso. Después, la camarera le sirvió un bistec de respetable tamaño, acompañado por una ración de patatas fritas y seguido por una tarta de manzana y dos barras de caramelo.

—Supongo que estas dos barras de caramelo deben servir para que no pase hambre hasta la hora del té —observó Mason.

—Aún no te figuras ni la mitad del asunto —dijo Della Street—. Alrededor de las cuatro volverá para tomar el té. Tomará un helado de chocolate y un buen pedazo de pastel. Su té consistirá en leche malteada, mezclada con chocolate.

Mason enarcó las cejas.

—A juzgar por lo que dices, este caso te ha estado interesando mucho.

—¿Que si me ha estado interesando? —exclamó ella—. ¡Estoy fascinada! Ya te he dicho que sonsaqué a la camarera a base de propinas. En la cocina se comenta el asunto. El personal ha totalizado las calorías que consume cada día y el resultado es lo que en Hollywood calificarían de «supercolosal».

—¿Todo esto necesita para mantener su tipo en el nivel adecuado? —preguntó Mason.

—Nivel no es la palabra apropiada —replicó Della—. Está engordando visiblemente. Pero espera hasta que haya firmado la nota y salga del comedor. Fíjate en lo que hace entonces.

La rubia terminó el postre, firmó la nota, recogió las dos barras de caramelo y se encaminó hacia la entrada. Por el camino se detuvo en una báscula dotada de una gran esfera indicadora de pesos.

—Son casi dos kilos y medio en estos últimos ocho días —comentó Della Street.

—¿Has estado observando?

—Observando y maravillándome. Parece como si esta muchacha estuviera empeñada en un esfuerzo desesperado por ganar peso, a pesar de que nada tiene de depauperada.

—¿Durante cuánto tiempo ha estado sucediendo todo esto, miss Sherlock Holmes? —preguntó Mason.

—Durante unas dos semanas, según afirma la camarera.

—¿Esta información fue suministrada gratuitamente? —inquirió Mason.

—A cambio de una propina de cinco dólares.

—Es una situación que merece que se le dé un vistazo —murmuró Mason para sus adentros.

—Un buen vistazo le has dado —dijo Della Street, mientras la rubia cruzaba la puerta del comedor.

—¿Y ahora qué hará? —preguntó Mason.

—Tiene una sombrilla de playa. Se echa bajo ella, hace la siesta y lee.

—¿Ningún ejercicio?

—¡Oh, sí! El ejercicio necesario para abrirle un saludable apetito. Y aunque su poco ejercitado ojo varonil no le haya revelado el detalle, míster Perry Mason, el traje de baño de esta chica ha llegado al límite de sus costuras. Ya era bastante apretado en sus principios, para ahora amenaza con estallar… y en ambas direcciones.

—¿Has hablado de esto con tu tía Mae? —preguntó Mason.

—Lo he comentado con ella dos o tres veces, y Mae vino ayer para verlo con sus propios ojos.

—¿La conoce Mae? —inquirió Mason.

Della Street reflexionó un instante.

—Yo creo que sí, Perry. Sonrió de un modo enigmático. Mientras estábamos en el restaurante no se quitó los lentes de sol, y al regresar, se sentó bajo mi sombrilla. Tengo la impresión de que procuraba evitar que la rubia la viese y la reconociera.

—¿Pero Mae no admite tal cosa?

—En absoluto. Ha estado muy atareada preparando todos los detalles para su cena de pollo, y buscando todos los ingredientes.

Mason firmó la nota y dijo:

—Tiene que haber algún truco en todo esto. Tal vez se trate de alguna cuestión publicitaria.

—Muy posible —admitió Della Street—, pero, ¿qué diablos puede ser?

—¿Y siempre está sola?

—Siempre se mantiene alejada de los lobos que corren por la playa. Y esto —añadió Della Street— es bastante difícil.

—Por lo que veo —dijo Mason—, tú no lo has conseguido del todo.

—Es que a lo mejor no he puesto tanto empeño en ello —dijo Della—. Sin embargo, procuré que todos se enterasen de que reservaba todo el sábado y el domingo para ti.

—¿O sea que estabas ya segura de que podrías convencerme para que me quedase? —preguntó Mason.

Della Street sonrió.

—Digamos que así es, señor Perry Mason. Pero sabía que si no te quedabas, tampoco pasaría una tarde desastrosa ni me quedaría sin bailar por la noche.

Mason empezó a hablar entre dientes.

—Tarta de manzana…, leche malteada con chocolate…, tiene que haber algún truco en alguna parte, Della. Y también tenemos un cuerpo irresistible enfundado en un traje de baño que ya no da más de sí. Algo va a ocurrir.

—Siempre podemos abrir una sucursal de nuestra oficina en la playa.

—Me temo que nuestros clientes no vendrían tan lejos, Della.

—Cierto, pero ese traje de baño ya no puede ensancharse más —pronosticó Della.

Capítulo 2

Mae Kirby saludó a Perry Mason con visible afecto.

—¡Dichosos los ojos que le ven! —exclamó—. ¡Y Della siempre trabajando sin parar!

—Lo sé, Mae —dijo Mason—. El tiempo pasa más de prisa de lo que parece. Yo voy saltando de un caso a otro.

—Y siempre a toda marcha —añadió ella—. Será mejor que aplique el freno. La salud no puede resistir este paso. Entre. Hay alguien que desea conocerle.

Della Street se hallaba en el umbral. Sonrió a Mason y después le dirigió un rápido guiño mientras Mae le hacía pasar a la habitación.

—Dianne Alder —dijo Mae—, le presento a Perry Mason.

La joven colocada junto a la ventana era la misma rubia que Mason y Della Street habían estado observando al mediodía.

Tendió la mano a Mason y le dedicó una sonrisa radiante.

—Estoy impresionada de veras —dijo—. Es un verdadero honor para mí. He oído hablar tanto de usted y he leído tantas cosas, que me parece un sueño llegar a conocerle personalmente. Mistress Kirby ha sido muy amable al invitarme.

Mason dirigió una rápida mirada a Della Street, observó el ligero movimiento afirmativo de la joven, y después dijo:

—Me está usted halagando, miss Alder. El gusto es mío.

—Esta semana he visto varias veces a su secretaria en la playa, pero no sabía quién era. De lo contrario, habría tenido el atrevimiento de presentarme yo misma. Es tan atractiva que cualquiera imaginaría que…

—Vamos, vamos —interrumpió Della Street—. Logrará que todos nos volvamos unos engreídos, Dianne.

—Ahora tomaremos un buen «Martini» seco y después cenaremos —dijo Mae—. Nos espera el pollo de la casa.

—He oído hablar del pollo especial que prepara mistress Kirby —comentó Dianne Alder—. Es casi tan famoso como Perry Mason.

—¿Le apetece probarlo? —preguntó Della Street.

—¿Que si me apetece? ¡Estoy lo que se dice hambrienta!

Mason y Della Street cambiaron una mirada.

Una vez saboreados los combinados y poco antes de sentarse para cenar, Mason consiguió aislar a Della Street en un rincón para iniciar una apresurada conversación confidencial.

—¿Qué es esto? —preguntó—. ¿Una especie de celada?

—No lo creo —dijo ella—. Sólo una sorpresa que tía Mae ha querido damos. Sabía que yo estaba interesada y es evidente que hace ya tiempo que conoce a Dianne. La ha invitado a cenar para que pudiese hablar contigo. Tía Mae suele ser muy considerada. Sabe que hay muchas personas que se mueren por conocerte, y cuando tú vienes a cenar, nunca invita a nadie más. Esta vez representa una excepción.

—¿Has descubierto algo? —preguntó Mason.

Della movió la cabeza en ademán negativo, y estaba a punto de contestar cuando Mae la interrumpió.

—Vamos a ver, vosotros dos. No sé si habláis de negocios o de amor, pero ninguna de las dos cosas debe hacerse con el estómago vacío. Venid a sentaros. Usted, Perry, siéntese aquí, y Della aquí. Dianne se sentará a mi lado.

Media hora más tarde, cuando hubieron dado buena cuenta de la tarta caliente y del café, Della Street dijo:

—Ha sido maravilloso, tía Mae, pero me asusta pensar que habré ganado casi medio kilo de peso.

—Yo también, pero espero que sea así —dijo Dianne.

Mason enarcó las cejas. Por un momento reinó el silencio, que fue interrumpido por Della Street.

—¿*Espera* que sea así?

—Sí, estoy tratando de ganar peso.

Della Street contempló el busto de la joven y Dianne se echó a reír con cierta timidez.

—No puedo discutir lo que está pensando —dijo—. Cree que no

lo necesito, pero en realidad yo…, bueno, tengo que aumentar un par de kilos más.

—¿Qué pretende hacer usted? —preguntó Della Street—. ¿Dedicarse a la lucha libre? No, no he querido decir esto, Dianne. Es que me ha extrañado su manera de explicarlo. Parece como si tuviese que llegar a un peso determinado.

—Es que se trata de eso.

Mason enarcó otra vez las cejas, formulando una muda pregunta. Dianne se ruborizó ligeramente y dijo:

—No sé cómo ha salido a relucir ese tema. Yo…, bueno, vamos a dejarlo.

—Desde luego —intervino Della Street—, no queremos pecar de curiosos, pero ahora sí que ha despertado nuestro interés. Y conozco de sobra a mi jefe para saber que cuando se despierta su curiosidad, empieza a roerle la conciencia como las termitas en un edificio de madera. Será mejor que nos lo cuente todo… suponiendo, claro está, que no se trate de un asunto demasiado confidencial.

—Pues bien —contestó Dianne—, en cierto modo es confidencial, o sea que se supone que no debo hablar de ello. Pero me consta que mistress Kirby es la discreción en persona. Sé que nunca se presta al cotilleo, y en cuanto a ustedes, sé que hablo con un abogado y con su secretaria.

—Adelante —invitó Della Street.

—El secreto consiste en que voy a servir de modelo para un nuevo estilo —reveló Dianne.

—¿Un nuevo estilo? —preguntó Della Street.

Dianne se echó a reír de buena gana.

—Ya sé que la cosa parece absurda —admitió—, pero me pagan para que aumente de peso y… bueno, eso es todo cuanto puedo contarles.

—Espere un momento —dijo Della Street—. Vamos a ver si lo he comprendido bien. ¿Le pagan para que aumente de peso?

—Seis kilos a partir del momento en que comencé.

—¿Con un límite de tiempo?

—Sí.

—¿Y alguien le paga por ello?

—Sí. Unos diseñadores de modelos. El… Oh, ya sé que parece

una tontería, pero es que aún no sé cómo empezó todo. Sea como fuere, ciertos diseñadores de modas creen que ha habido una tendencia excesiva a eliminar peso, juzgando que todo el mundo está pugnando por perder peso y que ello no es natural. Dicen que la gente sería mucho más feliz si no estuviese tan esclavizada por el régimen alimenticio, o sea, tuvieran libertad para comer lo que se les antojase.

»Desde luego, hay personas que son lo que se llama obesas, y mis principales no desean tal cosa. Durante algún tiempo han estado buscando una chica que sea…, bien, lo que ellos llaman de «carnes consistentes», y que pueda ganar peso suficiente para lucir las modas que ellos pretenden lanzar al mercado. Van a fotografiarme y saldré en la televisión. Y eso es todo. Voy a ser una especie de modelo; iniciaré una nueva tendencia.

»Ya saben lo que ocurre con los desfiles de modelos. Los vestidos son presentados por modelos que se han concentrado en mantenerse esbeltas y sin una onza de grasa. Pero las mujeres que asisten a ellos y que ven ese vestido, pesan casi todas de diez a quince kilos más que la delgada modelo.

»Mis jefes me han hecho examinar por un médico y creen que, sin alterar mis medidas de cintura y de busto, puedo aumentar seis o siete kilos. Lo que tratan de conseguir es que mis curvas se mantengan estilizadas… ¡Oh, por qué les estaré contando todo esto!

Súbitamente, Dianne se cubrió su sonrojado rostro con las manos, y exclamó:

—No hay motivo —intervino Mason—, lo que ha contado me interesa muchísimo. Yo creo que para usted es una excelente oportunidad. Ha hablado de sus jefes. ¿Se trata de alguna casa de modas?

—Francamente —dijo Dianne—, ignoro quiénes son mis principales. He tratado con ellos a través de un agente… y en el contrato hay la cláusula de que no debo hablar de eso con nadie.

—Ya comprendo —asintió Mason, sumamente pensativo.

—¿Está ganando peso? —preguntó Della Street.

—¡Ya lo creo! Durante los últimos cinco años, he estado contando calorías, y ahora puedo disfrutar de todo lo que se me antoja. Mi apetito se ha desarrollado de tal modo que al ver la

comida, se me hace la boca agua. Llegaré al peso convenido, sin duda, pero lo que no sé es si podré dejar de comer cuando haya conseguido mi objetivo. Me temo que voy a rebasarlo.

—Desde luego —observó Mason—, tiene usted el tipo adecuado para realzar las curvas femeninas y hacer vender vestidos.

—Es que esto es lo que se pretende —dijo ella—. Quieren vender trajes. Creen que la mujer corriente está cansada de pasar hambre y que yo puedo, mejor dicho, ellos pueden crear una nueva tendencia en la moda si consiguen hallar la modelo adecuada.

—Creo que la han hallado —aseguró Mason, y alzando su taza de café sonrió a la avergonzada Dianne Alder, diciendo—: ¡Brindo por su éxito!

Pero cuando quince minutos más tarde Mason pudo lograr un aparte con Della Street, dijo:

—Della, hay algo muy alarmante en todo este asunto de Dianne Alder. Dice que tiene un contrato. Al parecer, se trata de un contrato por escrito. Ella da la impresión de ser una buena chica; me disgustaría mucho que sufriese algún perjuicio. Voy a presentar mis excusas y marcharme. Trata de conseguir una conversación íntima, de mujer a mujer, con ella, y de averiguar algo más acerca de este contrato. Tienes suficiente práctica legal para ver si hay gato encerrado al primer vistazo.

—Si gana dinero por aumentar de peso —comentó Della Street melancólicamente—, está disfrutando de una existencia ideal.

—Hasta que alguien le siegue la hierba bajo los pies —dijo Mason— y la deje plantada con todas esas curvas.

—Sé lo rápido y fácil que es ganar peso, y lo difícil y doloroso que resulta el proceso contrario, pero, ¿qué pretenden hacer con ella? Expuesto de otro modo, ¿por qué iba alguien a establecer un contrato como éste?

—Ya que es amiga de tu tía Mae —dijo Mason—, creo que el plan mejor consiste en averiguarlo.

Capítulo 3

Eran las nueve de la mañana siguiente cuando sonó el teléfono de Mason.

—¿Estás presentable? —preguntó Della Street.

—Totalmente vestido y con la mente despejada —replicó Mason —. ¿Dónde estás?

—Abajo, en el vestíbulo.

—¿Ocurre algo?

—El contrato.

—¿Qué contrato? Oh, ¿te refieres al de Dianne Alder?

—Sí.

—¿Te has enterado de algo?

—Mejor que enterarme. Tengo una copia.

—Magnífico —aprobó Mason—. Sube. Te espero ante el ascensor.

Cuando Mason vio a Della, le preguntó:

—¿Has desayunado ya?

—No. ¿Y tú?

Mason negó con la cabeza.

—Estoy hambrienta —dijo Della.

—Entra —invitó Mason—. Haré subir algo a la suite y desayunaremos en la terraza que da al mar.

El abogado usó el teléfono para pedir huevos fritos con jamón, café y tostadas.

Della Street se acercó a la luna del armario y se contempló con aire crítico.

—Tengo miedo de sentirme inspirada por el ejemplo de Dianne —dijo—. Me asalta la tentación de prescindir de miramientos.

—Ese desayuno no engorda —dijo Mason.

—No me hables de esto —replicó Della—. He llegado al punto en que incluso se cuentan las calorías que contiene un vaso de agua. Y ahora, inspirada por el ejemplo de Dianne, que gana dinero engordando, creo que deberías ampliar el desayuno con bollos y con un buen puré de patata.

—¿Quieres que lo haga? —preguntó Mason, acercándose al teléfono.

—¡Cielos, no! —exclamó Della—. Mira, lee el contrato y disponte a perder una secretaria. ¿Por qué nadie me habló antes de todo esto? Estoy pensando en buscarme una plaza como ésta. Comer lo que se quiera y encima cobrar. Tener unos ingresos asegurados. Sin preocupación alguna, con tal de añadir peso en los lugares convenientes.

—¿Cuáles son los lugares convenientes? —preguntó Mason.

—Aquellos en que os fijáis los hombres.

Mason se arrellanó en su sillón, dio un vistazo al contrato, frunció el ceño y empezó a leerlo con todo cuidado.

Cuando llegó el camarero con la bandeja y los desayunos, Mason había completado ya su lectura del contrato.

Della Street esperó a que la mesa estuviera dispuesta en la terraza y a que el camarero se ausentara de la habitación, y dejó que Mason tomase el primer sorbo de café.

—¿Y bien? —preguntó.

—Es el contrato más endemoniado que he leído en toda mi vida —explicó Mason.

—Me figuré que te interesaría.

—Lo más extraño —dijo Mason— es que, a primera vista, el contrato parece totalmente razonable, en realidad, incluso benévolo. La primera parte contratante admite que Dianne puede tener sus apuros para emplearse como secretaria si gana peso, y reconoce el hecho de que en el momento de firmarse el contrato ella trabaja como secretaria en un despacho de abogado con un salario de cinco mil doscientos dólares al año.

»Puesto que la primera parte contratante desea que deje su actual empleo y se dedique exclusivamente a su trabajo como modelo, garantiza que ella cobrará la cantidad de cien dólares semanales, pagaderos cada sábado por la mañana.

»Por otra parte, Dianne, como segundo contratante, accede a ganar seis kilos de peso en un período de diez semanas, a abandonar su empleo inmediatamente después de firmado el contrato, y a tostarse en la playa bronceándose tanto como sea posible.

»Se acuerda que posará en bikini siempre que la primera parte contratante lo desee, pero que no se le pedirá que pose desnuda. Y si ella lo exige, al fotografiarse en bikini puede hacerse acompañar por otra mujer.

»Pero entonces —prosiguió Mason— viene la fase más curiosa del contrato. Se admite que los ingresos totales de Dianne pueden exceder en mucho a la suma de cinco mil doscientos dólares anuales, que esta cantidad es una garantía mínima establecida por la primera parte, y que Dianne tiene perfecto derecho a cobrar dicha cantidad sin tener que dividirla con nadie. Pero si sus ingresos rebasan dicha suma, deberá dividir la diferencia cediendo el cincuenta por ciento a la otra parte. Y puesto que esta primera parte contratante asume un riesgo calculado, se acuerda que los ingresos brutos de Dianne serán computados como sujetos a división cualquiera que sea el dinero que ella cobre de cualquier procedencia durante el período de vigencia del contrato.

»El contrato tiene una vigencia de dos años, y la primera parte contratante se reserva el derecho de renovarlo durante dos años más. Y una vez terminado este período, sigue teniendo derecho a prolongarlo dos años más.

»Durante todo este tiempo el contrato sigue exigiendo que todos los ingresos procedentes de cualquier fuente que perciba la segunda parte, aparte de su garantía de cien dólares semanales, sean considerados como ingreso bruto y divididos del mismo modo, tanto si estos ingresos son fruto de trabajo como modelo, conferencias sobre la salud, poses fotográficas, televisión, cine o cualquier otra actividad, incluyéndose también premios en concursos de belleza, regalos de admiradores o cosas parecidas, herencias, negocios, etcétera. Se estipula también que, por el hecho de haber garantizado la primera parte unos ingresos por toda la duración del contrato, y por haber creado una publicidad a la segunda parte dándole oportunidades para incrementar

notablemente sus ingresos, tiene derecho a una mitad de sus ingresos brutos, sea cual fuere su origen y tanto si son resultado directo como indirecto de sus esfuerzos o bien de la publicidad creada a favor del presente contrato.

Mason empujó el cuchillo y el tenedor, partió en dos la loncha de jamón, sirvió la mitad a Della Street y concentró su atención en el plato de huevos fritos.

—¿Y bien? —preguntó Della Street.

—Dianne es una chica muy atractiva —dijo Mason.

—Tiene una figura llamativa —admitió Della Street.

Mason asintió.

—Cabe describirla como una mujer de bandera —prosiguió Della Street.

—¿Y qué? —inquirió Mason.

—¿Crees que la primera parte contratante ignora por completo este detalle?

—En el transcurso de mi carrera de leyes —dijo Mason—, he visto algunas maniobras de tanteo, pero jamás una como ésta, si es que esto es lo que la primera parte tiene en programa.

—En el transcurso de mi carrera como secretaria —afirmó Della Street muy seria—, he visto toda clase de maniobras, pero ésta se me antoja una novedad.

—Según el texto de ese contrato —declaró Mason—, si Dianne Alder conoce a un millonario, recibe un regalo de cien mil dólares y después se casa, o bien si su marido fallece y le deja un millón de dólares, la primera parte contratante tiene derecho a percibir un cincuenta por ciento de la referida cantidad.

—Casarse con un millón de dólares no forma parte de las actividades normales de una secretaria de abogado en una población costera pequeña —comentó Della Street.

Repentinamente, Mason chasqueó los dedos.

—¿Has dado con ello? —preguntó Della Street.

—Tengo una explicación —replicó Mason—. No sé si es la explicación auténtica, pero no deja de ser algo.

—¿Cuál es? —inquirió Della Street—. Yo estoy desorientada por completo.

—Vamos a suponer que la primera parte contratante, ese

Harrison T. Boring, quienquiera que pueda ser, conoce a un hombre muy rico y bastante excéntrico, una persona muy impresionable en lo que se refiere a cierto tipo de belleza rubia y de formas opulentas.

»Supongamos además que Boring ha estado explorando el terreno, buscando precisamente la chica que desea su conocido. Ha pasado el verano en las playas, examinando a todas las bañistas, y ha elegido a Dianne por ser lo más aproximado posible a su objeto, aunque tal vez algo mezquina en cuestión de curvas.

—Espera un momento —le interrumpió Della Street—. Si a Dianne le faltan curvas, entonces yo soy un poste de telégrafos.

—Ya sé, ya sé —prosiguió Mason, descartando con un gesto la broma de su secretaria—. Pero ese individuo posee un gusto muy especial e incluso peculiar. Tiene mucho dinero y se siente atraído por las jóvenes poseedoras de una belleza contundente. No gordas, sino, como Dianne expresó, de «carnes contundentes».

—Será probablemente algún viejo verde —sugirió Della Street a media voz.

—Es lo más probable. ¿Por qué no? —repuso Mason—. Tal vez sea algún vejestorio acaudalado que trata de imprimir marcha atrás a las manecillas de su reloj. Acaso tuvo algún asunto amoroso con una rubia excepcionalmente voluptuosa, pero al propio tiempo de ojos azules y francos como los de Dianne.

»Por lo tanto, Boring establece este contrato con Dianne. Hace que la chica empiece a ganar peso. La obliga a seguir sus instrucciones al pie de la letra. En el momento que él juzga oportuno, la presenta al palomino que él tiene preparado, y a partir de entonces Boring toma las riendas.

»Pueden suceder tres cosas. O bien el galán se deja prender por Dianne, en cuyo caso Boring actúa como maestro de chantaje y manipula todos los hilos del asunto; o bien el vejete colma de regalos a Dianne; o bien, si Boring juega bien sus cartas, los dos pájaros contraen matrimonio.

—¿Y entonces —preguntó Della Street— Boring percibiría el cincuenta por ciento de lo que Dianne cobrase para llevar la casa? Por lo que veo, en ciertas circunstancias el matrimonio puede acarrear muchas desilusiones.

—Entonces —explicó Mason— entraría en vigor la cláusula que estipula que toda cantidad percibida por ella dentro del período de duración del contrato, ya sea por herencia, dádiva, negocio o concesión, ha de ser considerada como ingreso bruto. Boring se cuida de que el marido viva una existencia breve pero feliz, y Dianne hereda mientras Boring prepara un cuchillo de carnicero para cortar la parte que le corresponde.

Della Street reflexionó unos instantes.

—Bien, ¿quién sabe? —admitió por fin.

—Y esto explica esta peculiar opción en lo que se refiere a prolongar el contrato —dijo Mason—. Puede durar dos, cuatro o seis años, según desee la primera parte contratante. Es evidente que él *espera* que el asunto quedará zanjado dentro de los dos primeros años, pero en el caso contrario, o sea, si el esposo resultase más resistente de lo que cabe suponer, puede renovar el contrato por dos años más y si el esposo se las arregla para sobrevivir durante ese período de cuatro años, aún puede renovarlo por otros dos.

—¿Y qué haría entonces con Dianne Alder? —preguntó Della Street—. ¿Crees que forma parte de sus planes hacerla acusar de asesinato?

—No, esto de ningún modo —replicó Mason—. No le interesaría hacerlo.

—¿Por qué no?

—Porque un asesino no puede heredar de su víctima —explicó Mason—. Por consiguiente, Boring tiene que manejar el asunto de modo que la muerte del marido rico parezca natural. O bien, si es asesinado de forma que otra persona tenga que ser la causante del crimen, Dianne, como viuda inconsolable, entra en posesión de la herencia de unos cuantos millones de dólares, y Boring, como el hombre que popularizó a Dianne y que gracias a ello le consiguió un marido, exhibe su contrato y exige su parte del cincuenta por ciento.

—Dada la importancia del caso, ¿no podría ser impugnado el contrato basándose en cuestiones de salud pública, influencia indebida y muchas otras cosas?

—Claro que sí —dijo Mason—, pero precisamente por la importancia del asunto y con un contrato como éste ante ella,

Dianne aceptaría una fórmula de compromiso. Si se convirtiera en una viuda acaudalada con una serie de posibilidades sociales ante ella, difícilmente desearía airear este capítulo de su existencia. Me refiero a la dieta para engordar, el aumento de peso, la deliberada caza de su marido, y todo lo demás.

—En otras palabras —dijo Della Street—, Harrison T. Boring recorrió las playas en busca del tipo preciso de belleza femenina. Cuando sus ojos se posaron en Dianne, vio en ella una eventual mina de oro.

—Ten en cuenta —añadió Mason, con semblante pensativo— que hay otras cosas. Dianne tiene la figura de una artista de *strip-tease*, pero sobre todo posee un fondo de buena chica. Estos detalles son los que Harrison T. Boring desea capitalizar, y puede asegurarse que esta combinación no es fácil de hallar.

»Generalmente, cualquier chica con los atributos físicos de Dianne ha desarrollado una actitud mundana, un cierto grado de *savoir faire* y las inconfundibles lecciones dadas por la experiencia, en tanto que Dianne es por naturaleza tímida, consciente, más bien vergonzosa, ligeramente ingenua y transparente.

—Veo que las buenas cualidades de Dianne te han impresionado —observó Della Street.

Pero los ojos de Mason estaban empañados por la concentración mental.

—¿Qué te ha contado Dianne acerca de Boring? ¿Te ha dicho algo?

—Apenas nada. Sabe muy poco. Dianne trabajaba como secretaria en una oficina jurídica. Desde luego, vigilaba atentamente su silueta y sabía que si aumentaba su perímetro de cintura, todo lo demás se estropearía. Por lo tanto, practicaba mucho la natación y el paseo. Durante las tardes de verano salía de la oficina a las cinco, y aprovechando que el día se prolongaba, cogía su traje de baño, bajaba a la playa, caminaba y nadaba.

—¿Sola? —preguntó Mason.

—Lo intentaba. Ella quería hacer ejercicio. Los hombres que deseaban nadar un rato con ella no mostraban gran predilección por tanto ejercicio; en realidad, eran muy pocos los que podían resistir como ella. Dianne caminaba y nadaba y, como es lógico, adquirió

un magnífico color bronceado.

»Toda vez que las mujeres de esta constitución gustan de admirarse a sí mismas desnudas ante un espejo, y les molesta contemplar señales blancas que afean el bronceado en aquellos lugares donde las convenciones decretan un mínimo de ropa, Dianne suplementaba sus prácticas en la playa tomando el sol desnuda en un lugar que se había preparado en el patio posterior de su casa.

»Unas tres semanas antes de firmarse el contrato, advirtió que era mirada con insistencia y posteriormente seguida por un hombre al que ella describe como de unos treinta años, con ojos agudos y unos modales dignos y distinguidos. Dice que parecía un actor de teatro.

—¿Y qué ocurrió?

—Al principio, nada. Dianne está acostumbrada a llamar la atención. Está acostumbrada a que los hombres traten de insinuársele, y no les hace el menor caso.

»Pero un día Boring se acercó a ella y le dijo que tenía que exponerle un negocio y que le agradaría discutirlo con ella. Dianne le mandó a paseo, pero él insistió en que se trataba de una cuestión seria y le preguntó si le interesaría conseguir un buen empleo en Hollywood.

»Naturalmente, Dianne se mostró interesada y Boring le explicó su historia acerca de la nueva tendencia en la moda. Le habló de las mujeres que se volvían neuróticas a fuerza de fijarse en las siluetas esbeltas, y le contó que una de las artistas más populares entre las mujeres había sido Mae West, y que si Mae West hubiese lanzado un nuevo estilo de moda el negocio habría sido redondo, añadiendo que la naturaleza no pretendía que las mujeres luciesen siluetas estilizadas una vez alcanzada la madurez.

»Dianne me ha dicho que se mostró muy convincente y que, desde luego, la oferta que le hizo resultó muy atractiva. Todo lo que Dianne debía hacer era ganar peso y hacer mucho ejercicio para aumentar en carne firme y no en grasa. Boring se mostró muy insistente acerca de este punto.

—Está bien —dijo Mason—. Y ella firmó el contrato. Se aconsejó con alguien. Trabajaba con abogados y…

—No, no lo hizo —interrumpió Della Street—. Boring insistió mucho en que mantuviera todo le asunto estrictamente confidencial y en que nadie se enterase de él. Le dijo que en ningún caso debía mencionar el motivo que la obligaba a renunciar al empleo de secretaria que venía desempeñando.

»Boring explicó que deseaba personalizar la nueva moda hasta el punto de que las mujeres se dieran cuenta de la belleza de Dianne antes de comprender que se les estaba brindando un nuevo estilo de moda. Dijo que las mujeres se mostraban muy reacias a nuevos estilos hasta que éstos se transformaban en moda, y entonces era cuando se precipitaban todas a adoptarla.

»Boring tiene sus ideas para que Dianne consiga captar la atención del público y pretende que dé una serie de conferencias sobre la salud. Le facilitará guiones que ella debe seguir, así como charlas que debe pronunciar, explicando que la naturaleza desea que la mujer tenga curvas y que en realidad, a los hombres les gustan las mujeres que ostentan curvas. Según él, las modelos esbeltas y neuróticas son un producto artificial creado por el arte de la costura.

»Boring le dijo que podía causar sensación en todo el país si se enfocaba bien el asunto, y que todas las mujeres abandonarían sus regímenes alimenticios y empezarían a ganar peso, anhelando tan sólo poseer unas carnes firmes en vez de grasa; y que él pensaba inaugurar una serie de institutos «Diana Alder» para conseguir figuras rebosantes de salud y curvas atractivas.

—Un momento —intervino Mason—. Ese individuo tal vez tenga razón, Della.

—Sería muy difícil —dijo Della—. No sé si te atreverías a arriesgar en ello cien dólares cada semana.

—Depende —dijo Mason—. Los resultados pueden aportar una buena compensación… ¿Y qué ocurrió una vez firmado el contrato? ¿Insistió Boring en que ella trabase más amistad con él?

—Esto es lo más extraño —replicó Della—. Dianne temía que esto también formase parte del contrato y titubeó hasta que, finalmente, Boring, adivinando el motivo de su vacilación, le dijo que una vez firmado el contrato le vería muy poco, puesto que iba a estar ocupado en Hollywood, Nueva York y París elaborando las

bases para este nuevo sistema de promoción. Por consiguiente, Dianne acabó firmando el contrato.

»Desde entonces, no ha visto más a Boring, pero éste le telefonea. De cuando en cuando la llama y, a juzgar por su conversación, Dianne sabe que vigila atentamente sus actividades.

—Esto es interesante —dijo Mason.

—Dianne lo considera más bien desconcertante.

—¿Cómo llegan a su poder los cien dólares, Della? —preguntó Mason.

—Cada sábado por la mañana recibe un sobre por correo, conteniendo un cheque. Los cheques están firmados por Harrison T. Boring, como presidente de la *Hollywood Talent Scout Modeling Agency*.

—Está bien —dijo Mason—. No me agrada pasar por alto un buen asunto de misterio antes siquiera de que se haya producido el crimen, Della, pero es posible que esta cuestión nada tenga de delictivo. La idea de Boring resulta muy sospechosa cuando aparece escrita en la fría fraseología de un contrato, pero cuanto más se piensa en su explicación, más plausible parece ésta.

»Yo esperaba hallarme ante un asesinato potencial, antes incluso de que el cadáver potencial hubiese irrumpido en la zona de peligro. Tenía la intención de esperar hasta que Harrison T. Boring hubiese presentado a Dianne a su incauto millonario, aparecido entonces en escena de un modo que causa a míster Boring un máximo de embarazo y tal vez ayudando a consolidar las plumas en el nido de Dianne.

—Con respecto a esto último —indicó Della Street—, debemos recordar que cada vez que entran dos plumas en el nido de Dianne, una es para Boring.

—Así reza el contrato —observó Mason—, pero hay veces en que las cosas no siguen este derrotero… Bien, Della, creo que tenemos que conceder a míster Harrison T. Boring el beneficio de la duda; puedes devolver a Dianne su contrato, pero no dejaremos de observarla por el rabillo del ojo.

—Sí —dijo Della Street—, ya suponía que desearías hacerlo.

Mason la miró fijamente pero no pudo distinguir en el rostro de la joven más que una expresión de inocencia.

De pronto sonó el teléfono y Della Street contestó a la llamada.

La voz de Dianne Alder resonó en el auricular con un torrente de palabras.

—¡Oh, Della, cuánto me alegro de encontrarla aquí! Su tía me ha indicado dónde podía hallarla. Della, tiene que devolverme en seguida ese contrato. Siento habérselo dejado y espero que no habrá hablado de él con nadie.

—¿Por qué? —preguntó Della.

—Pues… porque supongo que hubiese sido mejor no dejarlo salir de mi casa. Existe una cláusula en el contrato, según la cual debo hacer cuanto pueda para evitar una publicidad prematura y… Mire, Della, creo que no obré bien al dejárselo ni al hablarle del arreglo que hice. Usted es la única persona a quien se lo he contado todo. Míster Boring insistió en que si empezaba a hablar aunque fuese con mis amigos más íntimos, éstos lo contarían a su vez a los suyos, los periódicos captarían la noticia y harían lo que él llamó publicidad prematura.

»Dijo que cuando estuvieran preparados para revelar los nuevos modelos, me harían muchísima publicidad. Entonces podría aparecer en la televisión y ellos dispondrían una prueba en el cine, pero nada debía hacerse hasta que estuvieran preparados. No quieren que algún periodista irresponsable les quite el mérito de su campaña.

—¿Quiere que le mande el contrato por correo? —preguntó Della Street.

—Si a usted no le importa, voy a buscarlo en seguida.

—¿Dónde está ahora?

—En un *drugstore*, a sólo tres manzanas del hotel.

—Venga —dijo Della Street.

Colgó el auricular y, al volverse hacia Perry Mason, observó el interés que se reflejaba en los ojos de éste.

—¿Era Dianne? —preguntó Mason.

—La misma.

—¿Quiere que le devuelvas el contrato?

—Sí.

Mason contempló, pensativo, el techo.

—¿Va a subir para recoger el contrato, Della?

—Sí.

—¿Qué le ha causado esta súbita preocupación?

—No me lo ha dicho.

—Cuando llegue —dijo Mason—, hazla pasar. Quiero hablar con ella.

Mason encendió un cigarrillo y contempló las espiras que ascendían por el aire. Finalmente, dijo:

—Siento algo más que curiosidad por ese Harrison T. Boring. Es posible que sea más listo de lo que yo pensaba.

El abogado volvió a sumirse en el silencio y siguió meditando hasta que sonó el timbre y Della fue a abrir la puerta.

—No puedo pasar, Della, gracias. Déme esos papeles y me marcho en seguida —dijo Dianne Alder.

—Adelante —la invitó Mason.

La joven se quedó en el umbral mientras Della Street abría la puerta de par en par.

—Muchas gracias, míster Mason. Se lo agradezco, pero no quiero molestarle. Tengo mucha prisa.

—Entre, me gustaría charlar con usted.

—Es que yo…

Mason le indicó una silla.

De mala gana, y al parecer sin saber cómo rehusar la invitación del abogado sin ofenderlo, Dianne Alder entró y dijo:

—Es que tengo mucha prisa y yo… no pretendía molestarle. Dejé que Della diera un vistazo a mi contrato. Ella tenía interés en verlo y yo… bien, yo quise asegurarme de que todo estaba conforme. Este contrato significa mucho para mí.

—¿Alguien depende de usted? —inquirió Mason.

—Ya no. Mi madre falleció hace seis meses.

—¿Le dejó alguna herencia? —preguntó Mason casualmente.

—Dios mío, no. Dejó un testamento en el que yo lo heredaba todo, pero no había nada que heredar. Yo la estaba manteniendo a ella. Por esto tenía yo tanto empeño en conservar un empleo seguro. Había pensado alguna vez en trasladarme a la ciudad, pero a mi madre le gustaba todo esto y yo no quería dejarla, y está demasiado lejos para ir y volver diariamente.

—¿Vive su padre?

—No. Murió cuando yo tenía diez años. De veras, míster Mason, no quiero robarle su tiempo, y yo… bueno, es que alguien me está esperando.

—Ya comprendo —dijo Mason haciendo un gesto a Della Street —. Será mejor que le des su contrato, Della.

Dianne tomó el contrato, dio las gracias a Della Street, tendió a Mason una mano tímida y dijo:

—Le doy las gracias, míster Mason. Ha sido un placer.

Después, dio media vuelta y se encaminó rápidamente hacia la puerta, faltando poco para que echase a correr por el pasillo.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó Della Street, cerrando la puerta.

Mason movió la cabeza con un gesto desconsolado.

—Esta chica necesita que alguien se ocupe de ella.

—¿No está conforme el contrato?

—¿Es conforme Boring? —preguntó Mason.

—No lo sé.

—Está pagando cien dólares cada semana —dijo Mason—. Accede a pagar cinco mil doscientos dólares anuales. Supongamos que no paga. ¿Qué ocurrirá?

—Pues supongo que se le podría perseguir judicialmente, ¿no es así?

—Si es que posee algo —respondió Mason—. No sabemos si dispone de alguna propiedad. Nadie parece saber gran cosa acerca de este hombre.

»Dianne Alder ha dejado un empleo. Está aumentando de peso, y esto es como remar para salir de un puerto cuando la marea se está retirando. Es muy fácil salir, pero cuando se trata de dar media vuelta para volver, es preciso luchar por cada metro de terreno.

»Supongamos que un sábado por la mañana no llegan los cien dólares. Supongamos que telefonea a la agencia de Harrison T. Boring y descubre que el teléfono ha sido desconectado.

—Sí —admitió Della Street—. Comprendo que esto podría poner a Dianne en una situación muy embarazosa. Pero si estuviera trabajando en un empleo normal, su jefe también podría decirle que le entregaba el sueldo de un par de semanas y que ya no necesitaba más sus servicios.

—Podría hacerlo —dijo Mason—, pero si él la había contratado y sus servicios eran satisfactorios, no tendría ningún motivo para prescindir de ellos.

—Acaso Boring tampoco tenga motivo para prescindir de sus servicios —objetó Della Street.

—Esto depende de lo que estuviese buscando en primer lugar —señaló Mason—. Si Dianne se casa con un millonario, tendrá que pagar la mitad de lo que ella consiga durante un período de seis años. Si Boring deja de pagar, es posible que Dianne no tenga más que seis kilos adicionales de peso y un pedazo de papel que no sirva para nada.

De pronto, el abogado adoptó una decisión.

—Llama a Paul Drake, de la agencia de detectives Drake, Della.

—Ya empezamos otra vez —comentó Della.

—Sí, desde luego —dijo Mason—. Este asunto ha despertado mi curiosidad. Como abogado, no me gusta permanecer con las manos metidas en los bolsillos y esperar a que Dianne tenga un disgusto.

»Ya sé que estoy cogiendo la cosa por los pelos, pero apuesto lo que quieras que antes de que terminemos Dianne estará pidiéndonos ayuda. Cuando esto suceda, prefiero llevarle ventaja a Boring en vez de que éste me la lleve a mí.

—¿Te preocuparía tanto su bienestar si Dianne fuese un espantapájaros? —preguntó Della Street llanamente.

Mason sonrió.

—Francamente, Della, no lo sé. Pero creo que mis actuales motivos obedecen a una extrema curiosidad, aparte del deseo de darle a Boring una lección en lo que se refiere a engañar a jovencitas crédulas.

—Está bien —dijo Della—. Llamaré a Paul. Los domingos suele llegarse a su despacho más o menos a esta hora, para repasar los informes enviados por sus agentes el viernes y el sábado.

Della Street hizo la llamada y al poco rato dijo:

—¡Hola, Paul! El jefe quiere hablar contigo.

Mason se acercó al teléfono.

—Buenos días, Paul. Tengo un trabajo para ti. Se trata de un caballero llamado Harrison T. Boring. Tiene un negocio que gira con el nombre de *Hollywood Talent Scout Modeling Agency*. Está

ubicado en Hollywood y esto es todo cuanto sé de momento.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Drake.

—Infórmate de sus actividades —replicó Mason—, y tengo especial interés en saber si está cultivando a algún millonario aficionado a las mujeres jóvenes. Si descubres a algún millonario entre sus amistades, me gustaría saber algo acerca de él. Y es muy importante que él no sospeche que se le está investigando.

—De acuerdo —dijo Drake—. Me enteraré.

—Ahí va otro detalle del mismo asunto —prosiguió Mason—. Dianne Alder, de unos veinticuatro años, con unas curvas que quitan el hipo, rubia y de ojos azules. Vive aquí, en Bolero Beach. Su madre murió hace seis meses. El padre falleció cuando ella tenía diez años. Trabajaba como secretaria en una firma de abogados. Vive aquí desde hace tiempo y no resultará muy difícil obtener informes de ella.

De momento, lo que más me interesa es saber si se halla bajo vigilancia.

—¿Puedo preguntarte quién es tu cliente? —dijo Drake—. Me agradaría disponer del cuadro en toda su perspectiva.

—El cliente soy yo —contestó Mason—. Di a tus hombres que pongan manos a la obra.

Cuando Mason colgó el teléfono, Della Street preguntó:

—¿Crees que Dianne está siendo vigilada, Perry?

—Es sólo una suposición mía —respondió Mason—. Me gustaría saber si alguien se ha enterado de que ha estado hablando con nosotros y si le ha hecho alguna advertencia. Parecía estar algo inquieta. Si alguien tiene ganas de jugar conmigo, quiero ser yo el que baraje las cartas. ¿Algún comentario?

Della Street sonrió.

—Ningún comentario, pero sigo preguntándome qué ocurriría si ella hubiese sido un espantapájaros.

Capítulo 4

El lunes por la mañana Perry Mason tuvo que asistir a la vista de una causa. La sesión se prolongó hasta la tarde, y hasta las tres y media el abogado no pudo regresar a su despacho.

—Paul tiene un informe preliminar sobre tu amigo Harrison T. Boring —dijo Della Street.

—Magnífico —aprobó Mason.

—Le diré que has llegado y él te lo comunicará personalmente.

Della Street llamó por teléfono y poco después la llamada especial de Drake resonó en la puerta del despacho privado de Mason.

Della Street abrió la puerta y le invitó a entrar.

—¡Hola, hermosa! —dijo Drake—. Con este color bronceado estás hecha una preciosidad.

—Aún no lo has visto todo —replicó ella jocosamente.

Mason intervino a su vez.

—Me hizo tomar una dosis tremenda de sol sentado en la playa y contemplando a Dianne Alder. Espera a verla a ella, Paul.

—Según me comunican mis informadores —dijo Paul Drake—, esa Dianne es alguien.

—Desde luego, nadie puede criticarle su tipo —afirmó Della Street.

—Es una buena chica, Paul —explicó Mason—, y me temo que alguien le esté jugando una mala pasada. ¿Qué has averiguado?

—Pues bien, Dianne es como un libro abierto, no cabe duda —dijo Drake—. Mis hombres se han movido con discreción en Bolero Beach. Trabajaba en una sociedad de abogados, la firma Corning, Chester y Corning. No llevaba mucho tiempo en ella. No poseía una gran experiencia en cuestiones legales, pero es una buena

mecanógrafa y domina la taquigrafía. Lo cierto es que todos la aprecian. Los miembros de la firma la apreciaban, los clientes la apreciaban.

»Entonces ocurrió algo y ella dejó la casa, pero no explicó a nadie el motivo. Se marchó casi de la noche a la mañana, concediéndoles sólo las dos semanas de plazo.

»Había estado ayudando a su madre que, antes de morir, pasó casi un año y medio prácticamente inválida. Todo lo que la muchacha ganaba, hasta el último centavo, tuvo que gastarlo para pagar los gastos de la enfermedad. Trabajaba horas extraordinarias en la oficina y cuando llegaba a casa hacía las veces de enfermera nocturna. Fue una prueba física, aparte de una sangría financiera.

—¿Nadie supo por qué se marchaba? —preguntó Mason.

—No, ella se mostró bastante misteriosa con respecto a esta cuestión. Se limitó a explicar que se disponía a tomarse la vida con un poco más de calma, pues había estado trabajando duramente y había pasado una temporada de gran tensión. Los que sabían todo lo que había estado haciendo le dieron la razón y se alegraron de que pudiese descansar un poco.

»Una de las chicas de la oficina creía que Dianne iba a casarse, pero no quería que nadie se enterase. Tuvo esta impresión debido a las evasivas que Dianne daba cuando le hacían preguntas acerca de lo que iba a hacer y de si tenía otro empleo en perspectiva.

»El padre de Dianne se ahogó cuando ella tenía unos diez años. Él y un amigo emprendieron la travesía hacia Catalina y, como todos esos individuos inexpertos que se arriesgan con motores fuera borda y lanchas abiertas, no se dieron cuenta de los problemas que iban a encontrar. Al parecer, navegaron contra el viento, se les terminó la gasolina, fueron a la deriva y por último se les volcó la lancha. Los guardacostas la hallaron volcada.

—¿Y los cuerpos? —preguntó Mason.

—Encontraron el cadáver del otro hombre, pero el de Georges Alder no fue hallado jamás. Esto fue causa de complicaciones. Había entonces algo que heredar, pero sus asuntos estaban un poco enredados y hubo cierta demora debido al hecho de no descubrirse el cadáver. Sin embargo, pasado cierto tiempo el tribunal aceptó la prueba circunstancial de que el hombre había muerto y su

propiedad, bajo régimen de comunidad de bienes, pasó a la esposa. Ésta trató de solucionar cuanto pudo con objeto de salvar algo, pero hubo un exceso de complicaciones. Supongo que cuando saldó las deudas y procedió a liquidarlo todo, no quedaba ya gran cosa de la herencia.

»Durante algún tiempo, la madre trabajó como secretaria y consiguió que Dianne terminase sus estudios en la escuela así como que después hiciera unos cursos comerciales. Luego trabajaron las dos y se las arreglaron holgadamente en el aspecto económico. Pero a continuación, la madre tuvo que dejar de trabajar, se puso enferma y durante los últimos años de su vida fue una pesada carga para Dianne.

»Y ahora pasemos a Harrison T. Boring. Se trata de una historia muy distinta. En vez de encontrar toda clase de facilidades como en el caso de Dianne, la investigación sobre Boring sólo ha ofrecido dificultades. Ese individuo tiene una modesta cuenta en un banco de Hollywood. Como es lógico, por el banco no hemos podido saber gran cosa, pero descubrí que tenía referencias procedentes de Riverside, en California. Inicié investigaciones en Riverside y he descubierto allí pistas de Boring. Boring tenía negocios allí, pero nadie sabe qué clase de negocios. No tenía oficina alguna, sólo un apartamento y un teléfono. También tenía cuenta en uno de los bancos, pero el banco no sabe de qué vivía, o tal vez no haya querido decirlo.

»De todos modos, hemos logrado averiguar por fin el paradero de nuestro hombre, pero todavía no podemos decir gran cosa de él. En estos momentos se halla en algún lugar de Hollywood. Es evidente que al lugar donde trabaja puede llamarle por teléfono siempre que sea necesario.

»En el listín figura un teléfono a nombre de la *Hollywood Talent Scout Modeling Agency*. Es un número que comparten varios negocios en el lugar donde tienen alquilado despacho y donde se recibe la correspondencia.

»Tú querías saber si había algún millonario a la vista. Es posible que haya uno. Boring ha realizado algunos negocios con un tal George D. Winlock. La relación es comercial, pero ignoro de qué clase de negocios se trata.

»Winlock es uno de los peces gordos de Riverside, pero es muy retraído y resulta muy difícil verlo. Maneja la mayor parte de sus negocios a través de secretarios y abogados, tiene muy pocos amigos y pasa largas temporadas a bordo de su yate cuando se halla en Santa Bárbara.

—¿Has tratado de averiguar algo más acerca de Winlock?

—Todavía no. No sé gran cosa acerca de él. Llegó a Riverside, empezó a actuar como agente de fincas, trabajó con ahínco y tuvo mucha suerte. Después adquirió una opción para una propiedad en Palm Springs, vendió la propiedad con pingües beneficios, adquirió otras fincas y al cabo de unos años estaba comprando y vendiendo fincas a diestro y siniestro. Al parecer, este hombre tiene una extraordinaria habilidad para detectar los lugares que aumentarán de valor.

»Desde luego, hoy día el desierto está convirtiéndose en un negocio formidable. El aire acondicionado ha hecho posible que se pueda vivir allí confortablemente durante todo el año, y el aire puro y el clima seco han atraído a mucha gente, con el correspondiente aumento de valor de los terrenos.

»Winlock figuró entre los primeros en husmear este «boom» del desierto, y apenas disponía de un dólar se apresuraba a invertirlo en terrenos en el desierto. Hubo un momento en que se halló sin blanca y con no pocas deudas, pero ahora está empezando a cobrar con creces. Ha liquidado sus deudas y se ha convertido en un hombre rico.

—¿Está casado? —preguntó Mason.

—Casado con una mujer que ya había estado casada antes y que tiene un hijo ya mayor. Se llama Marvin Harvey Palmer. De momento, esto es todo cuanto puedo decirte en tan poco tiempo.

—¿Cuándo llegó a Riverside ese Winlock? —preguntó Mason.

—No he podido averiguar la fecha. Hará unos quince años.

Mason golpeó con los dedos en el borde de la mesa, alzó la vista y dijo:

—Trata de averiguar cuanto puedas acerca de Winlock, Paul.

—¿Qué deseas que haga, Perry? —preguntó Drake—. ¿Quieres que ponga un hombre para seguirle los pasos a Winlock?

—De momento, no —contestó Mason—. A Boring, sí, pero a

Winlock, no.

—Ya tengo un hombre que se dedica a Boring —dijo Drake—. Ahora éste se encuentra en Hollywood y mi hombre no lo soltará apenas logre establecer contacto. Si quieres, puedo ponerle vigilancia las veinticuatro horas del día.

—Probablemente bastará con un hombre por el momento —decidió Mason—. Lo que importa es que no sospeche nada. No quiero que advierta que alguien se está interesando por él. ¿Y qué puedes decirme acerca de esa *Hollywood Talent Scoul Modeling Agency*, Paul? ¿Has obtenido algún dato?

—No es más que uno de esos negocios nominales —respondió Drake—. La dirección corresponde a uno de esos lugares provisionales que disponen de un teléfono, una secretaria y una dirección comercial que sirve para una docena de compañías. Todo el negocio está regentado por una mujer que ha alquilado una oficina y después ha subarrendado sus servicios por teléfono y recepción de correo.

—Está bien, Paul —dijo Mason—. Sigue con la cuestión hasta que descubras de qué se trata. Recuerda que, técnicamente hablando, no tengo cliente. Lo hago por mi cuenta, de modo que no es necesario que te pilles los dedos.

—Haré cuanto pueda —dijo Drake mientras se disponía a partir precipitadamente.

Apenas habían transcurrido diez minutos desde la partida de Drake, sonó el teléfono y Della Street recibió el mensaje de la recepcionista.

—Dianne Alder está en la oficina —anunció.

El ceño de Mason se convirtió repentinamente en sonrisa.

—¿Qué te parece? —dijo—. Se ha tragado el cebo, y ahora alguien tira del hilo y ella nota el anzuelo. Hazla pasar, Della.

Della Street asintió, se dirigió sin perder un momento al vestíbulo y regresó en seguida con una Dianne Alder dispuesta a dar toda clase de excusas.

—Míster Mason —dijo la joven—, sé que no debería presentarme ante usted sin haber pedido hora y me sabe muy mal lo que ocurrió ayer, pero… bueno, todo se ha derrumbado y necesito saber qué puedo hacer.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Mason.

—He recibido una carta —replicó Dianne—. Certificada y con acuse de recibo.

—¿Firmó el recibo?

Ella asintió.

—¿Y la carta es de Boring? —preguntó Mason.

Dianne volvió a asentir en silencio.

—¿Diciéndole que su contrato puede darse como terminado?

—No es eso exactamente. Será mejor que la lea.

Sacó una carta de un sobre, desdobló el papel y lo entregó a Mason.

Éste la leyó en voz alta para que Della Street pudiera enterarse de su contenido:

Apreciada miss Alder:

Me consta que, por ser usted una joven muy atractiva, sabrá comprender la inestabilidad de las modas y el confusionismo de sus creadores.

Hace unas semanas, cuando nos dirigimos a usted con la intención de crear una nueva tendencia, creíamos que la idea contenía grandes posibilidades y además, factor muy importante, contábamos con una persona de grandes posibilidades que nos respaldaba.

Por desgracia, últimamente se ha producido un cambio en ciertas tendencias que ha inclinado a dicha persona a mostrar total frialdad ante nuestra idea. Por nuestra parte, también nos vemos obligados a reconocer las primeras indicaciones de una tendencia potencialmente adversa.

Dadas las circunstancias, y comprendiendo que usted está haciendo grandes sacrificios para ganar un peso que después puede resultarle difícil eliminar; sabiendo que ha efectuado usted una notable tarea y contando con que podrá fácilmente recuperar su antiguo empleo o conseguir otro más ventajoso, lamentamos tener que notificarle que no podemos seguir abonándole los pagos estipulados en el contrato.

Si desea seguir en contacto con nosotros y se produce un

cambio en las tendencias de la moda, siempre la consideraremos a usted en primer lugar, pero juzgamos que no obraríamos como es debido si no le comunicásemos lo sucedido y el hecho de que no podemos continuar nuestros pagos semanales a título de garantía.

Muy atentamente le saludan,

P. P. «Hollywood Talent Scout Modeling Agency».
Harrison T. Boring
Presidente

Mason estudió atentamente la carta durante un rato, y después dijo:

—¿Quiere dejarme ver el sobre, Dianne?

La joven le entregó el sobre y Mason examinó el matasellos.

—¿Recibió su dinero el sábado por la mañana? —preguntó.

Dianne asintió.

—Y esta carta fue matasellada el sábado por la mañana. ¿Le importa contarme por qué ayer tenía tantas ganas de recuperar su contrato, Dianne?

—Porque comprendí que no tenía derecho a revelar nada de lo que estaba haciendo y…

—¿Y alguien le telefoneó o le recordó que había aquella cláusula en su contrato, no es esto?

—No, es que recordé algo que me había dicho míster Boring.

—¿Qué?

—Usted ya sabe que yo había trabajado como secretaria en una sociedad de abogados, y él me dijo que no sólo no quería publicidad alguna con respecto al contrato y que yo no debía hablar con nadie acerca del mismo, sino que mencionó particularmente que no quería que ningún abogado amigo mío lo examinase, añadiendo que si yo lo enseñaba a un abogado representaría un grave abuso de confianza.

—Ya comprendo —dijo Mason.

—Por lo tanto, después de permitir que Della se llevase el contrato comprendí de pronto que si ella se lo enseñaba a usted, yo violaría las instrucciones de míster Boring y las cláusulas del

contrato. Dígame, míster Mason, ¿cree posible que él supiera lo que yo hacía? O sea que yo había le visto a usted el sábado, que había permitido que Della viese el contrato y…

Mason la interrumpió con un gesto de la cabeza.

—El matasellos de esta carta indica que fue remitida el sábado, a las once y media de la mañana —dijo.

—Sí, es verdad. Creo… creo que me sentí un poco culpable por haber dejado que el contrato saliera de mis manos.

—¿Había alguna carta acompañando el cheque que recibió usted el sábado por la mañana?

—No. Sólo el cheque. Nunca han mandado cartas, únicamente el cheque.

—¿Se fijó en el matasellos?

—No, no me fijé.

—¿Guardó el sobre?

—No.

—Debieron enviarlo por correo el viernes por la noche —dijo Mason—, si usted lo recibió el sábado por la mañana. Pero esto significa que entre la noche del viernes y la mañana del sábado ocurrió algo que obligó a míster Boring a cambiar de idea.

—Probablemente se enteró de alguna nueva tendencia en modas que…

—¡Tonterías! —interrumpió Mason—. Nada le importaban las tendencias de la moda. Ese contrato, Dianne, es una celada.

—¿Qué clase de celada?

—No lo sé —repuso Mason—, pero debe darse cuenta de la forma en que está redactado. Boring le paga a usted cien dólares a la semana y se apropia de una mitad de sus ingresos brutos, cualquiera que sea su procedencia, durante un período que puede llegar a los seis años si él así lo desea.

—Es que yo no lo consideré como una opción —alegó Dianne con voz lacrimosa—. Creí que se trataba de un contrato absoluto. Me figuré que tenía que cobrar los cien dólares semanales durante dos años, por lo menos.

—Esto es lo que dice el contrato —replicó Mason.

—Entonces, ¿qué derecho tiene a terminar el asunto de este modo?

—Ningún derecho —aseguró Mason.

—¡Me alegra oírselo decir! Esto es lo que interpreté yo al leer el contrato, pero esta carta parece tan definitiva…

—Del todo definitiva —dijo Mason—. Definitiva y sin contemplaciones, y su objeto consiste en asustarla a usted.

—Pero ¿qué puedo hacer yo, míster Mason?

—Déme un dólar —dijo Mason.

—¿Un dólar?

—Sí. A título de anticipo. Déme también la copia de ese contrato, si la ha traído.

Dianne titubeó un instante, después se echó a reír, abrió su monedero y le dio el dólar y el contrato.

—Puedo pagarle. Puedo pagarle los honorarios que usted me fije por sus consejos, míster Mason.

Mason denegó con un gesto de la cabeza.

—Cobro este dólar, con lo que usted se convierte en mi cliente —dijo—. Lo demás lo cobraré a Boring, y si no puedo no habrá cargo alguno. —Mason se volvió hacia Della Street—: Vamos a ver, Della, busca en el listín la *Hollywood Talenl Scout Modeling Agency*.

Unos momentos después, Della Street dijo:

—Aquí está. Hollywood, tres, uno, cinco, cero, cero.

—Llámalos —dijo Mason.

Della Street conectó con una línea exterior, marcó el número y poco después hizo un gesto afirmativo a Mason. Éste cogió el auricular y oyó una voz femenina que decía:

—Hollywood, tres, uno, quinientos.

—Deseo hablar con míster Boring —dijo llanamente Mason.

—¿Con quién dice que quiere hablar?

—Con míster Boring.

—¿Boring? —repitió la voz—. ¿Qué número ha marcado?

—Hollywood, tres, uno, quinientos.

—¿Cómo? ¡Ah, sí, míster Boring! ¡Sí, sí! La *Hollywood Talent Scout Modeling Agency*. Me parece que míster Boring no está en su despacho en este momento. ¿Quiere dejar algún recado?

—Soy Perry Mason —dijo el abogado—. Deseo que me telefonee para un asunto de considerable importancia. Soy abogado y quiero hablar con él lo antes posible.

—Procuraré que reciba el mensaje tan pronto como pueda —aseguró la voz femenina.

—Gracias —dijo Mason, colgando el auricular.

Durante unos momentos miró a Dianne en silencio.

—¿Cree que hay alguna posibilidad de echarme una mano, míster Mason?

—No lo sé —contestó Mason—. Mucho depende de lo que sea esta *Hollywood Talent Scout Modeling Agency*. Mucho depende también de si puedo hallar algo que me permita presentar una denuncia por fraude, o quizá por obtener dinero bajo falsas promesas.

—¿Falsas promesas?

—No creo que Boring tuviese nunca ni la menor idea de promoverla a usted legítimamente como modelo. Lo que pensaba hacer con usted seguía otras orientaciones totalmente distintas. No pretendía utilizarla para lanzar una nueva moda, y estoy seguro de que todas sus palabras con respecto a descubrir a una joven de «carnes consistentes» que pudiese aumentar seis kilos sin que sus curvas dejasen de guardar armonía, no eran más que una patraña. Me figuro que el verdadero objeto de su contrato consistía en ligarla a usted de modo que se viese obligada a ceder a Boring el cincuenta por ciento de sus ingresos brutos.

—¡Pero si yo no tengo más ingresos que los cien dólares semanales! A menos, claro está, que hubiese podido conseguir otros a base de contratos como modelo, actuaciones en la televisión y cosas por el estilo…

—Exactamente —dijo Mason—. Había otras fuentes de ingresos y Boring creía que se convertirían en realidad. Pero algo sucedió entre el viernes por la noche y el sábado al mediodía que le hizo suponer lo contrario. Lo importante es saber qué sucedió.

—Pero él debía tener algo en perspectiva, míster Mason. Tal vez un proyecto de contrato con la televisión o algún trabajo como modelo o algo parecido.

—Cierto —afirmó Mason—. Había algo que él no ignoraba, algo que él deseaba compartir, algo que merecía que él invirtiera dinero con tal de poder contar con usted. Y esta idea fue la que después no cuajó.

»Podemos hacer dos cosas. Lo más evidente, desde luego, es conseguir una cantidad de Boring a modo de arreglo amistoso. La segunda es tratar de averiguar lo que pensaba hacer y llevarlo a cabo nosotros.

»Ahora quiero que me escuche con toda atención, Dianne. Cuando una persona es parte de un contrato y la otra parte quebranta este contrato, la persona inocente puede recurrir a varios medios.

»Puede denunciar el contrato o rescindirlo en cierta circunstancia, o bien puede continuar considerando el contrato como vigente y pedir que la otra parte siga ligada por sus obligaciones, o también puede aceptar el hecho de que la otra parte ha roto el contrato y perseguirla judicialmente por los perjuicios que le puede ocasionar a usted por esta ruptura.

»Todo esto se entiende cuando en el contrato no aparece el elemento de fraude. Si hay fraude, existen otros remedios adicionales.

»Deseo que usted no olvide ni por un momento que, en lo que a usted se refiere, el contrato ha terminado. Según ese contrato, no existe ya ninguna obligación por su parte. Pero vamos a tratar de pedir daños y perjuicios a Boring por ruptura de contrato. Si alguien le pregunta algo a usted acerca del contrato, le dice que hable conmigo. Usted se niega incluso a hablar del asunto. Si alguien le pregunta cómo va su régimen o su plan para aumentar de peso, le contesta que la persona con la que había extendido el contrato lo ha quebrantado y que el asunto está en manos de su abogado. ¿Lo recordará?

Dianne asintió.

—¿Adónde piensa ir ahora? ¿Quiere quedarse en la ciudad o prefiere regresar a Bolero Beach?

—Pensaba regresar a Bolero Beach.

—¿Tiene aquí su coche?

—Sí.

—Pues vuelva a Bolero Beach —dijo Mason—. Dé su dirección y teléfono a Della y ella se mantendrá en contacto con usted. Es posible que la necesite en un momento dado para alguna cuestión importante. Otra pregunta: ¿Qué le parecería a usted un arreglo?

—¿En qué sentido?

—¿Qué consideraría usted como arreglo?

—Cualquier cosa que pudiera obtener.

—Es cuanto deseaba saber —dijo Mason—. Y ahora deje de preocuparse, Dianne, y al mismo tiempo empiece a prescindir de los dulces y a programar un régimen más razonable.

Dianne sonrió.

—Mis trajes me vienen ya tan estrechos que me disponía a comprar todo un equipo nuevo.

—Yo creo que a la larga saldrá más barato empezar a perder peso —observó Mason.

—Sí —dijo la joven, de mala gana—, supongo que sí. Pero va a ser una tarea muy ardua.

Capítulo 5

Poco antes de las cinco Gertie llamó por teléfono a Della Street, y ésta, después de escuchar el mensaje, se volvió hacia Mason.

—Harrison T. Boring en persona en la oficina exterior.

—¿Qué me estás diciendo? —exclamó Mason.

—¿Lo hago pasar?

—No —dijo Mason—. Trátalo como a cualquier otro cliente. Sal, pregúntale si está citado, anota su nombre, dirección y teléfono, el objeto de su visita y después hazlo entrar. Entretanto, le pasas una nota a Gertie y le dices que llame a Paul Drake y le explicas que Boring está aquí. Deseo que lo haga seguir apenas salga de mi despacho.

—Supongamos que se niega a darme el número de su teléfono y a decirme el objeto de su visita.

—Pues le enseñas la puerta —replicó Mason—, pero asegurándote de que Paul tenga tiempo suficiente para hacerlo seguir. O entra aquí como yo deseo o no pone los pies en mi despacho. Pero tengo la impresión de que ese individuo está atemorizado.

Della Street salió y permaneció ausente cinco minutos. Cuando regresó dijo:

—Creo que sí está atemorizado. Me ha dado su nombre, dirección y teléfono, y me ha explicado que como tú querías hablar con él de un asunto importante, había preferido visitarte personalmente, ya que tenía otra cita no lejos de aquí.

—Está bien —dijo Mason—. Puedes hacerle pasar.

Della Street abrió la puerta y Harrison Boring entró en el despacho.

Era un hombre de aspecto distinguido, de hombros anchos, con

patillas, ojos grises y penetrantes, y un cierto aire de dignidad. Frisaba en los cuarenta años, pero era más bien esbelto a pesar de la anchura de sus hombros. Un bigote muy recortado daba firmeza a su boca.

—Buenas tardes, míster Mason —dijo—. He venido a verle. Usted pidió que me pusiera en contacto en seguida, y puesto que me hallaba cerca de aquí para otro asunto, decidí visitarlo.

—Siéntese —le invitó Mason.

Boring aceptó la invitación, sonrió, se sentó y cruzó las piernas.

—Dianne Alder —dijo Mason.

El rostro de Boring no expresó la menor sorpresa.

—¡Ah, sí! —dijo—. Una joven encantadora. Lamento que los planes que teníamos para ella no hayan podido materializarse.

—¿Tenía planes?

—¡Oh, sí! Sin duda alguna.

—Y se firmó un contrato.

—Eso es. Supongo que usted la representa, míster Mason.

—Yo la represento.

—Lamento que ella juzgase necesario recurrir a un abogado. Es la última cosa que yo hubiera deseado.

—Lo supongo —dijo Mason.

—¡No lo digo en este sentido! —exclamó Boring apresuradamente.

—Pero yo sí —replicó Mason.

—Nada puede conseguirse consultando a un abogado —dijo Boring—, y, como es lógico, hay que tener en cuenta el tiempo, los problemas y el gasto que ello supone.

—*Mi* tiempo, *sus* problemas, *su* gasto —subrayó Mason.

La sonrisa de Boring pareció reflejar auténtico buen humor.

—Me temo, míster Mason, que en la vida de Hollywood hay ciertos hechos que usted no comprende.

—Explíquese —invitó Mason.

—En Hollywood —dijo Boring— las cosas se hacen de sopetón, como un chispazo, a base de relaciones públicas. Cuando un escritor o un actor termina su contrato y su opción caduca, inmediatamente empieza a gastar dinero. Compra un nuevo automóvil, adquiere un yate, se deja ver en los locales nocturnos más caros y hace saber

que se halla en libertad, pero que está estudiando la posibilidad de emprender un crucero por los mares del Sur antes de tomar en consideración un nuevo contrato.

»Es probable que sólo disponga de lo suficiente para pagar el primer plazo del yate y que haya utilizado su automóvil viejo como garantía del nuevo. Posee una carta de crédito que le sirve para firmar vales en los locales nocturnos y suda de angustia, pero se deja ver regularmente con mujeres atractivas y paga comidas suculentas. Irradia una atmósfera de prosperidad.

»Entretanto, su agente de relaciones públicas trabaja como un loco tratando de hacer circular historias sobre él, y su agente de negocios va contando que aunque su cliente está empeñado en tomarse un año de vacaciones en los mares del Sur, a bordo de su yate, *podría* ser persuadido para posponer sus vacaciones si el empleo ofrecido era lo suficientemente remunerador. Esto es Hollywood, míster Mason.

—Esto es Hollywood —repitió Mason—. ¿Y qué?

—Sencillamente, míster Mason, yo vivo en Hollywood. Trabajo en Hollywood. Yo tenía unos planes muy concretos. Los apoyé con todo el dinero que disponía y conseguí interesar en los mismos a un capitalista.

»A última hora del viernes pasado mi capitalista se desalentó. Espero volver a despertar su interés, pero nada lograría si me viese desesperado. Tengo que exhibir una buena fachada, tengo que fingir que la pérdida de este apoyo financiero es para mí cosa de poca monta, pues tengo tantos asuntos entre manos que no puedo preocuparme por una cuestión que hubiese podido procurarme unos cuantos millones.

—¿Y qué más? —preguntó Mason.

—Pues que Dianne habría compartido mi prosperidad. Ahora tiene que compartir mi mala suerte. Si la chica desea seguir el asunto, si quiere desarrollar sus curvas y tratar de embellecer tanto como sea posible, quiero esperar que el negocio podrá ser reanudado.

—¿Cuándo?

—Dentro de una semana… Tal vez de unos días.

—¿O sea que supone que su financiero puede cambiar de

opinión?

—Sí.

—¿Está seguro?

—Creo que puedo… Bien, para serle franco, míster Mason, creo poder garantizar que cambiará de modo de pensar.

—Si está tan seguro de ello, siga efectuando sus pagos a Dianne Alder.

—No puedo hacerlo.

—¿Por qué?

—No tengo dinero.

—A nosotros no nos interesa su mala suerte —dijo Mason—. Usted estableció un contrato bien definido. Para su información le diré que, ante una ruptura de contrato, mi cliente puede elegir entre diversas medidas.

»Ella ha optado por considerar su denuncia del contrato como un quebrantamiento de la relación contractual y una terminación de todas las futuras obligaciones por su parte bajo contrato. Le hará responsable de todos los perjuicios que haya sufrido.

—Bueno, yo debo darle razón —dijo Boring—. Si estuviera en condiciones de poder hacerlo, ahora mismo le entregaría un cheque para cubrir sus perjuicios, míster Mason. De ningún modo trato de soslayar mis responsabilidades. Me limito a indicarle que yo soy un promotor, un hombre de ideas. Tuve esa idea y la vendí, pero ocurrió algo que obligó a mi financiador a echarse atrás. Creo que podré volvérsela a vender. Si no lo consigo, puedo hallar otro capitalista. Pero cada dólar que poseo está invertido en mantener la clase de ambiente necesario para mi trabajo. Toda mi mercancía está contenida en mis muestrarios. Yo no tengo estanterías. En este momento no dispongo de ninguna reserva.

—¿Está tratando de explicarme que no tiene ni un centavo? —preguntó Mason.

—Exactamente.

Mason le miró, pensativo.

—Usted es un vendedor.

—Eso es.

—Un promotor.

—Efectivamente.

—Vende usted ideas a base de la fuerza de su personalidad.

—Cierto.

—Por lo tanto —prosiguió Mason—, en vez de hablar conmigo por teléfono, en vez de dirigirse a su abogado, ha venido aquí en persona para ejercer sus habilidades más persuasivas y convencerme de que no tiene dinero y, por lo tanto, es inútil que mi cliente inicie un pleito.

—Ha vuelto a dar en el blanco, míster Mason.

—¿Tiene usted abogado?

—No.

—Será mejor que se busque uno.

—¿Por qué?

—Porque pienso hacerle pagar por lo que ha hecho a Dianne Alder.

—No se pueden pedir peras al olmo, míster Mason.

—No —dijo Mason—, pero se puede extraer el zumo de una naranja si se sabe cómo hacerlo y, sobre todo, si se la estruja como es debido.

Boring le miró intrigado.

—Por consiguiente —continuó Mason—, le sugiero que se busque un abogado y discutiré el asunto con él mejor que con usted.

—No tengo abogado, ni dinero para pagarme uno, y no pienso buscármelo. Con todos los respetos debidos, míster Mason, no va usted a sacarme ni un centavo, por lo menos mientras siga usted actuando de este modo.

—¿Acaso había pensado usted en otro? —preguntó Mason.

—Francamente, sí.

—Vamos a oírlo.

—Mi idea sigue siendo tan buena como el primer día. Más tarde o más temprano, conseguiré otro capitalista. Cuando ello ocurra, Dianne se encontrará en un lecho de rosas. Le aseguro, míster Mason, que la idea es excelente. Las mujeres están cansadas de martirizarse y pasar hambre.

»Conseguimos dar a conocer una modelo bien nutrida, de carnes firmes y ojos claros, y la moda cambia de la noche a la mañana.

—No soy experto en modas femeninas —dijo Mason—. Lo que pretendo es ser experto en leyes. Estoy protegiendo los intereses

legales de mi cliente.

—Pues siga protegiéndolos.

—Está bien —asintió Mason—. Mi cliente presenta una demanda por daños y perjuicios contra usted, sea cual fuere su importe. No vamos a discutir ahora sobre este punto. Mi cliente tiene también el derecho de considerar su repudio del contrato como conclusión de todo futuro compromiso por su parte.

—No soy abogado, míster Mason, pero creo que esto es justo.

—Por lo tanto —prosiguió Mason—, aparte de todo lo que pueda hacerse, usted no puede presentar ya reclamación alguna en cuanto a los ingresos de Dianne.

—Me agradaría que la situación permaneciese en *status quo* —dijo Boring.

—El *status quo* exige el pago de cien dólares semanales.

—No puedo pagar.

—Entonces no hay ningún *status quo*.

Boring tendió la mano a Mason con un gesto de sincera amistad.

—Gracias, míster Mason, por concederme tanto tiempo. Me alegro de haber tenido esta conversación. Dianne es una buena chica. Haga usted cuanto pueda para proteger sus intereses, pero yo sólo he querido que supiera que tratar de obtener dinero mío no sería más que una pérdida de tiempo —Boring siguió hablando sin dejar de estrechar la mano del abogado—. Si alguna vez llego a tener dinero mío, Mason, no necesitará usted pleitear contra mí porque respaldaré esta idea mía hasta el último centavo. Es una idea brillante y sé que puede rendir una fortuna. Comprendo que, de momento, la situación es un tanto desalentadora en lo que a Dianne se refiere, pero estoy seguro de que, tarde o temprano, mi idea prevalecerá. Presiento que dentro de pocos meses, Dianne será la joven más célebre de la ciudad, habrá puesto toda su carne en el asador.

—Es preciso procurar —dijo Mason, acompañando a Boring hacia la salida— que esa carne no se achicharre.

—Puedo asegurarle, míster Mason, con toda sinceridad, que tengo muy en cuenta los intereses de Dianne.

—Lo celebro —manifestó Mason—, y también puedo asegurarle que a mí me ocurre lo mismo.

Mason abrió la puerta, y Boring, sonriendo afablemente, dio media vuelta y se alejó por el pasillo.

Cuando la puerta se cerró, Mason volvióse hacia Della Street.

—¿Has encontrado a Paul Drake? —preguntó.

—Sí. Boring estará bajo vigilancia apenas salga de este edificio. Probablemente uno de los hombres de Drake bajará en el ascensor de él.

Mason sonrió.

—Todo un promotor —comentó Della Street.

Mason asintió.

—¡Ese maldito contrato! —exclamó.

—¿Qué ocurre con él?

—Me gustaría saber lo que iba buscando Boring. Y, sobre todo, sus motivos para rescindir el contrato.

—Tú no crees en esa historia acerca de una nueva moda y…

Mason la interrumpió.

—Della, de ese hombre no creo ni media palabra. En lo que a mí se refiere, hasta su bigote puede ser falso… Dame ese contrato, Della. Quiero estudiarlo una vez más.

Della Street le entregó la carpeta. Mason tomó el contrato y lo leyó atentamente.

—¿Alguna pista? —inquirió Della Street.

—No acierto a dar con ninguna. Es…

Se interrumpió de repente.

—¿Y bien? —preguntó Della Street.

—¡Merecería que me diesen un palo! —exclamó Mason.

—¿Por qué?

—La tapadera es lo que me ha estado engañando —dijo Mason.

—¿A qué tapadera te refieres?

—Al peso, al régimen, a los seis kilos en diez semanas, a las curvas.

—¿Acaso no era éste el verdadero objeto del contrato? —preguntó Della Street.

—¡Claro que no! —replicó Mason—. Esto no era más que la fachada. La tapadera.

—Está bien, sigue explicando —dijo ella—. Sigo en tinieblas.

—Saca esto del contrato, ¿y qué nos queda? —dijo Mason—.

Hemos visto muchos contratos como éste, Della.

—No caigo.

—El negocio del heredero ausente —explicó Mason.

Della Street le miró con los ojos muy abiertos.

—Alguien muere y deja una herencia cuantiosa, pero no herederos —prosiguió Mason—. De momento, nadie se interesa por el legado, excepto el administrador público.

»Y entonces estos francotiradores empiezan a revolver el asunto. Reúnen febrilmente toda la información que pueden obtener acerca de los descendientes. Descubren que hay parientes que viven en lugares lejanos y que han perdido todo contacto con la familia. Van a verlos y les dicen: «Si conseguimos aportarles unos bienes de los que ustedes no saben absolutamente nada, ¿nos darán la mitad? Nosotros pagaremos todos los gastos y los abogados. Todo cuanto deben hacer es aceptar su mitad neta y libre de todo gasto».

—Pero, ¿quién es el pariente en este caso? —preguntó Della Street—. Sabemos quién era la familia de Dianne. Su padre murió y lo que dejó pasó a su madre, y cuando ésta falleció lo dejó todo para Dianne.

—Puede haber alguna herencia procedente de parientes muy lejanos —aventuró Mason—. En tales casos es cuando estos vivales hacen su estupendo negocio.

—Entonces, ¿por qué ha dejado de pagarle los cien dólares semanales, prescindiendo con ello del derecho a repartirse el dinero con Dianne?

—O bien porque ha descubierto que ella no puede cobrar la herencia, o bien porque ha hallado el modo de actuar con mayor ventaja.

—¿Y si es éste el caso? —preguntó Della Street.

—Entonces —dijo Mason— nos corresponde a nosotros averiguar lo que Boring está haciendo, arrebatarle las cartas y conseguir la herencia para Dianne, sin tener que darle a él ni un centavo.

—¿No crees que va a ser difícil?

—Muy difícil —replicó Mason—. Tenemos que hablar con Dianne y empezar a preguntarle acerca de su familia paterna y materna, sus primos, tíos, primos segundos, tíos y toda la parentela.

Después tendremos que investigar cada persona para descubrir dónde viven o vivían, cuándo murieron, cómo murieron, dónde murieron, cuál fue su legado y todos los demás detalles. Sin embargo, hay una manera de simplificar esta tarea.

—¿Cuál es?

—Siguiendo a Boring, comprobando dónde ha estado, qué ha estado haciendo y, si es posible, con quién se relaciona. Todo esto es trabajo para Paul, de modo que dejaremos que él se las apañe hasta que nos ofrezca alguna pista.

»Vamos, Della, cerremos la oficina y olvidémonos de este asunto. Creo que podemos dar la jornada por terminada.

Della Street asintió.

Mason abrió la puerta de salida, pero en el momento en que se disponía a salir, se detuvo y dijo:

—Della, hay alguien que está forcejeando con la puerta de la oficina exterior. ¿Quieres decirle que estamos cerrando ya y darle hora para mañana?

Pocos momentos después, Della regresó al despacho.

—Creo que te interesará ver a ese hombre, jefe —dijo.

—¿Quién es?

—Se llama Montrose Foster y quiere hablar contigo acerca de Harrison T. Boring.

—¡Bien, bien! —exclamó Mason sonriendo—. Dadas las circunstancias, Della, creo que debemos retrasar la hora de cierre hasta que hayamos hablado con míster Montrose Foster. Después, si no hay inconveniente, podemos cenar en alguna parte y tal vez invitar a Paul Drake para que nos acompañe. Hazlo pasar.

Della Street regresó en seguida con un hombre delgado, de rostro enjuto, con unos ojos negros y chispeantes. Tenía los pómulos prominentes, una nariz puntiaguda y larga, gestos rápidos y nerviosos y viva elocuencia.

—¿Cómo está usted, míster Mason, cómo está usted? —dijo—. Le reconozco gracias a las fotografías que he visto de usted. Siempre he deseado conocerle personalmente. Una figura, eso es lo que es usted, caballero, una figura descollante. Es un placer conocer al as.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó Mason, calibrando al hombre con mirada benevolente.

—Es posible que podamos hacer algo el uno por el otro, míster Mason. Yo lo planteo así.

—Está bien, siéntese —dijo Mason—. Es tarde y ya nos disponíamos a marchar. Sin embargo, si es usted breve, podemos efectuar una exploración preliminar de la situación.

—Mi interés radica en Harrison T. Boring —dijo Foster—, y tengo la impresión de que usted también está interesado en él.

—Supongamos que sea como usted dice.

—Creo que podríamos juntar nuestras informaciones, míster Mason. Estoy convencido de que puedo serle útil y de que usted también puede serme útil a mí.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Mason.

—Me he enterado, y cómo me he enterado no hace al caso, de que usted dejó el encargo de que Harrison Boring se pusiera en contacto con usted. Me he enterado de que míster Boring recibió el recado y, en vez de telefonearle como al parecer usted deseaba, ha venido a verle personalmente. Me he enterado de que ha salido de aquí hace muy poco tiempo. Y éste es el motivo, y le ruego que me disculpe, de que haya tratado con tanta persistencia de llamar la atención golpeando la puerta de su oficina. Estaba seguro de que usted aún estaba dentro.

—Ya comprendo —dijo Mason.

—Pues vamos a ver —prosiguió Foster—, si usted me dice el nombre de su cliente, míster Mason, creo que posiblemente podré ayudarle.

—¿Y por qué desea saber el nombre de mi cliente?

—Simple comprobación, míster Mason. Sólo quiero comprobar si estoy en el buen camino.

Mason le taladró con la mirada.

—No veo de qué pueda servir la divulgación del nombre de mi cliente. Desde luego, si quiere contarme algo acerca de Boring, estoy dispuesto a escucharle.

—Boring es un oportunista —dijo Foster—. Un individuo muy astuto.

—¿Poco escrupuloso? —preguntó Mason.

—Yo no he dicho tal cosa —replicó Foster.

—¿Puedo preguntarle cómo es que sabe tanto acerca de él?

—Ese hombre trabajó por mi cuenta durante dos años.

—¿En qué clase de ocupación? —inquirió Mason.

—Era… bien, podríamos decir que era un investigador privado.

—¿Y cuáles son sus actividades, míster Foster? —preguntó Mason.

Foster adoptó una actitud deliberadamente despreocupada.

—Tengo varias actividades, míster Mason. Soy hombre de intereses algo dispares.

—Siendo el principal de ellos la localización de herederos desconocidos —dijo Mason, disparando en la oscuridad—. ¿No es esto?

Foster mostró visible agitación.

—De modo que está enterado, ¿eh?

—Digamos que lo he supuesto.

—¿Y puede saberse qué es lo que se lo ha hecho suponer?

—Su interés personal por el nombre de mi cliente, míster Foster.

—Tal vez me haya mostrado un poco brusco, pero al fin y al cabo estaba tratando de ayudarle, míster Mason —dijo Foster amansándose—. Ésta era mi principal intención.

—Y al mismo tiempo, la de procurar sacar tajada —añadió Mason—. Vamos a ver si consigo reconstruir la situación. Usted dirige una agencia dedicada a la localización de herederos desaparecidos. Boring trabaja para usted. De pronto, deja su empleo y empieza a investigar silenciosamente algún asunto por cuenta propia.

»Usted está seguro de que se trata de alguna información que él averiguó mientras trabajaba con su agencia y algo en lo que se dispone a sacar una ganancia únicamente personal. Ha estado usted haciendo toda clase de esfuerzos para descubrir de quién es la herencia y quién es el heredero desconocido, y espera enterarse de ello antes de que Boring consiga hacer firmar un contrato.

Mientras Mason hablaba, parecía como si Montrose Foster se empequeñeciera por momentos.

—Está bien —dijo por fin—, veo que se ha enterado de todo, o bien que ha puesto a Boring en tal situación que ha conseguido sonsacarle hasta el último detalle.

—¿De qué asunto se ocupaba Boring cuando le dejó a usted? —

preguntó Mason—. Tal vez esto representaría una pista.

—Es una pista y una pista muy valiosa —dijo Foster—, y también es una pregunta muy acertada, míster Mason, pero me temo que hemos llegado a un punto en que es preciso negociar. Usted me da el nombre de su cliente y yo le daré los detalles de la herencia en la que Boring estaba trabajando.

Mason reflexionó por un momento, y después denegó lentamente con la cabeza.

—Puedo hacerle ganar mucho tiempo —insistió Foster, suplicante.

—Es posible —dijo Mason—, pero estoy dispuesto a pasar este tiempo.

—Le costará mucho dinero.

—No me falta el dinero.

—Usted me da el nombre de su cliente —insistió Foster—, y si este cliente todavía no ha firmado con Boring, yo le ofreceré a usted un veinticinco por ciento. Es evidente, míster Mason, que no puede desear usted una oferta mejor que ésta. Nuestros honorarios corrientes son el cincuenta por ciento y sólo en casos en que se necesite una labor muy ardua.

—Bien —dijo Mason—, estudiaré su oferta y la tendré en cuenta.

—No hay tiempo, míster Mason. Este asunto es muy urgente.

—Yo no compro un caballo sin antes haber visto el animal.

—Yo he puesto mis cartas sobre la mesa.

—No, no las ha puesto. Usted no me ha dicho nada, excepto confesar que la información que ha podido descubrir no le permite llevar a cabo su negocio.

—Está bien, está bien —argumentó Foster—. Es usted demasiado listo para mí, míster Mason. Parece como si leyera en mis pensamientos. Si pudiese saber el nombre del heredero, empezaría a buscar por el otro extremo y entonces lo averiguaría todo. De momento, tiene usted razón al suponer que no he podido conseguir nada al revisar las herencias que Boring estaba investigando.

—¿Y no ha hablado con Boring? —preguntó Mason—. ¿No le ha ofrecido sus informes? ¿No le ha brindado una espléndida comisión superior a la corriente?

—Sí. Pero se rió de mí.

—¿Y entonces qué ocurrió?

—Me temo que perdí los estribos y le dije lo que pensaba de él con palabras que no dejaban lugar a duda. Ese hombre es un embustero y un tramposo y un traidor sin escrúpulos y capaz de apuñalar a cualquiera por la espalda. Tiene un aspecto que engaña, pero no es más que un bandido. Trabajó para mí, yo lo sostuve durante los tiempos de vacas flacas, y apenas dio con algo interesante se las arregló para apropiarse de la operación y dejarme a mí plantado.

Mason dirigió una rápida y significativa mirada a Della Street.

—Por lo que veo, usted no le tenía ligado por ningún contrato. Por lo tanto, no hay razón alguna por la que él no pudiera abandonar su empleo y establecerse por su cuenta. No comprendo por qué está usted tan amargado.

—Es que no fue a establecerse por su cuenta, Mason. ¿No lo comprende? Él se aprovechó de algo que descubrió cuando trabajaba para mí. Yo le pagaba un salario y una comisión y cuando topó con este asunto, en vez de mostrarse leal con su jefe y su empleo, me mandó una carta despidiéndose y empezó a trabajar el asunto él solo.

—Si no sabe usted lo que era —adujo Mason—, ¿cómo puede saber que se trataba de algo que él descubrió mientras trabajaba para usted?

—Usted me está sonsacando muchos detalles —protestó Foster —. Me doy perfectamente cuenta de ello, pero no tengo más alternativa que la de seguirle la corriente, con la esperanza de que usted vea las ventajas de una cooperación conmigo.

—Me temo que no veo aún estas ventajas con claridad, por lo menos de momento —replicó Mason.

—Voy a enumerárselas otra vez —dijo Foster—. Usted me da el nombre de su cliente y yo empiezo a investigar el asunto a partir de este ángulo. Tengo facilidades para esta clase de tarea informativa. Es mi especialidad.

—¿Y después querrá la mitad de lo que consiga mi cliente? —preguntó Mason.

—Ya le he dicho que haré un trato con usted, Mason. Yo me quedaré el veinticinco por ciento y haré todo el trabajo. Usted

puede quedarse con otro veinticinco por ciento en concepto de honorarios, y su cliente cobra la otra mitad. ¿No es justo?

—No.

—¿Qué hay de injusto en ello?

—Si yo no hago nada de este trabajo —dijo Mason—, no puedo cargarle a mi cliente el veinticinco por ciento de lo que herede.

—Bueno, pero todos hemos de vivir —arguyó Foster.

—Yo vivo conmigo mismo —dijo Mason, mientras se señalaba sonriendo.

—¡Oh, está bien! Pero reflexione. Sea como fuere, usted tendrá que negociar conmigo tarde o temprano.

—¿Por qué?

—Porque yo averiguaré en qué está trabajando Boring, aunque tenga que gastarme el último centavo. No quiero que saque beneficio alguno de su traición.

—Considero muy natural su actitud —aprobó Mason—, siempre y cuando desee emplear tiempo y dinero.

—Tengo tiempo y tengo dinero, y el esfuerzo corre de mi cuenta —replicó Foster—. Vuelva a meditar en mi proposición, míster Mason. Tenga mi tarjeta. Vivo en Riverside. Puede telefonearme en cualquier momento, de día o de noche. Llame a mi despacho durante el día, y a mi casa si es de noche.

—Muchas gracias —dijo Mason—. Lo pensaré bien.

Mientras Della Street abría la puerta de la oficina, Montrose Foster volvió la cabeza con un gesto rápido, esbozó una mueca que pretendía ser una sonrisa y salió apresuradamente al corredor.

La puerta se cerró lentamente tras él, y Della Street se volvió para mirar a Mason.

—El asunto se va complicando —dijo.

—Sí, no cabe duda —contestó Mason frunciendo el ceño.

—¿Qué opinas de todo ello?

—Vamos a hacer inventario de la situación —dijo—. Foster era el cerebro que había detrás de una agencia destinada a buscar herederos desaparecidos. Él desenterraba los asuntos y se ocupaba de la carga financiera. Boring, con su dignidad y sus modales impresionantes, era el contacto. Pero yo me digo que si se descubrió algún caso fuera de lo corriente, si surgió alguna información

interesante, cabe pensar que Foster era el más indicado para echarle mano, y no Boring.

—Comprendo tu punto de vista —dijo Della Street.

—Sin embargo, ha sido Boring el que ha descubierto el asunto, a pesar de ser Foster el que dirigía sus actividades. Foster no posee el menor indicio que le permita suponer de qué asunto se trata y por eso intenta desesperadamente averiguar quién es el heredero e iniciar sus pesquisas a partir de éste.

—No deja de ser un tributo a tu inteligencia el que hayas supuesto todo esto, en su mayor parte mediante un estudio exhaustivo de la lectura del contrato.

—Pues yo no voy a ponerme ninguna medalla por ello —dijo Mason—. Tenía que habérmelo figurado mucho antes… Otra cosa; es evidente que Foster está haciendo seguir a Boring.

—De lo contrario, ¿cómo pudo saber que él había estado aquí?

Mason asintió.

—Y nosotros estamos haciendo seguir también a Boring —añadió Della Street.

—El cazador cazado —dijo Mason—. Vamos, Della, cenaremos cargando la cuenta a los gastos generales de la oficina y pensaremos en todo esto. Después te acompañaré a casa.

—¿Habrá combinados? —preguntó Della con una sonrisa.

—Todo cuanto quieras —replicó el abogado—. Me siento dispuesto a celebrar algo. Me agradan estas situaciones en que cada uno está dispuesto a engañar a los demás.

—¿Y Dianne? ¿Hemos de hablar con ella y decirle lo que hemos averiguado?

—Todavía no —dijo Mason—. Antes pensaremos un poco; mejor dicho, pensaremos muchísimo.

Capítulo 6

Una audiencia en el tribunal celebrada el martes por la mañana degeneró en batalla juridicolegal que se prolongó hasta primera hora de la tarde. Eran ya las tres y media cuando Mason llegó a su despacho.

—Hola, Della —dijo el abogado—. ¿Alguna novedad?

—Casi todo rutina —contestó la joven—. ¿Qué tal la sesión en el tribunal?

Mason sonrió.

—Las cosas se estaban poniendo bastante difíciles cuando el abogado de la otra parte empezó a discutir con el juez sobre un detalle de escasa importancia. La discusión llegó hasta el punto de que los dos contendientes pusieron considerable calor en sus argumentaciones. Al terminar la sesión, el juez ha sentenciado a nuestro favor.

—¿Y tú qué has hecho? —preguntó ella con exagerada actitud de inocencia—. Supongo que te habrás quedado allí con las manos en los bolsillos mientras el abogado y el juez discutían.

—He tratado de hacer de pacificador —replicó Mason—. Eché petróleo en la hoguera.

Della Street se rió de buena gana.

—Apuesto a que sí lo has hecho.

—¿Alguna noticia con respecto a nuestro caso de la rubia ondulante, Della?

—Parece que hay buen número de actividades centradas en Riverside —contestó Della—. Paul Drake ha comunicado que Harrison Boring se ha trasladado a Riverside. Está instalado en la unidad diez del Restawhile Motel. El empleado de Drake informa también que Boring está siendo seguido por otra agencia.

—¿O sea que tiene dos seguidores y no ha advertido la presencia de ninguno de ellos?

—Al parecer, no —dijo Della Street—. Desde luego, dadas las circunstancias, el hombre de Drake está usando la máxima discreción y se confía tanto como puede a los instrumentos electrónicos que mandan señales acústicas al coche que sigue la pista. Cree que la otra agencia está empleando observación visual, sin la ayuda de instrumentos. De momento, todo da la impresión de que Boring no sospecha. Paul dice que el hombre va de un lado a otro, recorriendo buena parte del territorio.

Mason se sentó en su sillón giratorio.

—Conque de un lado a otro, ¿eh? —murmuró.

—Aquí está el correo —dijo Della Street, colocando un paquete de cartas sobre la mesa de Mason.

Mason cogió la carta de encima, empezó a leerla, volvió a dejarla y después, apartando a un lado toda la correspondencia, permaneció más de un minuto reflexionando en silencio.

—¿Se te ocurre algo? —preguntó Della Street.

—Estoy jugueteando con una idea —dijo Mason—, y cuantas más vueltas le doy, más plausible me parece.

—¿Quieres explicarla ahora mismo o prefieres incubarla?

—Creo que voy a airearla —dijo Mason—, y así sabremos si tiene lógica. Boring se dedicaba a investigar herencias oscuras y a buscar presuntos herederos. Sin embargo, cuando Foster trató de examinar sus actividades, no pudo descubrir nada. No obstante, Foster es un individuo meticuloso y conoce todos los hilos interiores de su negocio. En primer lugar, está al corriente de todos los métodos rutinarios de investigación, y en segundo lugar sabe con exactitud dónde había estado Boring y en qué actividades trabajaba. Pero nada de lo que ha podido averiguar le ha dado una pista que le indique lo que movió a Boring a separarse de él.

Sabiendo que Mason no hacía otra cosa que pensar en voz alta, Della Street estaba sentada y le prestaba toda su atención, proporcionándole de este modo un silencioso auditorio.

—De pronto, Harrison T. Boring aborda a Dianne Alder —prosiguió Mason— y la liga con un contrato, pero este contrato está disfrazado de tal modo que ni ella ni cualquiera que lo pudiera leer

podía darse cuenta de que se trataba de un contrato de heredero desaparecido. La corteza de azúcar disimulaba la píldora de manera que el conjunto parecía un auténtico terrón.

Della Street se limitó a asentir.

—Y ahora pasemos a Montrose Foster —continuó Mason—. Aparte del hecho de que es un hurón, no tiene nada de tonto y empieza a pensar que tal vez debería empezar a trabajar por el otro extremo. Por lo tanto, le entra el deseo de saber con quién ha estado relacionándose Boring.

Della Street volvió a asentir en silencio.

—Hace seguir a Boring. Indudablemente, sabe que Boring tiene tratos con Winlock. Pero Winlock no parece ser la solución del problema, por lo menos en lo que a Foster respecta. Y ahora viene la ventaja que nosotros tenemos sobre Foster. Sabemos que, cualquiera que sea el asunto descubierto por Harrison Boring, la pista le llevó hasta Dianne Alder. En este caso, el objetivo es Dianne Alder. Ella es la mina de oro. —Mason hizo una pausa y añadió—: Sin embargo, después de haber descubierto a Dianne Alder y conseguido que ésta firmase el contrato, Boring la descarta de repente. ¿Por qué?

Della seguía mirándole, sin hacer comentario alguno.

—El motivo es, desde luego, que la ventaja que Boring pensaba obtener de su contrato con Dianne, y tenía que ser una ventaja muy considerable para obligarle a invertir cien dólares semanales, quedó superada por algo que ofrecía a Harrison Boring un provecho mucho mayor.

—¿Qué podía ser? —preguntó Della Street.

—Chantaje.

—¡Chantaje! —exclamó ella.

—Exactamente —dijo Mason—. Empezó con un contrato de heredero desaparecido y de pronto se orientó hacia el chantaje. No hay otra explicación que justifique su rescisión del contrato con Dianne después de tomarse tanto trabajo para conseguirlo.

—Pero, ¿por qué relaciona el chantaje con la cuestión de herederos desaparecidos?

—Porque —explicó Mason— hemos estado enfocando la cuestión al revés. No hay ningún heredero desaparecido.

—¡Pero si tú decías que Dianne era una heredera desaparecida!

—Empezamos nuestras averiguaciones partiendo de esta idea —dijo Mason—, pero es una premisa falsa, por cuya razón no vamos a ninguna parte, y lo mismo le ocurre a Montrose Foster. Dianne Alder no es una heredera desaparecida. Nos hallamos ante un caso concreto de testador desaparecido.

—¿Qué quieres decir?

—El padre de Dianne murió hace unos catorce años, ahogado en un accidente cuando navegaba por el canal, pero su cadáver nunca fue hallado.

—¿O sea que…?

—Sí —dijo Mason—. Su cuerpo no fue hallado porque él no había muerto. Fue rescatado no sé cómo, y decidió mantener la impresión de que había muerto. Se alejó y volvió a comenzar su vida, amasando probablemente una cuantiosa fortuna.

—Por lo tanto… —empezó a decir Della Street, presa de repentina excitación.

—Por lo tanto, debemos empezar buscando a un hombre acaudalado, alguien que no tiene antecedentes más allá de estos catorce últimos años, alguien que no podía divorciarse de su esposa porque se le suponía muerto, alguien que desde entonces ha vuelto a casarse, o sea, en una palabra, alguien que es extraordinariamente vulnerable al chantaje. Dianne, como hija suya, tiene unos derechos que podrían ser exigidos por la ley.

—¡Pero si la madre de Dianne recibió toda la herencia! —argumentó Della.

—Todo lo que ella sabía —dijo Mason—. Todo lo que el padre de Dianne dejó *en el momento de su desaparición*. Pero, técnicamente hablando, él seguía estando casado con la madre de Dianne. Técnicamente, todo lo que adquirió después de su desaparición y antes de la muerte de la madre de Dianne era propiedad en común.

—Entonces —dijo Della Street— la clave de todo el asunto es George D. Winlock.

—Eso es —afirmó Mason—. Winlock, el hombre acaudalado al que Harrison Boring está cultivando de momento; Winlock, el especulador en terrenos que apareció en Riverside hace catorce años como agente de ventas, que empezó a negociar en fincas, se

enriqueció y es hoy uno de los ciudadanos más destacados de la localidad; Winlock, que está muy bien situado socialmente y que tiene una esposa que, en realidad, no es su esposa… ¡No es extraño que Boring deseara que Dianne soltase el anzuelo! Había atrapado un pez más gordo.

—Supongo que nos marchamos a Riverside —sugirió Della.

Mason sonrió.

—Prepara tus cosas, Della. Llévate unos cuantos cuadernos y lápices. Nos vamos a Riverside.

—¿Y veremos a George D. Winlock?

—Investigaremos con gran cuidado —contestó Mason—, procurando no volcar el carro de las manzanas ni formular acusaciones o sacar falsas conclusiones. Pero, desde luego, visitaremos a George D. Winlock.

—¿Y cuándo lo visitaremos?

—Me presentaré en calidad de abogado de Dianne Alder y apenas hecha esta gestión, verás cómo el chantaje de Harrison T. Boring se queda sin fuente de ingresos. Y como Boring ha repudiado su contrato con Dianne, ésta aceptará encantada todo cuanto podamos ofrecerle a título de arreglo amistoso. ¿Cuánto tiempo necesitas para preparar tu equipaje, Della?

Della sonrió.

—Cinco minutos. He pasado tantas veces por esto que tengo un maletín de fin de semana preparado en el armario.

Capítulo 7

Sid Nye, el brazo derecho de Paul Drake, estaba esperando a Perry Mason cuando él y Della Street llegaron al vistoso Mission Inn Hotel de Riverside.

—Hola, Sid —dijo Mason, estrechándole la mano—. Ya conocía a Della Street, ¿verdad? ¿Qué novedades hay?

—Algo que deseo hablar con usted —respondió Nye—. He hablado con Paul por teléfono y me ha dicho que usted se dirigía hacia aquí.

Della Street llenó las tarjetas de registro y Mason, Nye y Della fueron acompañados a la suite del abogado. Mason encargó bebidas y Nye, acomodándose en su sillón, dijo:

—Parece que la cosa está que arde.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Mason.

—Desconozco las ramificaciones del caso —dijo Nye—, pero tengo entendido que usted encargó que Harrison T. Boring fuese seguido.

—Es verdad. ¿Ha sucedido algo?

—Al parecer, se dio cuenta de que le seguían los pasos, pero no fue culpa nuestra. Había otro hombre que le seguía y Boring lo advirtió porque el otro hombre seguía el método de contacto.

—Prosiga —dijo Mason.

—¿Recuerda a Moose Dillard? —prosiguió Nye.

Mason frunció el ceño, pero en seguida exclamó:

—¡Ah, sí, ahora le recuerdo! Aquel hombre corpulento al que defendí cuando estaba a punto de perder su licencia.

—Eso es. Fue cuando perdió los estribos y pegó una paliza a un político que le llamaba cosas feas. Personalmente, yo creo que el político se lo buscó, pero esto no hace al caso. Moose Dillard era el

que seguía a Boring. Colocó un chivato electrónico en el coche de Boring para poder seguirlo sin alarmarlo, y Boring no habría sabido nunca que le vigilaban de no haber sido por el otro hombre que usaba métodos de contacto.

»Pues bien, Boring detectó al otro seguidor y se dedicó a despistarlo, tarea en la que se mostró muy efectivo. El hombre que le seguía se quedó en algún lugar de Hollywood, pero Boring estaba ya alertado.

»Desde luego, gracias a nuestros sistemas electrónicos, Moose Dillard no tuvo problemas. Además, es un genio conduciendo automóviles. Coge el volante con aquellas manazas suyas y parece como si el coche formase parte de él.

Mason asintió.

—¿Y qué ocurrió?

—Boring decidió regresar a Riverside. No sé a qué se debió, probablemente a alguna conversación telefónica que tuvo con alguien. Sea como fuere, estaba en Hollywood y de pronto metió una maleta en su automóvil y salió a toda velocidad. Empezó a describir ochos y perdió al otro seguidor. Dillard se mantuvo pegado a él. Cuando llegaron a la autopista, Dillard lo siguió con toda facilidad gracias al dispositivo electrónico.

—¿Y qué sucedió?

—Boring fue a la oficina de Winlock, y después al Restawhile Motel, donde alquiló la unidad diez. Dillard esperó un rato, después entró y se inscribió en la unidad cinco, que está situada ante la diez y permite observar muy bien el alojamiento de Boring.

»Y ahora viene lo más interesante. Dillard corrió las cortinas de la ventana pero dejó una rendija para poder mirar, y al poco rato vio salir a Boring, dirigirse a su coche, abrir la puerta y empezar a fisgonear en el interior.

—¿Qué hizo Dillard?

—No se movió. Dijo que le entraron ganas de salir, coger al tipo aquel por el cuello de la camisa y darle una buena sacudida, pero recordó los apuros que pasó aquella vez.

—¿Qué andaba buscando Boring?

—Al parecer, sospechaba de Dillard y quería examinar la placa de registro del coche.

—¿Se enteró de algo?

—Esto es lo que no sabemos. El coche está a nombre de Paul Drake como particular y, desde luego, para cumplimentar la ley de California, hay un certificado de registro en una funda de celofana atada al eje del volante.

—¿O sea que Dillard no hizo nada?

—Dillard no hizo nada, pero teme haber sido descubierto y espera instrucciones.

Mason reflexionó un rato y dijo:

—Dígale que no se mueva del motel y que no quite el ojo de encima del apartamento en que se aloja Boring. Quiero estar enterado de todos los que visiten a Boring y quiero saber a qué hora se marcha éste.

—Pero supongamos que Boring sale. ¿Debe seguirle Dillard?

—No —contestó Mason—. Dadas las circunstancias, sería demasiado arriesgado. Se fijaría en él aunque usase el dispositivo electrónico. Debe quedarse donde está.

—Es que el pobre chico aún no ha cenado —dijo Nye—. Es muy corpulento y tiene mucho apetito.

—No quiero que salga de allí, por lo menos mientras Boring esté en el motel. ¿Tienen ustedes aquí a alguna mujer que trabaje para la agencia?

—Aquí no, pero es probable que podamos conseguir una. ¿Qué desea?

—Una mujer de aspecto atractivo podría entrar en el apartamento de Dillard como si fuese alguna mujer casada acudiendo a una cita, y llevarle algo de comer. No será lo que a él le guste, pero puede llevarle unas cuantas hamburguesas y un termo lleno de café. Entonces, si Boring está haciendo el mismo juego que Dillard y espiando el apartamento de éste, el hecho de que una mujer entre allí con aspecto un tanto furtivo, probablemente le tranquilizará. Y al propio tiempo, solucionaremos la cuestión de la comida de Dillard.

—Es factible —dijo Nye—. Pero necesitaré un par de horas.

—¿Alguna otra novedad? —preguntó Mason.

—De momento, parece que esto es todo, pero será mejor que llame a Paul y le diga que está usted aquí y que ha hablado

conmigo. ¿O prefiere que yo informe directamente a Paul?

—No, le llamaré —dijo Mason—. Telefonéele, Della —después volvió a dirigirse a Nye—: Siéntese y cuénteme algo acerca de ese George Winlock, porque me dispongo a ir a charlar un poco con este individuo.

—No puedo decirle gran cosa. Es un individuo que llegó aquí hace catorce años y se colocó como agente de venta de fincas. Era un hombre laborioso y un buen vendedor. Se ganó un par de comisiones sustanciosas; después tuvo la oportunidad de husmear una finca que podía ser vendida en parcelas y en vez de limitarse a pasar oferta, adquirió una opción. Pagó hasta el último centavo que poseía por una opción a noventa días, trabajó como un loco y la vendió con un beneficio de diez mil dólares. A partir de entonces, empezó a subir. El hombre es inteligente y además es un negociante muy astuto. Pero siempre permanece en segunda fila.

—¿Y su esposa?

—Es más bien algo cursilona. Tiene muchos humos y se da mucho tono entre la sociedad local. Ésta le rinde pleitesía a causa de su posición social, pero estoy seguro de que no ganaría un plebiscito de popularidad si las votaciones fueran secretas.

—¿Y su hijo?

—Marvin Harvey Palmer es uno de esos niños bien —dijo Nye —. Me parece que ya vamos teniendo demasiados. Cree, al parecer, que nunca necesitará trabajar y ni siquiera se toma la molestia de intentarlo. Es un aficionado a los coches deportivos, un tenorio con las mujeres y ha sido detenido un par de veces por conducir estando embriagado, pero se las ha arreglado para salir bien parado y… En fin, Perry, ya conoce usted al tipo.

—Paul Drake al teléfono, jefe —anunció en aquel momento Della Street.

Mason atravesó la habitación y cogió el auricular.

—Hola, Perry —dijo Drake—. Voy a darte la descripción de un hombre y tú me dirás si significa algo para ti.

—Adelante con ella.

—Metro sesenta y cinco o sesenta y ocho, unos sesenta y cinco kilos, hombros muy huesudos, ojos negros pero más bien pequeños, pómulos salientes y nariz larga y puntiaguda. Frisará en los

cuarenta años, es muy inquieto y nervioso…

—Estás describiendo a míster Montrose Foster —le interrumpió Mason—. Es el presidente de la Sociedad Investigadora de Herederos Desaparecidos y Herencias Perdidas, y me visitó para tratar de sonsacarme información. Harrison Boring trabajó para él antes de establecerse por su cuenta.

—Ha descubierto a Dianne Alder.

—¿Qué me estás diciendo?

—Lo que oyes.

—¿Cómo pudo encontrarla?

—No tengo ni la menor idea, Perry. Probablemente, ese tipo es muy listo y parece ser un hombre activo.

»Creo que detectó la presencia de Harrison Boring en Bolero Beach y cuando husmeó qué podía ocurrir en Bolero Beach averiguó que Boring se interesaba por Dianne Alder.

»Lo que ignoro es si Foster curioseó por allí y se enteró del asunto que Boring se traía con Dianne, o bien si decidió trabajar de prisa y visitó a Dianne para ver qué podía contarle ésta.

»Una cosa es segura. Dianne quedó muy trastornada a consecuencia de esta visita y poco después de marcharse Foster, subió a su coche y se marchó precipitadamente.

—¿No la has hecho seguir? —preguntó Mason.

—No. Tú no me dijiste nada a este respecto. Lo ocurrido fue que nuestro agente en Bolero Beach, que estaba haciendo pesquisas sobre las actividades de Boring, se enteró por casualidad de que el hombre de la nariz puntiaguda había estado interesándose por Boring y decidió seguirle los pasos. Dio con él precisamente cuando Foster salía del apartamento de Dianne. Al cabo de diez minutos, Dianne salió de su casa, subió a su automóvil y se largó de estampida.

—¿Hace mucho rato?

—Hora u hora y media.

—Al parecer —dijo Mason—, Moose Dillard, el empleado tuyo que estaba siguiendo a Boring, ha sido detectado por éste. Boring despistó al otro hombre que le seguía y después se fijó en Dillard cuando éste se inscribió en el Restawhile Motel. Boring ha husmeado en el coche de Dillard, y ese coche está registrado a

nombre tuyo.

—Eso tengo entendido —dijo Drake—. Me ha llegado un informe. ¿Qué piensas hacer con Dillard?

—En este momento estaba hablando con Sid Nye —dijo Mason —. Sid se encuentra en mi suite del hotel. Le he dicho que Dillard no se mueva de allí. Buscaremos a una mujer para dar la impresión de que tiene una cita con él y al mismo tiempo le haremos llegar unos cuantos bocadillos y un termo de café. Desde luego, él puede seguir vigilando si alguien viene a entrevistarse con Boring en el motel, pero su eficiencia ha quedado muy perjudicada en lo que a nosotros respecta.

—¿Y si pongo a otro hombre para seguir a Boring?

—No sé —contestó Mason—. No creo que sea necesario. He decidido cortar el nudo gordiano poniéndome en contacto con el hombre alrededor del cual gira todo este asunto.

—¿Quién es?

—George D. Winlock.

—¿Winlock? —exclamó Drake.

—El mismo.

—¿Has decidido que es el hombre al que iba destinada Dianne?

—No. Estoy enfocando el problema desde otro ángulo, Paul. He llegado a la conclusión de que Winlock posee la llave de toda la situación.

—¿Puedes explicármelo por teléfono?

—No —contestó Mason—. Tendré que solucionarlo desde aquí, Paul.

—De acuerdo —dijo Drake—. Tú mandas, y Nye se ocupa de nuestras fuerzas en este sector. Sigue tu programa y dile a Sid lo que deseas que hagamos… ¿Quieres que mis hombres sigan actuando en Bolero Beach?

—No, pueden dejarlo —respondió Mason—. Le diré a Sid lo que debe hacerse.

Apenas Mason hubo colgado el auricular, Sid dijo:

—Bien, yo voy a ocuparme de buscar a una chica pizpireta para que le lleve la cena a Dillard. Dillard tiene teléfono en su habitación y puede llamar al exterior, pero tenemos que andar con cuidado, pues la línea pasa por una centralita del motel y siempre cabe la

posibilidad de que alguien esté escuchando.

—¿Dónde puedo encontrarle si le necesito urgentemente? —preguntó Mason.

—Lo mejor es llamar a la oficina de la *Tri-Countriese Detective Agency*. Son nuestros corresponsales aquí, o sea que nosotros trabajamos para ellos en nuestra ciudad y viceversa.

—Perfectamente —dijo Mason—. Me mantendré en contacto con usted.

—¿Se dispone a visitar a Winlock?

—Voy a intentarlo.

—Es un hombre muy astuto —dijo Nye—. Siempre se asegura de sus jugadas.

Mason llamó a Della Street con un gesto de la cabeza.

—Trata de llamarle por teléfono, Della.

—Tal vez será mejor que espere aquí hasta saber qué se prepara —dijo Nye.

Della Street consultó el listín télefónico, marcó el número y llamó a míster Winlock.

—Míster Winlock —dijo— le habla la secretaria de míster Perry Mason, abogado de Los Ángeles. Míster Mason desea hablar con usted. ¿Quiere esperar un momento, por favor?

Mason cogió el auricular que le tendía Della Street y habló.

—Buenas noches, míster Winlock. Soy Perry Mason.

La voz de Winlock era fría y cautelosa.

—He oído hablar de usted, míster Mason —dijo—. Y además le he visto. Estuve en la sala de audiencias en cierta ocasión en que usted defendía un caso aquí, en Riverside.

—Es posible —dijo Mason—. Me gustaría que me concediera unos minutos, míster Winlock.

—¿Cuándo?

—Lo antes posible.

—¿Puede decirme de qué se trata?

—De un asunto que le afecta personalmente, y que no creo prudente exponer por teléfono ni siquiera en términos generales.

—¿Dónde está usted?

—En la Mission Inn.

—Más tarde, debo asistir a una importante reunión, míster

Mason, pero puedo concederle treinta minutos si viene usted en seguida.

—Llegaré dentro de diez minutos —prometió Mason.

—Gracias. ¿Sabe mi dirección?

—Tengo las señas —respondió Mason—, pero vendré en taxi.

Mason colgó el teléfono y se volvió hacia Della Street.

—Tendrás que defender el fuerte, Della. Ocúpate de todo y te llamaré tan pronto como salga de la casa de Winlock.

—Yo le acompañaré, Perry —dijo Nye—. Sé dónde está esa casa. Puedo dejarle allí, esperarle y volverle a acompañar cuando termine su visita.

Mason vaciló un momento.

—De acuerdo —dijo—, si se empeña, Sid. Ganaré unos cuantos minutos que pueden ser preciosos. Quiero disponer de todo el tiempo posible para hablar con Winlock.

Capítulo 8

La mansión de George D. Winlock era un edificio imponente situado en un lugar espléndido.

Nye detuvo el coche ante la puerta y dijo a Mason que le esperaría.

—Está bien —dijo Mason—. No tardaré mucho tiempo.

Mason subió por la escalera que conducía al porche, oprimió el botón del timbre, oyó un apagado campanilleo en el interior de la casa, y casi al instante la puerta fue abierta por un joven de unos veinte años que contempló a Mason con mirada insolente.

—¿Qué desea? —preguntó.

—Soy Perry Mason —replicó el abogado—. Tengo una cita con George Winlock.

—Entre —dijo el joven.

Mason le siguió por el vestíbulo y el joven le señaló con un gesto una puerta que había a su derecha.

—¡George! —gritó—. ¡Baja!

Después se volvió hacia Mason y le dijo:

—Entre aquí.

Seguidamente, el jovenzuelo le volvió la espalda, se dirigió hacia una puerta oculta por unos cortinajes y desapareció.

Mason entró en la habitación que le habían indicado y observó que se hallaba en un salón bastante espacioso, que era usado evidentemente para celebrar reuniones. Aparte de la gran mesa que había en el centro, ante la chimenea y rodeada por varios sillones, junto a las paredes había sillas suficientes para acomodar a una docena de invitados.

Mason estaba mirando a su alrededor cuando un hombre alto y delgado, de unos cincuenta años y con gafas muy oscuras, entró en

la sala. Se adelantó con una actitud de cortés dignidad, extendió la mano y dijo:

—¿Cómo está usted, míster Mason? Soy George Winlock.

Mason estrechó la mano que le tendían y contestó:

—Lamento molestarle a estas horas, pero se trata de un asunto que juzgo de considerable importancia.

—Tengo muy en cuenta su opinión en cuanto a la importancia del asunto —contestó Winlock.

Mason estudió al hombre con gesto meditabundo.

—El asunto es personal y me resulta bastante violento tener que exponérselo.

—En estas circunstancias, si quiere sentarse en este sillón, míster Mason, yo me sentaré en éste y podemos empezar sin más preliminares. Tengo una reunión algo más tarde y mi experiencia me indica que es preferible abordar directamente estas cuestiones violentas sin tener que andarse con rodeos.

—Antes de concertar esta entrevista, míster Winlock —dijo Mason—, traté de averiguar algo acerca de su pasado.

—Esto sólo demuestra su buen juicio en cuestión de negocios. A menudo yo hago lo mismo. Si me dispongo a someter una proposición a alguien, me gusta saber algo acerca de su pasado, de sus preferencias y aversiones.

—Y descubrí —continuó Mason— que usted ha disfrutado de una serie de éxitos comerciales en Riverside durante los últimos catorce años.

Winlock se limitó a inclinar la cabeza en un grave gesto de digno asentimiento.

—Sin embargo —prosiguió Mason—, no he podido averiguar nada de usted antes de su llegada a Riverside.

—Llevo aquí catorce años, míster Mason —dijo Winlock a media voz—. Creo que si tiene usted que proponerme algún asunto de negocios, puede hallar suficientes datos sobre mi persona durante este período para permitirle formarse una opinión completa acerca de mis preferencias y aversiones.

—Totalmente cierto —repuso Mason—, pero la cuestión que debo exponerle es tal, que me hubiese gustado saber algo de su vida anterior a dicho período.

—Tal vez si me explica cuál es el asunto —dijo Winlock—, no será preciso emplear tanto tiempo, y lo tenemos muy limitado, hurgando en mis antecedentes.

—Está bien —admitió Mason—. ¿Conoce usted a Dianne Alder?

—Alder, Alder —repitió Winlock frunciendo los labios y reflexionando—. Es difícil contestar a esta pregunta, míster Mason, pues mis negocios son muy complejos y mi vida social es muy intensa. No tengo muy buena memoria para los nombres y, generalmente, cuando me ocurre un caso por el estilo, tengo que recurrir a mi secretaria, que lleva una lista alfabética de los nombres que tienen importancia para mí. ¿Puedo preguntarle si esta persona, Dianne Alder, es una cliente suya?

—Lo es —contestó Mason.

—¿Algo que tiene que ver con los asuntos de otros clientes? —inquirió Winlock.

Mason se echó a reír y respondió:

—Ahora es usted el que me está interrogando, míster Winlock.

—¿Acaso hay algún motivo por el que no pueda hacerlo?

—Si no conoce a Dianne Alder, no hay motivo para que lo haga —repuso Mason.

—¿Y si conozco a esta persona?

—Entonces —dijo Mason—, es mucho lo que depende de la naturaleza de este conocimiento o, para decirlo de otro modo, de la medida de su asociación.

—¿Es que insinúa que ha habido una indebida intimidad? —preguntó Winlock con displicente frialdad.

—De ningún modo —respondió Mason—. Tan sólo estoy tratando de obtener una simple respuesta a una pregunta tan sencilla como es la de si conoce usted a Dianne Alder.

—Me temo no poder contestar de un modo definido a esta pregunta por el momento, Mason. Tal vez pueda hacerlo más tarde.

—Vamos a plantearlo de otro modo —sugirió Mason—. En este momento, ¿el nombre no significa nada para usted? ¿No sabría si la conocía a menos que su secretaria consultase el índice alfabético?

—Yo no he dicho tal cosa —dijo Winlock—. Yo le he hablado de un modo general acerca de mi memoria con respecto a personas y nombres, y después le he hecho unas preguntas muy pertinentes

acerca de la naturaleza y amplitud de su interés en cuanto a asegurarse de mi conocimiento o desconocimiento de esa persona.

—Muy bien —dijo Mason—. Voy a dejar de esgrimir con usted, míster Winlock, y empezaré a poner las cartas sobre la mesa. El padre de Dianne Alder desapareció hace catorce años. Se creyó que se había ahogado. Vamos a ver, ¿existe la posibilidad de que, antes de llegar a Riverside, hubiese un período de su vida durante el cual sufriese de amnesia? ¿Es posible que, a causa de alguna herida o enfermedad, no pueda usted recordar las circunstancias de su vida antes de su llegada a Riverside? ¿Es posible que tuviera usted una familia y tal vez una hija, y que su memoria no registrase tales hechos?

»Fíjese en que planteo este asunto como pregunta, míster Winlock. No lo expongo como afirmación, ni como acusación, ni siquiera como sugerencia. Sólo lo planteo como pregunta porque estoy interesado en la respuesta. Si la contestación es negativa, en lo que a mí respecta, nuestra entrevista puede darse por terminada.

—¿Acaso supone usted que Dianne Alder pueda ser mi hija natural? —preguntó Winlock.

—Yo no afirmo tal cosa, no la sugiero ni me hallo bajo esta impresión —aseguró Mason—. Sólo le pregunto si, antes de su llegada a Riverside, existe la posibilidad de que se hubiese producido una laguna en su memoria, debida a amnesia, choque traumático o algo por el estilo.

Winlock se levantó.

—Siento decepcionarle, míster Mason, pero no hay ninguna laguna en mi memoria. Nunca he sufrido de amnesia y recuerdo toda mi vida con todos sus detalles. Supongo que esto contesta a su pregunta y, como usted mismo ha observado, una respuesta como ésta concluye la entrevista en lo que a usted respecta.

—Cierto —asintió Mason, levantándose a su vez—. Sólo pretendía estar completamente seguro, esto es todo.

—¿Y puedo yo preguntarle por qué me ha venido a consultar esto? —inquirió Winlock mientras se disponía a acompañar a Mason hasta la puerta.

—Porque si hubiese existido alguna posibilidad de que ésta fuese la situación, yo habría podido ahorrarle más de un apuro.

—Ya comprendo —dijo Winlock, vacilando antes de llegar a la puerta.

Mason se detuvo y se enfrentó con él.

—Otra pregunta —dijo—. ¿Conoce a un tal Harrison T. Boring, que en estos momentos se aloja en la unidad diez del Restawhile Motel?

—Boring… Boring… —repitió Winlock, frunciendo el ceño—. Otra vez tengo que decirle, míster Mason, que necesito a alguien que lleve por mí la cuenta de los nombres de muchas personas. Mis negocios son muy complejos y…

—Lo sé, lo sé —interrumpió Mason—, y su vida social nada tiene de sencilla. Pero si usted conoce a Harrison T. Boring del modo que ha de conocerle si mi presunción es correcta, no necesitará pedir a su secretaria que consulte su nombre en la agenda.

—¿Y cuál es su presunción, míster Mason?

—Mi presunción es la de que, aparte de otros contactos que pueda tener, Harrison Boring ligó a Dianne Alder con un contrato mediante el cual él se hallaba en condiciones de adjudicarse un cincuenta por ciento de cualquier ingreso de cualquier procedencia que Dianne pudiera percibir durante unos cuantos años. Después prescindió de Dianne y repudió el contrato, indicando con ello que había iniciado otro negocio más lucrativo gracias a sus conocimientos.

Winlock se mantenía inmóvil, pero su cuerpo había adquirido cierta rigidez.

—¿Le consta que extendió ese contrato? —preguntó por fin.

—Sí.

—¿Puedo saber el origen de su información, míster Mason?

—He visto el contrato y estoy enterado de su subsiguiente repudio. Por consiguiente, si no ha sido franco conmigo, míster Winlock, comprenderá lo que significa el repudio del contrato de Dianne. Significa que Boring sabe que puede obtener más de la mitad de lo que Dianne percibirá. Significa que ha inaugurado una nueva fuente de ingresos que pretende utilizar hasta el límite.

—Creo —dijo Winlock— que será mejor que volvamos a sentamos, míster Mason. La situación es algo más complicada de lo

que yo creía.

Winlock regresó al sillón que acababa de abandonar, se sentó e invitó a Mason a que lo imitase.

Mason se sentó y esperó.

Hubo un largo silencio.

Finalmente, Mason sacó su pitillera y ofreció un cigarrillo a Winlock, pero éste denegó con un gesto de la cabeza.

—¿Le importa que yo fume? —preguntó Mason.

—En absoluto. Sobre la mesa tiene un cenicero.

Mason encendió el cigarrillo.

Momentos después, Winlock rompió el silencio.

—Lo que acaba de decirme, míster Mason, me ha causado una gran impresión.

Mason no abrió la boca.

—Está bien —dijo Winlock—. Ya veo que está iniciando una investigación y puedo prever algunos de los resultados de la misma. Yo esperaba que nunca fuese necesario explicar a nadie lo que ahora voy a contarle a usted.

»Mi verdadero nombre es George Alder. Estuve casado con Eunice Alder. Hace algo más de catorce años emprendí una excursión a la isla de Catalina con una embarcación provista de motor fuera borda. Topamos con vientos contrarios y corrientes adversas y se nos terminó la gasolina. Fuimos a la deriva durante un buen rato y después estalló una tormenta y la lancha volcó. El accidente ocurrió cuando ya era de noche. Soy un buen nadador y traté de mantenerme en contacto con mi compañero, pero le perdí en la oscuridad. Yo conseguí mantenerme a flote durante un par de horas. Después, cuando ya empezaba a hacerse de día, vi una embarcación que se acercaba a mí. Conseguí agitar un brazo y gritar, y finalmente me vio una de las chicas que había a bordo. Ella avisó al hombre que llevaba el timón, la lancha viró y me recogieron. Yo estaba casi exhausto.

»Mi vida marital no había sido feliz. Mi esposa Eunice y yo no tardamos en comprender que teníamos muy poco en común, una vez pasado el fugaz enamoramiento que nos llevó al matrimonio. Después, en la vida cotidiana, nos sentimos mutuamente defraudados. Ella evidenciaba su enojo criticando casi todo lo que

hacía yo. Si yo conducía un coche, siempre corría demasiado o iba demasiado despacio. Si llegaba a una decisión, ella no dejaba de criticarla.

»Mi propio desagrado se evidenció pasando largas temporadas fuera de casa y, con el tiempo, inicié otras relaciones.

»Durante las largas horas que pasé nadando comprendí que mi situación no ofrecía esperanzas. Pasé revista a mi pasado y me di cuenta de que habría tenido que separarme de mi mujer cuando ella aún era lo bastante joven como para atraer a otros hombres. El intento de sacrificar las vidas de ambos sólo para proporcionar un hogar a una hija de corta edad era, en mi opinión, una idea desacertada.

—Es difícil juzgar un asunto de esta clase —dijo Mason— porque el juicio suele emitirse en función de los intereses egoístas de la persona que considera la situación.

—¿O sea que no está de acuerdo conmigo? —preguntó Winlock.

—Se trata tan sólo de un comentario al margen —observó Mason—. Sin embargo, todo esto pertenece ya al pasado. Si pretende justificar su conducta, me complace escucharle, pero como usted mismo ha indicado, no nos sobra el tiempo.

—Es verdad —dijo Winlock—. Voy a ser breve. La lancha que me recogió se dirigía a Catalina. Les conté que había estado celebrando una fiesta a bordo de otra lancha y que se bebió con exceso. Expliqué que yo había hecho una apuesta de que llegaría a nado a Catalina antes que mi lancha y que la bebida me había impulsado a lanzarme por la borda para intentarlo. Dije que los demás lo habían permitido entre bromas y burlas.

»Expliqué a mis salvadores que yo ocupaba una posición prestigiosa y que la publicidad podía perjudicarme mucho. En vista de ello, me prestaron ropa, me desembarcaron en Catalina y no hablaron con nadie sobre dicho asunto.

»Hace poco tiempo, Harrison T. Boring descubrió, no sé cómo, lo ocurrido, y se enteró de que yo era Alder.

—¿Y le ha estado pidiendo dinero?

—He tenido que entregarle dinero —contestó Winlock—. He efectuado cuatro pagos por separado, todos ellos representando un chantaje. Boring vino a Riverside para cobrar una nueva cantidad.

Esta vez se trataba de una suma muy importante, pero me aseguró que sería el último pago.

—¿Cuánto? —preguntó Mason.

—Diez mil dólares en efectivo —contestó Winlock.

—¿Puede soportar un chantaje de esta especie? —inquirió Mason.

—Lo que no podría soportar son las consecuencias si no pagase. Este hombre está en condiciones de aniquilarme. Puesto que no me atrevía a dar los datos necesarios para conseguir una licencia matrimonial, persuadí a mi actual esposa de que ciertos motivos me impedían contraer un nuevo matrimonio, y como ella estaba divorciada y aún no había llegado el período final de la separación, nos limitamos a anunciar a nuestros amigos que nos habíamos casado en Nevada aprovechando un fin de semana.

»Debo explicarle que en aquellos tiempos el círculo de mis amigos era mucho más limitado que en la actualidad, y que lo que hicimos, mejor dicho, lo que aseguramos haber hecho, llamó muy poco la atención general. Me parece recordar que se publicó una breve reseña en la columna de vida social del periódico local.

—Pero, ¿qué siente usted por Dianne? —preguntó Mason—. Usted prescindió por completo de ella. La privó de un padre, nunca le hizo saber que…

—No podía hacérselo saber —dijo Winlock—. Tenía que provocar una ruptura total. No había otra solución. Sin embargo, puedo asegurarle que me he mantenido en contacto con Dianne sin que ella supiese nada. Si hubiese tenido auténtica necesidad de dinero, yo me habría cuidado de procurárselo.

»Tenía un buen empleo como secretaria en la firma Corning, Chester y Corning, de Bolero Beach. Es posible que ella no sepa cómo llegó a ocupar esta plaza. De no haber sido por la influencia de una sociedad de abogados de Riverside, que me debían ciertos favores, dudo que Dianne hubiese conseguido un empleo tan bueno en los primeros momentos de su carrera.

»Pero todo esto no tiene nada que ver. No estoy tratando de justificarme ante usted, míster Mason. Me limito a subrayar que lo que ha contado, ha sido un duro golpe para mí, pues al parecer Boring no está interesado en cobrar una fuerte suma final como me

dijo, sino que proyecta dejarme sin blanca.

»Esto sería la muerte de mi esposa. Un escándalo de esta envergadura en estos momentos, la revelación de que nuestra asociación es ilícita, la pérdida de todo el prestigio social… Bien, no quiero ni pensarlo.

—¿Su esposa tiene un hijo de un matrimonio anterior?

—Sí. Y en lo que a él se refiere, yo…, bueno, prefiero no hablar de él. Si ocurriera algo que… Si este jovenzuelo tuviese que enfrentarse con la realidad y valerse de sí mismo… En fin, esto no tiene nada que ver. De nada sirve hablar de ello.

—¿Puedo preguntarle qué le dijo Boring cuando pidió el último pago de diez mil dólares?

Winlock se encogió de hombros.

—Es probable que usted conozca ya sobradamente el cuento —dijo—. Me telefoneó y me dijo que estaba sinceramente arrepentido; que se estaba convirtiendo en un vulgar chantajista y que con ello arruinaba su vida; que tenía una oportunidad para dedicarse a un negocio honrado y necesitaba diez mil dólares como capital para sus operaciones, y que si podía invertirlos, tendría unos ingresos asegurados y nunca más, en ningún aspecto, volvería a molestarme.

»Me prometió que si yo le pagaba esos diez mil dólares sería la última vez y que, a partir de entonces, seguiría el buen camino. Aseguró que yo tendría la satisfacción de saber que le había regenerado, y al mismo tiempo la tranquilidad de librarme de todo futuro pago.

—¿Y usted le creyó? —preguntó Mason.

—Le pagué los diez mil dólares —contestó secamente Winlock—. No tenía otra alternativa.

—El modo de actuar de Boring es común entre ciertos tipos de chantajistas —observó Mason.

—¿Qué piensa hacer? —inquirió Winlock.

—No lo sé. Recuerde que represento a su hija, pero que de momento ella no sospecha la verdad del asunto. Como abogado suyo, tendré que explicárselo todo. ¿Y usted qué piensa hacer?

—Sólo puedo hacer una cosa —respondió Winlock—. Me pondré a merced de Dianne. Le pediré que acepte una restitución financiera y dejaré intacta la posición social de mi esposa. Es cuanto me cabe

esperar.

—Pero si consigue llegar a un acuerdo con Dianne, ¿qué va a hacer con Boring? —preguntó Mason.

Winlock hizo un gesto de impotencia.

—¡Ojalá lo supiera! —replicó—. Y ahora, míster Mason, no tengo más remedio que acudir a mi otra cita.

Mason le estrechó la mano.

—Siento haberle traído malas noticias.

—Yo me lo he buscado —comentó Winlock, acompañándole hacia la puerta.

—¿Se va despejando la situación? —preguntó Sid Nye mientras Mason abría la puerta del automóvil y se acomodaba a su lado.

—La situación está que arde —replicó Mason— y creo que resultaría procedente tomar ciertas medidas en interés de la justicia.

—¿Qué clase de medidas? —preguntó Nye.

—Cantarle las cuarenta a un chantajista —explicó Mason—. Regresemos al hotel. Hablaremos con Paul Drake, le preguntaremos si sabe algo más, nos pondremos en contacto con Della Street y después nos dispondremos a librar una dura batalla.

Nye sonrió.

—Por lo que veo, la entrevista con Winlock ha sido satisfactoria.

—Ha facilitado unas cuantas posibilidades —confirmó Mason.

—Un muchacho ha salido de esta casa en un coche deportivo hará unos siete u ocho minutos, y una dama que quita el hipo ha salido también en coche hace un par de minutos. ¿Tiene algo que ver?

Mason reflexionó mientras Nye ponía en marcha el motor.

—Es posible —dijo por fin.

Capítulo 9

—Bien, yo vuelvo a mi trabajo, Perry —dijo Sid Nye cuando llegaron al Mission Inn Hotel—. Daré un vistazo a lo que está ocurriendo y le llamaré. ¿No se moverá del hotel?

—Que yo sepa, no —contestó Mason.

—De acuerdo. Si me necesita, puede llamarme a la *Tri-Countries Detectives Agency*. Allí estaré.

—Conforme, muchas gracias.

Mason vio cómo Nye se alejaba en su coche, entró en el hotel y subió a sus habitaciones.

—¿Qué te parece si cenáramos, Della? —preguntó.

—Esperaba que lo recordases —contestó ella—, pero tengo noticias para ti.

—¿Cuáles?

—Dianne está aquí.

—¿Dónde?

—En algún lugar de Riverside. Le dije que sería mejor que viniese aquí y que te esperase, pero estaba muy trastornada.

—¿Qué quería?

—Es verdad que Montrose Foster ha hablado con ella.

—¿Y le ha dado un disgusto?

—Desde luego. Le ha contado muchas cosas.

—¿Cuáles?

—Que Boring sólo trataba de aprovecharse de ella en beneficio suyo. Le preguntó si Boring le había hecho firmar algo, y ella contestó que sí. Entonces Foster quiso ver el contrato, pero ella no accedió.

—¿Y después?

—Después Foster empezó a sonsacarle detalles acerca de su

familia, tratando de hallar algo útil para él y procurando que Dianne siguiese ignorante de todo. Nunca sospecharías lo que él le insinuó al final.

—¿Qué?

—Trata de blancas —dijo Della Street—. El tema es archisabido. Dianne ha leído bastante sobre este asunto y ha visto varias películas que tratan del mismo tema, de modo que se dejó embaucar. Foster le dijo que Boring sólo la rondaba con intenciones inmorales, y que antes de desprenderse de ella la convertiría en una adicta a las drogas y en una ruina humana. Le explicó que, aunque hubiese firmado un contrato, éste había sido extendido bajo falsas premisas; que debía repudiarlo inmediatamente; que Boring era un sinvergüenza y un oportunista y la obligaría a abandonar su empleo y a distanciarse de sus amigos, y que la tendría en su poder a cambio de unos pocos centenares de dólares, para después quitarse la careta.

—¿Y Dianne le creyó?

—Está tan trastornada que apenas sabe lo que se hace. No le contó que Boring había dado por terminado el contrato.

—¿Cómo supo que estábamos aquí?

—Al parecer, esto se debió a la casualidad. Entró en este hotel y oyó que alguien, en el vestíbulo, comentaba que el abogado Perry Mason se hospedaba en el mismo. Entonces me telefoneó desde un *drugstore*.

—Pero, ¿por qué ha venido a Riverside, Della?

—Sabe que Boring está aquí. Me preguntó si debía enfrentarse con él y exigirle una explicación. Dijo que pensaba pedirle que le entregase el original del contrato, el que ella firmó. Está tan confusa que cree que el contrato representa la obligación para ella de dejarse llevar a Sudamérica y llevar allí una vida desastrada. La pobre chica está histérica. Traté de tranquilizarla, pero apenás me dejó hablar. Le dije que viniese aquí en seguida.

—¿Dijo que vendría?

—Sólo habló del conflicto en que se vería si Boring pregonaba que ella había firmado un contrato que la convertía en «esclava blanca». Éstas fueron sus palabras textuales.

—Bien —dijo Mason—, dada la situación, creo que debemos

quedarnos aquí hasta que Dianne se deje ver. ¿Habló con Foster de su padre?

—Según parece —dijo Della Street—, a Foster le ha pasado por alto lo más evidente. Procuró que Dianne le hablase de su familia, de los hermanos y hermanas de su padre y de los parientes de su madre. Está buscando alguna remota relación familiar, algún pariente lejano y desconocido que pueda haber muerto dejando a Dianne una fortuna que todos ignoran. ¿Cómo te ha ido la entrevista con Winlock? ¿Has tenido suerte?

—Hemos topado con la extorsión, Della.

—¿Entonces Dianne es su hija?

—Sí, es su hija y es una mina de oro para el chantajista.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Della.

—Esgrimir todas mis armas —respondió Mason—. Tengo tres objetivos. Primero, salvaguardar los intereses de Dianne; segundo, evitar que Foster se entere de la verdad; tercero, asustar de tal modo al chantajista que éste no tenga más opción que la de convertirse en fugitivo de la justicia.

—¿Y después?

—Boring ha cobrado diez mil dólares gracias a sus extorsiones. No sé si podremos probarlo ante el tribunal, pero no cabe duda de que los diez mil dólares en efectivo obran en su poder. No podrá justificar su procedencia.

»Winlock está sentado al borde de un volcán. No sé cuál pueda ser su fortuna, pero supongo que podemos hacer un pacto con él de modo que Dianne perciba medio millón de dólares, como mínimo, para no airear el asunto. Pero antes de llegar a un acuerdo con Winlock debemos saber qué terreno pisamos. Creo que cuando Dianne sepa la verdad querrá mostrarse caritativa, pero es preciso que cuidemos esta reacción sentimental.

—¿Cuándo sabrá la verdad? —consultó Della Street.

—Apenas la vea —dijo Mason—. Es mi cliente y yo soy su abogado. Lo que yo sé también debe saberlo ella. Puedo explicarle confidencialmente todo lo que he averiguado y después trazaremos el programa más adecuado, pero debo tener en cuenta sus emociones.

—Habíamos hablado de ir a cenar —recordó Della.

—Me parece que aquí sirven muy bien en las habitaciones —manifestó Mason—. Pediremos un buen bistec al oporto con puré de patatas y crema agria, ensalada de tomate con salsa, compota de las islas y…

—¡Cielos! —exclamó Della Street—. ¿Quieres convertirme en una Dianne Alder? ¿Acaso también tengo que aumentar seis kilos?

—Es que tu jefe es un diablo en forma humana. Quiero engordarte para poder venderte en el mercado sudamericano.

—Pues mi resistencia se está debilitando —declaró Della Street—. Soy incapaz de resistirme a la idea de una cena sabrosa. ¿Y si Dianne llega cuando estemos esperando la cena o cuando ya estemos comiendo?

—Por esto quiero pedir un bistec muy grande —explicó Mason—. Podemos poner un cubierto extra y alimentar a Dianne.

—Si deseas alimentarla, será mejor que pidas un doble de leche malteada con chocolate y una tarta de crema y nata.

—¿Y si Dianne no se presenta? —sugirió Mason—. A lo mejor tú sola podrías dar buena cuenta de…

—¡No sigas! —exclamó Della, levantando las manos—. Me temo que no podría resistir…

Mason consultó su reloj.

—Yo creo que Dianne habrá llegado ya. Telefonea a la recepción y pregúntales si está aquí o si ha pedido reserva de habitación. Después llama al servicio de restaurante y diles que nos sirvan la cena dentro de cuarenta y cinco minutos.

Della Street preguntó por Dianne Alder, se enteró de que no había llegado, habló con el restaurante y encargó la cena.

Mientras esperaban, Mason telefoneó a Paul Drake.

—¿Alguna novedad, Paul?

—Aquí todo está en calma.

—Dianne ha llegado a Riverside —dijo Mason—. No te muevas de tu despacho. La situación está llegando a su punto culminante. Di que te manden unas cuantas hamburguesas.

—No seas desalmado, Perry. Toda la tarde he estado tomando bicarbonato.

—Hablando en serio, Paul, puedes salir, pero has de regresar dentro de una hora. Di también dónde se te puede localizar en un

momento dado. He visto a Winlock y ahora ya sé todas las respuestas.

—¿Quieres decir que él ha admitido que…?

—Quiero decir que todo marcha bien —le interrumpió Mason—, pero no puedo contárselo aún.

—¿Cuánto tiempo necesitarás a los hombres que tengo aquí, Perry?

—Hasta que yo te diga que pueden marcharse. Creo que nos aproximamos a la terminación del caso, por lo menos de esta fase del mismo, pero nuestro amigo Dillard está bloqueado en el motel. Al parecer, Boring lo ha detectado y se muestra cada vez más suspicaz.

—¿Qué piensas hacer con Boring?

—Después de haber visto a Dianne —explicó Mason—, pienso tener una larga y franca conversación con Boring.

—¿Quieres decir que la entrevista va a ser peliaguda?

—Más que peliaguda.

—¿Podrás manejarlo, Perry?

—Podré manejarlo. Todavía no he conocido al chantajista que yo no pueda manejar. Voy a ponerle en tal situación que se considerará como un fugitivo de la justicia, y si su conciencia le obliga a huir y a cambiar de nombre no veo qué más pueda hacer yo.

—Comprendido —dijo Drake—. Tú quedarás como un paladín de todas las virtudes. Voy a salir, Perry. En mi oficina sabrán dónde pueden hallarme, pero no me llames hasta que yo haya tenido tiempo de reconfortarme con un bistec y una ración de patatas fritas.

—Será mejor que comas patatas hervidas, o tendrás que tomar más bicarbonato. Pórtate bien, Paul.

El abogado colgó el auricular, miró su reloj y dijo:

—Me gustaría que Dianne llegase. Quiero tener todas las riendas en la mano antes de empezar la marcha.

Sin embargo, pasaron otros veinte minutos antes de que se oyera un tímido golpe en la puerta.

Mason hizo un gesto a Della Street.

—Es ella —dijo.

Della Street fue a abrir y Dianne Alder apareció en el umbral.

—Entre, Dianne —invitó Della.

Dianne entró en la habitación, dedicó una sonrisa forzada a Mason y exclamó:

—¡Me alegro de verle!

—Siéntese —dijo Mason—. Van a servimos un excelente bistec, pero usted me mira como si necesitase tomar una copa.

—Hasta dos —replicó ella.

—Un poco inquieta, ¿verdad? —preguntó Mason.

Dianne asintió en silencio.

—Mire, Dianne, vamos a puntualizar unos cuantos detalles. Usted me pagó un anticipo. Yo soy su abogado. Mantenemos una relación confidencial. Todo lo que usted me diga es confidencial; por mi parte, yo le diré todo lo que averigüe y pueda afectarla a usted. Ésta es mi obligación. ¿Me ha entendido?

—Sí.

—Usted ha sufrido una fuerte impresión —dijo Mason—, y ahora va a enterarse de ciertas cosas que le causarán otra… ¿Qué desea beber?

—¿Le parece bien un poco de coñac?

—No —respondió Mason—. No es la clase de aperitivo que le conviene antes de cenar. Es preferible que beba un Manhattan o un Martini.

—No creo que pueda cenar nada.

—¿Qué le ocurre, Dianne? —preguntó Mason—. Veo que algo la está preocupando. ¿Y si empieza por contarme unas cuantas cosas? ¿Por qué ha venido a Riverside con tanta precipitación?

—Es que… deseaba ver a alguien.

—¿A quién?

—A míster Boring.

—¿Sabía que él estaba aquí?

—Sí.

—¿Cómo lo averiguó?

—Alguien me lo dijo.

—¿Quién?

—Un hombre que lo conoce muy bien. Alguien que lo había tenido como empleado.

—¿Montrose Foster?

—Sí.

—¿Qué más le contó Foster?

—Que yo había sido una tonta, que míster Boring había estado tratando de aprovecharse de mí y que el contrato para trabajar como modelo no era más que una tapadera. Me aseguró que lo que en realidad se pretendía era una cosa muy diferente.

Mason la miró pensativo y preguntó:

—¿Le dijo de qué se trataba, Dianne?

—Trata de blancas.

Mason se acercó a ella y apoyó una mano en su hombro.

—Mire, Dianne, usted ha pasado un día muy aciago. Ha tenido unos cuantos choques fuertes, y va a tener otros. Pero usted ha visto demasiadas películas. Y ahora deje de pensar en Boring. Déjemelo a mí.

En aquel momento se oyó el teléfono. Mason hizo una seña a Della Street y volvió a dirigirse a Dianne.

—¡Pero si está usted temblando como una hoja! ¿Qué le ocurrre?

La joven se echó a llorar.

—En seguida hablaré con él, Sid —dijo Della por teléfono—. Es Sid Nye, Perry. Dice que es importante.

Mason corrió hacia el teléfono.

—Diga, Sid. ¿Qué ocurre?

—No lo sé —respondió Sid—, pero he recibido una llamada de Dillard. Una llamada muy particular.

—¿Qué le ha dicho?

—Ha dicho: «Sid, ¿sabes quién te está hablando?». Yo he reconocido su voz y he asentido. Entonces ha exclamado «Hey Rube!», y ha colgado.

—¿Sólo esto?

—Sólo «Hey Rube!». Antes trabajaba en un circo. Puede figurarse el significado.

—¿Dónde se encuentra usted ahora?

—En la agencia *Tri-Countries*.

—¿Cuánto tiempo necesita para venir al hotel?

—Unos dos minutos.

—Le espero abajo —dijo Mason.

El abogado colgó el teléfono y se volvió hacia Della Street.

—Della —dijo—, cuéntale a Dianne toda la historia, de mujer a mujer. Cuando suban la cena, procura que coma y guardas un poco de carne para mí. Tal vez llegue a tiempo, tal vez no.

—¿Dos Martinis para Dianne? —preguntó Della Street.

Mason miró a Dianne y ésta sostuvo su mirada unos segundos. Después bajó la vista.

—Ni uno —dictaminó Mason—, y no quiero que hable con nadie hasta que yo regrese. ¿Comprendido? ¡Con nadie!

Dicho esto, Mason salió precipitadamente de la habitación.

Capítulo 10

Sid Nye recogió a Mason ante la puerta del Mission Inn.

—¿Qué cree que habrá ocurrido, Sid?

—Algo ha pasado. Moose no es de los que pierden la cabeza con facilidad. No se habrá atrevido a decirlo por teléfono porque lo más probable es que la llamada pasara por la centralita del motel. Por eso utilizó unas palabras que yo podía comprender y los demás no. Moose es un tipo muy listo. Ha trabajado en el circo y sabe que yo entiendo lo que quiere decir «Hey Rube!».

—Es una especie de grito de guerra, ¿verdad? —preguntó Mason.

—No es esto exactamente. Significa que toda la gente del circo debe unirse contra los forasteros. Puede o no significar pelea, pero sí que se debe estar dispuesto a ella.

Nye conducía su coche con gran destreza a través del tránsito.

—¿O sea que Dillard necesita ayuda?

—Estoy seguro —afirmó Nye—. Puede haber ocurrido cualquier cosa. Está en un apuro y quiere que vayamos allá.

—Por mi parte, no hay inconveniente —dijo Mason—. Precisamente tengo que sostener una charla con Harrison T. Boring.

—¿Una charla agradable para él? —preguntó Nye sonriendo.

—Una charla que, según espero, proporcionará a míster Boring unas ideas totalmente nuevas y tal vez incluso le mueva a cambiar de aires.

Nye torció por una calle lateral, moderó súbitamente la marcha, y dijo:

—Hay un coche de la policía delante del motel, Perry.

—¿Qué número ocupa Dillard? —preguntó Mason.

—El número cinco.

—Está bien —dijo Mason—, pare cerca del número cinco. Si el coche de la policía ha venido por algún otro motivo, no le prestaremos atención y sólo nos ocuparemos de Dillard.

Nye entró en el motel, halló un lugar donde aparcar, apagó los faros y la ignición, y miró a Mason esperando instrucciones.

—Al número cinco sin perder un instante —dijo Mason.

El abogado y Nye se detuvieron ante la puerta convenida.

—Pruebe el picaporte —dijo Mason a media voz.

Nye se disponía a empuñar el picaporte cuando la puerta se abrió.

No había ninguna luz encendida dentro del apartamento.

—Adelante —invitó con voz ronca el corpulento individuo que había aparecido en el umbral.

—¿A oscuras? —preguntó Nye.

—A oscuras —dijo Dillard, cerrando la puerta tras ellos—. Procuren no tropezar. En poco rato sus ojos se acostumbrarán a la oscuridad. Yo estoy sentado junto a la ventana con las cortinas entreabiertas para poder ver lo que ocurre.

—¿Y qué ocurre?

—No lo sé. Ha llegado la policía, y la ambulancia se ha marchado hace poco.

—¿La ambulancia? —repitió Nye.

—Eso es. Se lo han llevado.

—¿A quién? ¿A Boring?

—Tú ya conoces a Perry Mason, Moose —dijo Nye.

—Claro que sí —aseveró Moose mientras su mano estrechaba la de Mason en la oscuridad—. ¿Cómo está usted, míster Mason? Hacía tiempo que no le veía —después, a título de explicación para Nye añadió—: En cierta ocasión, Mason me sacó de un atolladero.

—Lo sé —dijo Nye—. Sólo he querido asegurarme de que lo reconocieras a pesar de la oscuridad. Vamos a ver, ¿qué ha sucedido aquí?

—Mucho —contestó Dillard—, aunque no sé de qué se trata. Parecía como si Boring estuviese celebrando una conversación. Gente que entraba y salía de su apartamento. Después apareció la chica, entró y volvió a salir pitando, y poco después llegaron los policías. Yo quería seguir vigilando el lugar y tampoco me

interesaba dar el soplo a la directora del motel. Pasé mucho tiempo sin lograr que alguien contestara al teléfono. No sé qué ocurriría allí, pero nadie se ocupaba de la centralita. Finalmente, conseguí que me diesen línea.

—O sea que al final le contestaron —dijo Nye—. ¿Ocurría algo que no fuese usual? ¿Ofrecieron disculpas o dieron alguna explicación?

—Ni media palabra. Simplemente, contestaron, dijeron que para una llamada exterior tenía que darles el número, así lo hice y pude hablar contigo. Estaba seguro de que alguien escuchaba, pues hasta podía oír la respiración. Por esto sólo te dije «Hey Rube!» y colgué. Pensé que vendrías en seguida y de este modo nos ahorrábamos una conversación que hubiese podido llamar la atención sobre este apartamento y tal vez ponerlo bajo vigilancia.

—Bien pensado —aprobó Mason—. ¿Y qué ocurrió después?

—Apenas hube colgado el teléfono, llegó una ambulancia y se lo llevaron en una camilla.

—Entonces no está muerto —dijo Mason.

—No sé qué sistema usan aquí, pero de todos modos supongo que una ambulancia significa que ese individuo está herido.

—Perfectamente —aprobó Mason—. Veamos si podemos averiguar lo que ocurrió. ¿Quién vino al motel?

—No puedo dar nombres —dijo Dillard—; tan sólo un número de matrícula y varias descripciones. De momento, esto es todo cuanto puedo ofrecer.

—¿Estaba observando desde la ventana?

—Había apagado todas las luces y entreabierto las cortinas, y dispongo de unos gemelos. Tienen dos aumentos y medio, pero tengo también estos prismáticos nocturnos de ocho aumentos que uso en esta clase de trabajos de noche.

—De acuerdo. ¿Qué puede decimos? —inquirió Mason.

—No puedo decirles gran cosa si no enciendo la luz para poder leer mis notas. Las escribí a oscuras.

—Díganos lo que pueda recordar.

—El primer visitante —explicó Dillard— fue aquel individuo que ha estado merodeando en Bolero Beach; es un tipo delgado y nervioso, con una nariz que parece la trompa de un mosquito.

—Se llama Montrose Foster —dijo Mason—. Es el presidente de una sociedad dedicada a la búsqueda de presuntos herederos y de herencias perdidas. Boring trabajaba para él hasta que lo plantó de repente, y Foster cree que Boring halló algún dudoso filón que no quería compartir con nadie.

—Es posible —admitió Dillard—. Pues ese Foster llegó alrededor de las ocho y se quedó un cuarto de hora. He anotado todas las horas.

—¿Pudo ver claramente a todos estos visitantes? —preguntó Mason.

—Desde luego. Todavía había algo de luz cuando Foster vino. Y más tarde, la luz del aparcamiento bastó para que pudiese ver e identificar a todos los que llegaron.

—Conforme —dijo Mason—. ¿Qué sucedió después?

—Después de marcharse Foster hubo unos cinco minutos de calma. Yo creía que nuestro hombre saldría para ir a cenar, pero no fue así. Parecía como si esperase a alguien. Y entonces, serían las ocho y veinte, llegó aquel chico del coche deportivo y a fe mía que parecía estar impaciente. Frenó junto a la entrada, saltó del coche y se dirigió sin rodeos hacia la unidad número diez. En un periquete estuvo dentro. Oscurecía ya.

—¿Llamó a la puerta? —preguntó Mason.

—Llamó.

—¿Qué edad tendría ese chico?

—Unos veintidós o veintitrés años. Conducía un modelo deportivo extranjero, un coche de gran potencia. Lo aparcó de tal modo que no pude ver el número de la matrícula.

—Supongo que ese muchacho es Marvin Harvey Palmer —dijo Mason—. ¿Cuánto tiempo se quedó allí?

—Unos quince minutos. Entonces se marchó y llegó una mujer de unos cuarenta años, muy elegante, que se quedó en el apartamento unos diez minutos. Después se marchó y entonces fue cuando entró aquel hombre. Un hombre que había estado esperando. Había visto a la mujer o el coche de ésta, y esperó a que se marchara. Lo sé porque le vi llegar en coche, aparcar, volver a ponerlo en marcha y marcharse otra vez. Sin duda, lo dejó en la calle cercana, regresó a pie y se ocultó entre las sombras, esperando

que la mujer se marchase. Era un hombre de aspecto digno, con gafas oscuras. Apenas salió la mujer, se encaminó hacia la unidad diez, llamó a la puerta, entró y se quedó allí unos diez minutos más, pero entonces llegó aquella rubia, una rubia despampanante, de veras… Anoté la matrícula de su coche.

—¿Pudo verla bien? —preguntó Mason.

—Ya lo creo. Aparcó el coche y abrió la puerta de la izquierda para apearse. Puedo asegurarle que tenía mucha prisa y que no le importaba la manera de apearse. Le revolotearon las faldas y… ¡vaya piernas tenía la chica!

—Vamos a olvidarnos de las piernas —dijo Mason—. Describa lo demás.

—Unos veinticuatro años, rubia, alta, ¡y qué tipo, cielo santo! Parecía como si su traje no pudiese contenerlo.

—Perfectamente, este detalle es importante —dijo Mason—. Vamos a ver, ¿a qué hora entró y cuánto tiempo permaneció allí?

—Entró unos diez minutos después de salir el hombre que le precedió y se quedó, creo yo, unos diez o quince minutos. Y cuando salió noté que estaba muy excitada. ¡Cómo corría! Subió a su coche, dio marcha atrás y salió del motel tan precipitadamente que se olvidó de encender los faros. He anotado la hora exacta en mi cuaderno.

—¿Y después? —preguntó Mason.

—Después hubo paz durante un par de minutos. Entonces fue cuando llegó la directora, llamó a la puerta y al cabo de un rato la abrió y entró. Volvió a salir corriendo y pocos minutos después vinieron los policías.

—De acuerdo —dijo Mason—. Ahora vamos a precisar unos datos. ¿Desde qué hora ha estado vigilando este lugar?

—Desde que llegó ese individuo; mejor dicho, apenas entró en su apartamento.

—O sea que ha visto a toda persona que entró después en el motel. Los vio a todos.

—Claro.

—¿No hay una entrada posterior?

—Sólo hay una puerta. Podemos comprobarlo, pero estoy seguro de que sólo hay una puerta, pues es lo normal en los moteles. Y

ahora recuerdo que Sid tenía que mandarme a alguien con mi cena. ¡Estoy hambriento!

—Un poco de paciencia —dijo Mason—. ¿Cuánto tiempo estuvo en el apartamento la rubia?

—Unos quince minutos.

—¿Y fue la última en entrar?

—Eso es. Ese hombre está herido. Si hubo una pelea a puñetazo limpio, fue el hombre de las gafas oscuras. Si le pegaron un tiro o una puñalada, pudo ser la chica, y probablemente sí que lo fue, puesto que ella fue la última en entrar.

Mason se llevó a Nye a un lado y le dijo en voz baja:

—Decididamente, el primer hombre fue Montrose Foster. Podemos aventurar que el segundo fue Marvin Harvey Palmer, y el tercer visitante pudo ser mistress Winlock. También podemos estar casi seguros de que el cuarto fue George Winlock… ¿A qué hora salimos de la residencia de Winlock, Sid?

—A las ocho veintiocho, muy aproximadamente —contestó Nye.

—¿Y qué distancia hay desde la casa de Winlock hasta aquí?

—No más de cinco minutos si se conduce con cierta velocidad. El motel y la casa de Winlock se encuentran en la misma parte de la ciudad.

—Muy bien —dijo Mason—. Apenas salimos de su casa George Winlock saltó a su automóvil y vino aquí. Descubrió que el coche de su mujer estaba aparcado ante la entrada. Pero si el segundo visitante fue Marvin Harvey Palmer, tuvo que haber salido de su casa para venir aquí un poco antes de que saliera a mi vez. Usted vio salir de la casa un coche deportivo.

—¿Puedo preguntarle si su entrevista con George Winlock hizo estallar una bomba? —sugirió Nye.

—La hizo estallar —afirmó Mason.

—Entonces la respuesta es sencilla. En la habitación había algún sistema de escucha. El chico se enteró de lo que ocurría y se enfureció. Por ello llegó aquí tan excitado.

—¿Y después? —preguntó Mason.

—Le siguió la esposa de Winlock. Estaría dispuesta a venir al mismo tiempo que el chico, pero debió de entretenerse arreglando su maquillaje. Su marido salió inmediatamente después de nosotros.

Llegó aquí y… bueno, eso es todo.

Volvieron a reunirse con Dillard.

—Todo lo ocurrido —repitió Dillard— tuvo que ser obra de la rubia.

—Un momento —le dijo Mason—. No se extralimite, Dillard. Con toda probabilidad la rubia es mi cliente.

—¿Qué me dice? —exclamó Dillard.

—Una cosa es que diga usted a qué hora llegó y a qué hora salió —continuó Mason—, pero otra muy distinta es aventurar hipótesis acerca de lo ocurrido mientras ella estaba dentro.

—Lo siento —se excusó Dillard—, he estado hablando sin reflexionar, pero es que tal como yo veía las cosas no había otra solución.

—Puede haber otra explicación —dijo Mason—. Vamos a suponer que el joven trató de obtener algo de Boring y se puso algo violento. Dejó a Boring sin sentido en el suelo. La mujer pudo haber sido la madre del chico. Entró y descubrió al hombre en el suelo, moribundo. También halló algún arma que vinculaba el crimen con su hijo. Se entretuvo un rato para arreglar algo o recoger ciertas pruebas, incluida el arma, y después se marchó precipitadamente.

»Es posible que el hombre fuese su marido. Estaba esperando a que ella saliera para entrar él. Había visto el coche de ella apenas entró.

—Y apenas vio el coche —intervino Nye—, supo que aquella habitación de su casa estaba equipada con micrófonos y que su mujer había estado escuchando atentamente la conversación que usted tuvo con él.

—De acuerdo —prosiguió Mason—, pero supongamos que el chico hubiese golpeado a Boring con la culata de un revólver, y que su madre hallase a Boring inconsciente y se marchara. Al entrar el marido, apenas ausente su mujer, descubrió que el hombre estaba muriéndose. Miró a su alrededor para asegurarse de que su esposa no había dejado ninguna pista que indicase que había estado allí, lo cual significa que pudo ser él quien recogió el revólver, y después se marchó a su vez.

—¿Aún no se les puede poner nombre a esos tres, marido, mujer e hijo? —preguntó Dillard.

—Creo saberlos —dijo Mason—, pero hablo en forma impersonal porque usted va a ser testigo. Si no ha oído ningún nombre, será mucho mejor para usted.

—Ustedes podrán pensar lo que quieran —dijo Dillard—, pero lo que yo sé es que la rubia fue la última en entrar en aquella habitación. No voy a hacer suposiciones sobre lo que estuvo haciendo allí durante quince minutos, puesto que se trata de su cliente, pero todos sabemos lo que va a pensar la policía. Usted puede convencer a un jurado, pero no a la policía. Dirán qué si halló al hombre en el suelo, malherido o muriéndose, no tenía por qué quedarse allí durante quince minutos.

—Voy a hacerte una pregunta muy directa, Dillard. ¿Pierdes alguna vez las hojas de tu cuaderno de notas? —inquirió Nye.

—No, si se trata de un caso de asesinato —contestó Dillard—. Ya me he visto en demasiados apuros.

—Es cierto —intervino Mason.

—Pero no tengo por qué contar todo lo que sé si no tengo a nadie a quien contárselo —prosiguió Dillard.

—¿Qué quiere decir?

—Puede ser difícil encontrarme.

Mason reflexionó un rato y dijo:

—No creo que sea ésta la solución, Dillard.

—¿Pues cuál es? —respondió Dillard.

—Lo ignoro —respondió Mason—, pero tengo que hablar con mi cliente antes de que lo haga la policía y antes de que ésta se fije en usted.

—Tendrá que darse prisa —aconsejó Dillard—, pues la policía no tardará en fijarse en mí.

—¿Por qué lo dice?

—Llegué aquí inmediatamente después de Boring. Conseguí el lugar del motel desde donde pudiese gozar de la mejor vista de su apartamento.

—¿Dice que lo consiguió? —preguntó Mason.

—Eso es.

—¿Cómo lo consiguió?

—Lo pedí.

—¡Atiza! —exclamó Nye—. Eso sí que es acercar el aceite a las

brasas.

—¿Y por qué lo pidió? —inquirió Mason.

—Porque no me quería quedar sentado en mi coche. Resulta demasiado sospechoso. Yo quería un lugar desde donde se pudiese dominar todo el aparcamiento. Pregunté a la encargada qué le quedaba libre y me contestó que tenía varias unidades vacantes. Pregunté si la número cinco estaba libre, me contestó que sí y la pedí.

—¿Le preguntó ella el motivo?

—Ella no me preguntó nada, pero me miró de reojo y cuando empiece a reunir detalles irá con el cuento a la policía. Le preguntarán si se fijó en algo fuera de lo corriente, ella dirá que no, y entonces empezarán a interrogarla acerca de los otros huéspedes. Le preguntarán si alguien llegó a la misma hora que Boring, o poco después; ella me recordará y la policía empezará a charlar conmigo si consiguen encontrarme. Y si no dan conmigo, buscarán la matrícula del coche en la tarjeta de inscripción, descubrirán que está a nombre de Paul Drake, y vendrán a verme.

—Tengo que hablar en seguida con mi cliente —dijo Mason, mirando a Nye—. Dillard, usted puede quedarse aquí a oscuras y yo le telefonearé si es preciso.

—Recuerde que si me llama después que la policía haya interrogado a la directora, alguien escuchará lo que hablamos.

—Siempre acostumbro hablar suponiendo que alguien escucha —dijo Mason.

—Y si no tengo noticias suyas, ¿qué hago? —preguntó Dillard.

—Salga de aquí lo mejor que pueda —aconsejó Mason—. Pero bien pensado, sería una buena idea que se marchase ahora mismo. ¿Todavía no ha cenado?

—Ni un bocado. Dijeron que una mujer me traería unos bocadillos.

Nye hizo chasquear sus dedos.

—Tengo que llamar a la agencia y decirles que esa mujer no venga. Si llegase ahora, podría causamos un problema.

—¿Y por qué no salir para ir a cenar? —preguntó Mason, dirigiéndose a Dillard—. De nada sirve ya vigilar la unidad diez. La policía la habrá cerrado y es probable que algún detective se haya

quedado en ella, sólo para atender a una posible llamada telefónica.

—De acuerdo —dijo Dillard—. Me voy a cenar.

—Saldremos juntos —ordenó Nye—. Yo acompañaré a Mason a su hotel y después vendré a reunirme contigo.

—Es que tengo mi coche aquí —observó Dillard.

—Nos llevaremos los dos coches —le dijo Nye—. Yo acompañaré a Mason a su hotel y desde allí avisaré que no venga la mujer con los bocadillos y el café.

Mason asintió con un gesto de la cabeza.

—En marcha, Sid.

Capítulo 11

—Le hemos estado aguardando, jefe —dijo Della Street—, pero ya está todo frío. No me he atrevido a dejar la carne en la estufa calentadora por miedo a que estuviese demasiado cocida.

—No importa —dijo Mason—. La comeré fría.

—¡Oh, no! —exclamó Della Street—. Encargaré que suban otro bistec recién hecho. Yo…

—Es que no tendremos tiempo, probablemente —explicó Mason —. Parece que no ha comido mucho, Dianne.

—No. Es que no tengo apetito.

—Al revés de cuando la vi por primera vez —observó Mason.

—Si, es que…

—¿Acaso ha ocurrido algo que cambia lo previsto? —preguntó Mason con aire indiferente, mientras se sentaba y empezaba a cortar el bistec—. ¿No encuentra a faltar la comida tanto como se temía?

—No sé. Parece como si hubiese perdido el apetito.

—¿Por qué ha venido aquí? —preguntó Mason.

—¿A Riverside?

—Sí.

—Para ver a míster Boring.

—¿Lo ha visto?

—Todavía no. Della me dijo que viniese aquí. A juzgar por lo que me ha contado ella, creo que es usted el que debe hablarme.

Reinó el silencio durante un buen rato.

—El café está caliente, jefe —dijo Della Street—. Lo he tenido sobre la estufilla, pero ya no es muy reciente. Sólo se necesitan unos pocos minutos para que nos suban más.

Mason denegó en silencio y volvió a dirigirse a Dianne.

—En estos momentos, Boring está en el hospital o bien en el depósito de cadáveres.

—¿Cómo? —exclamó ella, con los ojos muy abiertos—. ¿Le ha ocurrido algo?

—Le ha ocurrido algo —replicó Mason.

Dianne se llevó una mano a la garganta. Seguía mirándole con ojos desmesuradamente abiertos. Pugnaba por contener las lágrimas.

—Vamos a ver, Dianne —dijo Mason—. Está usted jugando un juego muy peligroso. Puede incluso terminar con una sentencia de cadena perpetua. Usted no puede mentirle a su abogado. Y ahora, cuénteme la verdad. ¿Qué ocurrió?

—No sé a qué se refiere…

—Usted fue al Restawhile Motel. Usted sabía que Boring estaba en la unidad número 10. Usted llamó a la puerta. Vamos a ver, ¿le encontró tendido en el suelo, o bien…?

—¿Tendido en el suelo? —exclamó ella—. ¿Qué quiere decir?

—Vamos —insistió Mason—. Dígame la verdad. Y no me mienta nunca; no intente siquiera mentirme, Dianne. Si lo hace, me veré obligado a abandonar su caso.

—Está bien, míster Mason —dijo la joven—. Le diré la verdad. Desde que he llegado he estado deseando decir sólo la verdad. Lo vi. Sabía que se alojaba en el motel Restawhile.

—¿Quién se lo dijo?

—Aquel hombre que vino a verme me habló mucho de él. Me dijo incluso dónde podía hallarle. Me aseguró que lo único que yo podía hacer era obligarle a devolverme la otra copia del contrato. Dijo que mientras Boring tuviera el contrato firmado por mí, podía arruinar mi reputación.

—¿Le dijo usted que Boring había rescindido el contrato? —preguntó Mason.

—No, porque pensé que esta supuesta rescisión no era más que una parte de su plan para tenerme en su poder.

—¿Cuándo vio a Boring?

—Poco antes de llegar aquí.

—¿Y él rompió el contrato?

—Me… me lo dio.

—¿Y después?

—Después me marché.

—¿Cuánto tiempo estuvo allí?

—No creo que pasara más de cinco minutos.

—¿Qué hizo cuando salió?

—Vine aquí.

—¿Cuánto tiempo estuvo allí?

—No pude haber estado allí… más de cinco minutos.

—¿No pudieron ser quince o veinte minutos?

—¡De ningún modo, míster Mason! No creo que me quedase ni cinco minutos. Estas cosas transcurren con gran rapidez. Ni siquiera estuve allí más de dos minutos. Sólo le dije que estaba enterada de todo, que había descubierto que aquel contrato era otra infamia y que deseaba que él me devolviese la otra copia del contrato.

—¿Y qué ocurrió?

—Él me dijo que no sabía quién había estado hablando conmigo, pero que todo era legal y qué me tenía bien ligada.

—¿Y después?

—Míster Mason, acabo de decírselo. Todo ocurrió tal como lo cuento. Me dijo que me tenía bien ligada y yo contesté que sabía que él era un farsante, que todo el contrato era una falsedad, que él no tenía ninguna carrera de modelo en perspectiva para mí, y que lo único que pretendía era tenerme en su poder. Yo dije que no, y que usted era mi abogado. Entonces me entregó el contrato. Lo asusté.

—Mire, Dianne —dijo Mason—, este asunto puede ser muy serio. Si usted cogió una silla y le golpeó en la cabeza para defenderse, o si usted usó un arma, o si él tropezó y se cayó, lo único que debe hacer es contarme lo sucedido. Goza de una buena reputación, puede crear una buena impresión, y un jurado la creerá. Pero si trata de mentir y la sorprenden en ello, el resultado será que la acusarán de homicidio o tal vez de asesinato; acaso incluso de asesinato en segundo grado.

La joven trató de sostener su mirada, pero no lo consiguió.

—Dianne —remachó Mason—, usted está mintiendo.

—¡Tengo que mentir, míster Mason! —exclamó ella de pronto—. ¡Es que la verdad es demasiado terrible!

—Ha perdido demasiado tiempo tratando de mentir. No sabe hacerlo, Dianne. Es usted una aficionada. Nunca será una buena embustera. No ha practicado bastante. Y ahora, dígame la verdad antes de que sea demasiado tarde.

—¿Por qué demasiado tarde?

—La policía —dijo Mason—. Pueden llegar aquí de un momento a otro. Vamos, cuénteme toda la verdad.

—Me temo que no va a creerme.

—Dígame usted la verdad y empiece de una vez, ¡de prisa!

—Está bien —dijo ella—. Fui al apartamento del motel y… bueno, yo estaba muy nerviosa e indignada y…

—No importa —atajó Mason—. ¿Qué hizo usted?

—Me acerqué a la puerta y vi que estaba abierta unos pocos centímetros y que había luz en el interior. Llamé y, como nadie me contestó, abrí la puerta. Entonces le vi a él, tendido en el suelo. La habitación olía a whisky y pensé que estaba borracho perdido.

—¿Usted no le golpeó con nada?

—¡Dios mío, no! Estaba ya tendido en el suelo. Creí que estaba borracho y entonces busqué la copia firmada de mi contrato hasta que la encontré.

—¿La encontró?

—Sí.

—¿Dónde?

—En una cartera de mano.

—¿La cogió?

—Sí.

—¿Y después?

—Me incliné sobre él y fue entonces cuando advertí que estaba herido. El olor a whisky no procedía de su aliento, sino de sus ropas.

—¿Y después?

—Salí en seguida, fui hasta una cabina telefónica que hay en la calle, a unas tres manzanas del hotel, telefoneé al despacho del motel, dije a la mujer que contestó a la llamada que el hombre de la unidad diez había sido herido, y después colgué antes de que pudiese pedirme explicaciones. Seguidamente, vine aquí.

—Dianne —dijo Mason—, sigue usted mintiendo. Tuvo que

hacer un registro a fondo para hallar ese contrato. Descubrió a Boring inconsciente en el suelo. Empezó a revolver su equipaje y sus ropas, tratando de encontrar el contrato. No lo halló hasta pasados quince minutos, y encontró también diez mil dólares en efectivo que se llevó junto con el contrato.

Dianne movió la cabeza de un lado a otro.

—Todo ocurrió tal como lo he contado. Cogí el contrato, pero no vi ningún dinero.

—¿Cuánto tiempo estuvo allí?

—No creo que fuesen más de dos minutos.

—Entonces, ¿por qué trató de engañarme antes?

—Me asustaba pensar que… es que creí poder rehuir responsabilidades si se aseguraba que él estaba vivo y bien cuando salí… y que quedamos amigos.

—¿Acaso pretendió él molestarla? —preguntó Mason.

—Ya le he dicho que estaba sin sentido. Estaba tendido en el suelo.

—Es usted la embustera más redomada que he tratado de ayudar —dijo Mason—. Sepa que la policía podrá demostrar que usted permaneció en aquella estancia durante casi quince minutos.

—¡Le aseguro que no! Yo no… ¡Oh, míster Mason, por favor, le ruego que me crea! Ahora le estoy diciendo la verdad. ¡Se lo prometo!

Mason la miró fríamente.

—Está enfadado conmigo —dijo Dianne— y no va a representarme. Usted…

—Acepté su anticipo —dijo Mason— y pienso representarla. Pero ante todo, pienso someterla a un interrogatorio a fondo para sacarle toda la verdad. ¿Le ha contado Della todo el fondo de este asunto? ¿Y le ha dicho que su padre vive?

Dianne asintió hecha un mar de lágrimas.

—Está metida en un buen lío…

El timbre de la habitación interrumpió a Mason.

—Ve a ver quién es, Della —dijo, frunciendo el ceño.

Della Street abrió la puerta.

—Le ruego que me perdone —dijo un policía—, pero deseo hablar con miss Dianne Alder.

—¿Qué desea de ella? —preguntó Mason, saliendo a su encuentro.

—¿Quién es usted? —inquirió a su vez el agente.

—Soy Perry Mason, su abogado. La represento en un pleito promovido por un contrato. ¿Qué desea de ella?

—Queremos interrogarla acerca de un asesinato.

—¿El asesinato de quién?

—De Harrison H. Boring. Fue herido mortalmente a última hora de esta tarde. Queremos preguntar a Dianne Alder si sabe algo que nos pueda ayudar.

—¿Creen ustedes que le atañe alguna responsabilidad?

—Esto no lo sabemos —dijo el agente—. Estamos tratando de reconstruir lo ocurrido.

—¿Y por qué desean hablar con Dianne Alder?

—Nos han dado un aviso por teléfono.

—Esta clase de informes no llevan a ningún sitio.

—El jefe me ha ordenado que la lleve a la comisaría para que conteste a unas preguntas.

—Pues bien —dijo Mason—, no irá a la comisaría. Está muy trastornada y ha sufrido un choque muy fuerte.

—¿En relación con este caso? —preguntó el agente.

—No diga tonterías —replicó Mason—. Este choque está relacionado con la pérdida de un contrato como modelo, que ella suponía acabaría por llevarla al cine y a la televisión. Está al borde de la histeria.

El agente titubeó.

—Esto puede o no ser significativo, pero a mí me han enviado para buscarla. Yo…

—Pues bien, no se irá con usted —dijo Mason—. De momento, no va a hablar con nadie. Vamos a darle un fuerte calmante y una vez repuesta, hablará con el jefe de policía y con el fiscal del Estado, si así lo desean. Pero ahora no hablará con nadie.

—Con esto se va a colocar en una situación bastante peculiar. Puede hacerle sospechosa —observó el agente.

—Pueden sospechar cuanto quieran —dijo Mason—. Supongo que la policía de esta ciudad no será tan inhumana como para interrogar a una mujer trastornada y medio histérica, cuando lo que

necesitaría ésta es hallarse bajo los cuidados de un médico.

—Informaré a mi jefe —dijo el agente—, pero no creo que le agrade lo que voy a decirle.

—Hágalo —replicó Mason— y puede decirle a su jefe, de mi parte, que Dianne Alder no estará en condiciones de circular hasta mañana por la mañana No contestará a las preguntas de los periodistas, de la policía ni de nadie, hasta que se haya repuesto por completo del choque que ha sufrido.

—Ya sabe usted que podríamos detenerla —dijo el agente.

—Están en su derecho —replicó Mason—. Cuando presenten un mandato de arresto, podrán hacerlo. Sin embargo, ustedes saben y yo también que no poseen ni la menor prueba en contra de ella. El único motivo de su presencia aquí es que han recibido alguna llamada anónima de alguien que está deseando aumentar los problemas de esta joven. Sepa usted, agente, que esta muchacha ha sido víctima de una conspiración colosal. Acaba de enterarse de lo sucedido y su disgusto ha sido tremendo.

»Si puede usted asegurarme que poseen la más ínfima prueba contra ella, llamaré a un médico para que trate de calmarle los nervios, y entonces veremos si se le puede tomar declaración. Pero si sólo actúan a causa de esa llamada anónima que les ha impulsado a interrogarla, sepa que esa llamada procede de los mismos individuos que han estado tratando de usurpar los derechos de esta joven. Unos individuos que han estado jugando con sus emociones sin el menor respeto por sus sentimientos. Y ahora, dígame qué piensa hacer.

El agente sonrió.

—Supongo que tiene usted razón, míster Mason. En vista de esta actitud, esperaremos hasta que se halle en condiciones de ser interrogada.

El agente señaló con un ademán a la llorosa y asustada Dianne Alder.

—¿Esta señorita es miss Alder? —preguntó.

—Es miss Alder —confirmó Mason—, y la joven que está a su lado es Della Street, mi secretaria. Yo soy Perry Mason, su abogado.

—¿Procurará que no salga de la ciudad? —preguntó el policía.

—Me hago responsable de ella —replicó Mason.

El agente se volvió hacia Dianne.

—Lo siento, miss Alder —dijo, y abandonó la habitación.

Mason se dirigió en seguida a Della Street.

—Contrata otra suite sin perder un momento, Della. Saca a Dianne de aquí y quédate con ella durante toda la noche. Nadie debe enterarse de dónde está. Yo cerraré la puerta de este dormitorio y si alguien entra aquí y llega a la conclusión de que tú y ella os habéis encerrado en él, no sería mía la culpa. —Seguidamente se volvió hacia Dianne—: Haga lo que haga, no mienta. Diga la verdad. Cuando se encuentre mejor podrá contar toda su historia con detalles a Della Street, pero si la policía trata de interrogarla, dígales que no piensa hacer declaración alguna si no es en mi presencia, y llámeme en seguida ¿Me ha comprendido?

Dianne asintió.

—Yo también he comprendido —aseguró Della Street—. Vamos, Dianne, venga conmigo.

Capítulo 12

Apenas hacía cinco minutos que Della Street se había marchado, cuando Mason oyó un rítmico golpeteo en la puerta. Un golpe, pausa, cuatro golpes rápidos, una pausa y dos golpes más.

El abogado se aseguró de que la puerta del dormitorio norte estuviera bien cerrada, después cruzó el vestíbulo, abrió la puerta que daba al pasillo y hallóse ante Sid Nye.

—¡Hola! —saludó Sid—. He creído que convenía informarle de que la policía ha recibido una denuncia contra Dianne.

—Lo sabía —dijo Mason—, pero ¿quién habrá sido?

—Probablemente, Montrose Foster. Fue una llamada anónima. También quería decirle que no es preciso que se preocupe en lo más mínimo por la cuestión de aquella tabla de tiempos.

—No le comprendo.

—Moose Dillard ha sostenido una pugna con su conciencia y ha decidido que no era necesario que informase a la policía. Desde luego, si le interrogan, la cosa cambiará.

—¿Pudo salir del motel sin novedad? —preguntó Mason.

—Perfectamente.

—¿Qué ocurrió?

—En realidad, fue muy sencillo. Yo aparqué mi coche en la calle, a una manzana de distancia, caminé hasta la entrada del aparcamiento, mi dirigí hacia la oficina del motel como si me dispusiera a entrar en ella, después me desvié a un lado y me introduje en el número cinco.

—¿Nadie le vio?

—Estoy seguro que no. Si me vieron, no dieron señal alguna.

—¿Y después?

—Exploré el lugar, volví a salir y me metí en el coche de Dillard.

Él me había dado las llaves. Puse en marcha el motor; dejé que se calentase, y entonces hice una señal a Moose. Éste salió, entró en el coche y nos alejamos sin perder momento.

—¿Qué hizo con la llave del apartamento?

—Moose dijo que la había dejado dentro.

—¿Y después?

—Conduje el coche durante un rato y charlé con Moose. Seguidamente, hice que Moose recuperase su coche y yo seguí con el mío hasta aquí.

—Ha dicho que charló con él.

—Eso es.

—¿De qué habló él?

—Le dejo adivinar dos veces.

—Supongo que no le sugeriría que esquivase el bulto, ¿verdad?

—¡De ningún modo! Me guardaría mucho de hacer tamaña sugerencia. Claro está que le insinué que si la policía quería interrogarlo siempre podía hacerlo, pero en realidad él no tenía más obligación que la de informar a Paul Drake. Además, ha perdido su cuaderno de notas.

—¿Ha perdido su cuaderno de notas? —dijo Mason.

—Sí. Debió de caérsele del bolsillo en alguna parte. Desde luego, le hice ver que sin cuaderno de notas haría un triste papel.

—Oiga, Sid, hablemos con franqueza. ¿Sustrajo usted ese cuaderno o lo escondió?

—No, por lo menos en este sentido de la palabra. Dillard cree que tal vez se le cayó del bolsillo al subir al coche. Llevaba su chaqueta al brazo y la arrojó dentro.

—¿No la encontrará la policía?

—No lo creo. Yo le vi cuando cayó dentro del coche. También tengo un vago recuerdo de haber visto que algo se caía cuando abrí la puerta para que Dillard se apease. En aquel momento no presté mucha atención. Siempre puedo regresar allí y dar un vistazo a la boca de la cloaca.

Mason frunció el ceño.

—No se pueden correr estos riesgos con la policía en un caso de asesinato, Sid.

—Ya lo sé. Pero yo no soy el ángel custodio de Dillard. Moose

puede recurrir a la policía más tarde si su conciencia le inquieta. Y ahora una pregunta: ¿Qué ocurrió con esa llamada anónima sobre Dianne? ¿La ha interrogado la policía?

—No.

—¿Por qué?

—Yo no lo permití.

—Parece como si la policía de Riverside fuese bastante blanda.

—Es que yo me mostré muy duro —dijo Perry Mason—. Si hubiesen tenido alguna prueba, se la habrían llevado, pero conducir a una joven encantadora a la comisaría sólo porque se ha registrado una denuncia anónima, es mal asunto desde el aspecto de las relaciones públicas. ¿Sabe dónde está Dillard?

—No tengo ni la menor idea —contestó Nye, contemplando el techo.

—¿Y si le necesitamos? Supongamos que deseamos súbitamente ponernos en inmediato contacto con él.

—Estoy seguro de que, sea cual fuere su escondrijo, lee o leerá los diarios de Riverside, y cualquier anuncio publicado en la columna de avisos llamará, sin duda, su atención.

—Ya comprendo.

—Bien, yo tengo que marcharme —dijo Nye—. Tengo que hacer varias cosas y no me sorprendería que algo más tarde la suite que usted ocupa fuera puesta bajo vigilancia. Será mejor que me mantenga en contacto con usted por teléfono.

—Sus llamadas pasarán por la centralita —advirtió Mason.

—Desde luego, pero yo me mostraré comedido en mis palabras. Usted ya sabe dónde puede encontrarme, y si le hablo de cazar un ante, ya sabrá que me refiero a Moose[1].

—Evidente —replicó Mason.

—Y yo podré decirle el lugar más adecuado para encontrarlo.

—Estoy seguro de que la información me interesará, pero sólo en el caso de que desee cazar el ante. En este momento, nada más lejos de mis deseos.

Nye sonrió y salió de la habitación.

Durante diez minutos, Mason se paseó meditabundo, fumando un cigarrillo, con la cabeza inclinada con un gesto de concentración.

Y entonces volvió a sonar el timbre de la puerta. Mason fue a abrir. George Winlock apareció, encuadrado en el umbral.

—¿Puedo entrar? —preguntó.

—No faltaría más —contestó Mason—. Pase y siéntese.

Winlock se sentó y miró a Mason pensativo, a través de los oscuros cristales de sus gafas.

—Yo creo que ya no necesita llevar estas gafas —observó Mason.

—Las he usado durante catorce años —dijo Winlock— y ahora las necesito.

—¿Se le ha ocurrido algo? —preguntó Mason.

—Tengo un problema que me está torturando —dijo Winlock.

—¿De qué se trata?

—De Dianne.

—¿Qué sucede?

—Me he comportado con ella de un modo muy egoísta.

—¿Cree que voy a discutirle este punto?

—Con franqueza, no, pero deseo llegar a algún acuerdo. Establecer una restitución.

—¿Como por ejemplo?

—Lo que le pertenezca.

—Una chica que estimaba a su padre, y a la que después se le hace creer que éste ha muerto, pero que más tarde descubre que sigue con vida y que nunca se ha molestado en levantar un dedo para ayudarla, puede haber perdido buena parte de su devoción filial.

—Lo comprendo. Pero pensé que acaso usted y yo podríamos discutir esta cuestión de la restitución. Tal vez más tarde, Dianne pueda ver las cosas desde mi punto de vista y comprenda que, dadas las circunstancias, poca cosa podía hacer yo.

—Tengo la impresión de que va a ser muy difícil que ella capte este punto de vista.

—De todos modos —dijo Winlock—, no veo motivo por el cual todo esto deba ser aireado por la prensa.

—Se descubrirá la historia.

—Yo no lo creo así.

—Pues yo sí —aseguró Mason—. Montrose Foster, el presidente de la Sociedad Investigadora de Herederos Desaparecidos y

Herencias Perdidas, le está siguiendo la pista.

—Cierto.

—¿Lo sabía ya? —preguntó Mason.

—Acabo de enterarme.

—No puede ocultar el asunto, con Montrose Foster husmeando por ahí.

—En este punto, no estoy del todo de acuerdo con usted —dijo Winlock—. Foster basa su investigación en la premisa de que Dianne tiene algún pariente que falleció dejando una herencia en la que ella tenía buena parte. En realidad, existe este pariente, un familiar mío muy lejano, y la herencia es pequeña. Creo que Foster podría ser orientado de modo que siguiese esta falsa pista.

—Comprendo.

—Y después sólo queda usted —dijo Winlock.

—Y Dianne —le recordó Mason.

—Dianne es una joven muy considerada. No hará nada que pueda arruinar las vidas de otras personas.

—¿Entre ellas, la mujer que pasa por ser su esposa?

—Sí. Le repito que sólo queda usted, míster Mason.

—Sólo quedo yo.

—Puedo hacer que perciba usted unos honorarios cuantiosos por el hecho de representar a Dianne. Digamos cien mil dólares.

—Yo represento a Dianne y haré lo que sea mejor para ella —repuso Mason.

—No sería lo mejor para ella el descubrimiento de mi pasado y mi relación familiar.

—No serviría más que para complicar la cuestión y complicarla a ella.

—Usted tiene mucha influencia aquí —dijo Mason—. La policía ha recibido una llamada anónima pidiendo que se interrogue a Dianne. Debe usted usar su influencia para conseguir que la policía prescinda de esta denuncia anónima. No le interesa a usted que la interroguen… por lo menos de momento.

—Haga que se marche de la ciudad —sugirió Winlock, después de reflexionar unos momentos.

—¿Y después? —preguntó Mason.

—Creo que con esto quedará archivado su asunto.

—¿Puede controlar la investigación policíaca?

—Dentro de unos límites justos e indirectamente, sí.

—Pero queda la cuestión de sus derechos a la propiedad —dijo Mason.

—Sus derechos legales a cualquier propiedad son más que discutibles.

—No lo creo yo así —dijo Mason—. En este Estado, la propiedad adquirida después del matrimonio es propiedad común.

—Pero yo he estado separado de mi primera esposa durante más de catorce años.

—Olvide esta expresión de «primera esposa» —objetó Mason—. Usted sólo ha tenido una esposa.

—¿Y eso tiene algo que ver con la cuestión que estamos discutiendo?

—Muchísimo.

—Me temo no seguir sus razonamientos, míster Mason. Eunice Alder ha fallecido. La propiedad adquirida durante el matrimonio es propiedad en comunidad de bienes, pero, al morir la esposa, revierte automáticamente al marido previas ciertas formalidades. Si usted hubiese tratado conmigo antes de morir Eunice, la situación habría podido ser distinta. Tal como están ahora las cosas, mi posición es segura.

—Usted puede creerla segura —replicó Mason—, pero en realidad es más que precaria. Según la ley, los intereses comunitarios de la esposa revierten al marido al morir ella, *a menos* que tenga hecho un testamento disponiendo de su parte en esta propiedad común. Su esposa hizo este testamento. Dianne es la beneficiaría.

Winlock frunció el ceño y reflexionó unos instantes.

—¿Qué cantidad estimaría satisfactoria para Dianne?

—¿De cuánto dispone usted?

—Depende del modo de evaluarlo.

—¿Y en cuánto lo evalúa?

—Acaso tres millones, si considero todos mis bienes.

—Está bien. ¿Cuál es su proposición?

—Liquidaré suficientes valores como para poder dar a Dianne quinientos mil dólares. Le entregaré cincuenta mil dólares en

efectivo y al contado. A los noventa días, le pagaré cien mil más, y completaré la suma dentro de un año.

—¿Y a cambio de ello?

—A cambio de ello exijo absoluto silencio respecto a nuestra relación familiar y a mi pasado.

—Está bien —dijo Mason—. Es usted mayor de edad y ha de saber lo que le conviene. Pero ahora voy a hablarle de Dianne. No voy a darle ninguna respuesta ni a hacerle ninguna proposición. Voy a meditar el asunto y a jugar las cartas del modo que más puedan beneficiar a Dianne Alder.

»Si la policía averigua su relación con Harrison T. Boring y la interrogan acerca de dicho asunto, es posible que Dianne obtenga muchos beneficios al revelar su parentesco con usted.

—Me interesa tener una visión clara de toda esta cuestión —dijo Winlock—. ¿Quiere usted contarme brevemente qué fue todo este asunto de Dianne con Boring?

—Boring descubrió su parentesco con usted. Se dirigió a Dianne con una historia pseudolegal, pretendiendo interesarse por ella para convertirla en una modelo que debía aparecer en la televisión y en el cine para lanzar una nueva moda en la vestimenta femenina.

»Sin embargo, enmascarado tras la fraseología legal y el cebo de las apariciones en la televisión, había un anzuelo. Boring tenía que cobrar la mitad de todos los ingresos brutos de ella, cualquiera que fuese su origen e incluida una herencia. A cambio de ello, él tenía la obligación de pagarle cien dólares semanales.

»El sábado pasado le escribió comunicándole que los pagos quedaban suspendidos. Ello significa que Boring decidió que le sería más rentable sangrarle a usted que dejar que Dianne cobrase su herencia. En este segundo caso siempre había la probabilidad de que ella pleitease alegando que el contrato no era válido y que había sido firmado bajo falsas promesas.

»Dianne me consultó acerca de la terminación del contrato y de la pérdida de sus ingresos semanales. Nada sabía de los motivos que se ocultaban tras el contrato.

»Mis sospechas se despertaron porque yo hacía seguir a Harrison Boring, y por esto vine a verle a usted esta tarde. Dianne no sabía lo que yo estaba haciendo. Cuando Montrose Foster dio con ella y la

convenció de que debía apoderarse de la copia firmada del contrato para proteger su buen nombre, ella cometió el error de no consultarme y de tratar de solucionar la cosa por sí misma.

—¿Qué hizo? ¿Fue a ver a Boring?

—No puedo ampliarle mi información —dijo Mason—. Sin embargo, la policía ha tomado buena nota de cierta llamada anónima y quiere interrogarla acerca de la muerte de Boring. Vinieron aquí y trataron de llevársela a la comisaría. Yo me negué a permitirlo. Si la interrogan, es muy posible que se descubra todo. Yo haré cuanto pueda para proteger los mejores intereses de Dianne.

—¿Y si no la interrogan? —preguntó Winlock.

—Entonces tomaré en consideración su propuesta y la discutiré con Dianne.

—¿Puedo utilizar este teléfono? —pidió Winlock.

Se acercó al teléfono, marcó el número de la comisaría y al poco rato pudo hablar con el agente de servicio.

—Soy George D. Winlock —dijo—. Quiero hablar con el jefe Preston. Es algo muy importante y yo… ¿Está aquí? Póngame con él, por favor.

Hubo unos momentos de silencio, y después Winlock dijo:

—¿Es usted, Preston? Le habla George Winlock. Oiga, Preston, usted mandó a alguien para interrogar a Dianne Alder al Mission Inn. ¿Para qué deseaba verla?

Winlock guardó silencio durante un minuto, mientras una voz metálica resonaba quedamente en el teléfono.

—¿Y eso es todo? —exclamó después Winlock—. ¿Sólo una llamada telefónica y además anónima? Mire, Preston, sucede que yo sé algo de Dianne Alder. Ciertas personas han estado tratando de molestarla con respecto a un contrato que ella ha firmado para actuar en la televisión como modelo. Se trata de cuestiones de envidia profesional y estoy seguro de que esa llamada anónima ha sido inspirada por razones de despecho personal. Por lo tanto, aparte de que su interrogatorio no serviría para nada, podría causar un disgusto a esa joven y… Muchas gracias, Preston. Pensé que obraría bien al decírselo y… Está bien, usted hablará con sus hombres, ¿verdad? Muchas gracias, buenas noches.

Winlock colgó el auricular.

—¿Queda solucionado este problema, Mason?

—Queda solucionado —dijo Mason.

—Hágala salir de la ciudad —pidió Winlock.

—En estos momentos se halla bajo los efectos de un sedante —dijo Mason.

—Pues hágala salir a primera hora de la mañana.

—¿No desea verla?

—¿Sabe quién soy yo?

—En estos momentos, lo sabe todo.

—Sí, quiero verla —dijo Winlock—, pero no aquí. La situación es demasiado delicada. Quiero que regrese a Bolero Beach. Me pondré en contacto con usted para reunimos los tres a discutir el arreglo del asunto. En el ínterin, supongo que puedo contar con su discreción.

—Puede estar seguro de que haré lo que mejor convenga a los intereses de Dianne —contestó Mason.

—Le ruego que le diga que yo he estado aquí y que por hallarse ella bajo los efectos de un sedante, hemos considerado que no era el mejor lugar ni la hora más oportuna para verla. Dígale también que estoy usando mi influencia para protegerla de toda publicidad desagradable, y que me agradaría que se reservase su juicio sobre lo que yo he hecho hasta tener la oportunidad de escuchar mi versión sobre el asunto. También puede explicarle —prosiguió Winlock— que intercedí para que no la molestasen.

—Le prometo que así lo haré —aseguró Mason.

Winlock le tendió la mano.

—Muchas gracias, míster Mason, y muy buenas noches.

—Buenas noches —dijo Mason, acompañándole hasta la puerta.

Capítulo 13

Apenas habían pasado tres minutos después de marcharse Winlock, cuando Mason oyó nuevamente el timbre de la puerta y fue a abrir. Hallóse ante una mujer de extraordinaria belleza, que le saludó con una sonrisa seductora.

—¿Puedo entrar, míster Mason? —preguntó—. Soy mistress Winlock y sabía que mi marido había venido a verle. He esperado detrás de unas palmeras, en el vestíbulo, hasta que le he visto marcharse. Quiero hablar con usted privadamente.

—Pase —invitó Mason— y siéntese.

—Gracias. Entraré, pero no deseo sentarme. Le diré lo que deseo y lo que puedo ofrecer en muy contadas palabras.

—¿Qué puede ofrecer? —preguntó Mason.

—La libertad de Dianne Alder.

—¿Y qué desea?

—Lo que deseo es conservar mi posición social, mi respetabilidad y mis intereses financieros. ¿He hablado claro?

—Del todo —dijo Mason—. Pero ahora deme algunos detalles. ¿Qué le hace pensar que la libertad de Dianne Alder está amenazada?

—No sea ingenuo, míster Mason. Dianne vino a Riverside para ver a Boring. Le vio. Es posible que fuese la última persona que le vio con vida.

—¿Cómo lo sabe?

—La policía ha recibido una llamada anónima a este respecto.

—¿Y cómo lo sabe usted?

—Gracias a un amigo mío, que se halla en condiciones de saberlo.

—Por lo que veo, sabe usted muchas cosas.

—Saber es poder.

—¿Y a usted le interesa poder?

—Sí, cada vez más. No trataré de engañarle, míster Mason. Hay un micrófono oculto en nuestra biblioteca. Mi hijo está en una edad romántica. Más de una chica ha tratado de extorsionarle. Juzgué prudente equipar la casa con este dispositivo para que las conversaciones quedasen registradas.

—¿Y gracias a ello oyó mi conversación con su marido, esta tarde?

—Palabra por palabra.

—Está bien. ¿Cuál es su proposición?

—Si usted pudiese probar que Harrison Boring fue herido, herido mortalmente, *antes* de que Dianne le visitara, este dato probaría la inocencia de su cliente, ¿no es así?

—Es de esperar —contestó Mason.

—Yo puedo suministrarle esta prueba.

—Tal vez será mejor que se siente, mistress Winlock —dijo Mason—, y hablemos más extensamente de este asunto.

—De acuerdo.

Mistress Winlock se sentó en un sillón y cruzó las piernas, ajustando su falda de modo que el borde de la misma permitiese exhibir ventajosamente dos piernas cuidadosamente enfundadas en nylon. Se arrellanó y sonrió a Mason con un gesto de tranquila confianza.

—¿Cómo podría demostrarlo? —inquirió Mason.

—Éste es un detalle del que hablaremos después. Lo esencial es saber si usted se halla de acuerdo conmigo, en principio, en que si puede establecer esta cuestión gracias a una prueba concluyente, yo podré conservar mi nombre, mi posición, mi respetabilidad y mi situación financiera.

—¿Qué más está dispuesta a ofrecer a cambio? —preguntó Mason.

—¿Qué quiere decir con esto?

—¿Y los derechos de Dianne?

—¿Los tiene?

—Sí.

—¿Qué quiere hacer mi marido?

—Creo que acaso será mejor que lo hable con él.

—Bien, enfocaré la cuestión de otro modo. Cualquier propuesta que haga mi esposo con respecto a una división de bienes, será aceptada por mí.

—Tendría que saber algo más acerca de esta prueba que me ofrece, y discutir la cuestión con mi cliente.

—De acuerdo —admitió ella—. Vamos a suponer que Harrison T. Boring era un chantajista, un granuja y un promotor. Supongamos que no estaba solo en el negocio y que, en cierto momento de esta tarde, se enzarzó en una disputa con alguien que estaba tratando de compartir la tajada y que, como resultado de la discusión, Boring fue herido mortalmente.

»Supongamos después que mi hijo visitó a Boring, le halló herido, pero no lo examinó con detalle. En realidad, creyó que el hombre estaba borracho perdido y se marchó. Sigamos suponiendo que yo visité a Boring, lo encontré herido en el suelo, llegué a la conclusión de que mi hijo había tenido un altercado con él, me marché y algo más tarde telefoneé a la administración del motel, dije que fuesen a dar un vistazo al hombre de la unidad diez, y colgué.

»Supongamos también que mi marido me siguió en la serie de visitantes de Boring, vio que estaba malherido, supuso que era yo la causante de las heridas y se marchó.

—Esto exigiría el testimonio de usted, el de su marido y el de su hijo, y usted sería censurada por no haber pedido ayuda apenas vio que el hombre estaba herido.

—Esto podría arreglarse. Dígame, ¿cuál sería la sanción?

—Si su hijo creyó que el hombre estaba borracho y tuvo algún motivo para suponerlo, no quebrantó la ley. Si usted *supo* que se había cometido un crimen y dejó de dar parte, la situación podría ser bastante seria.

—¿Y si yo también creí que estaba borracho?

—Es posible que no se diese crédito a su historia —contestó Mason—. Dos coincidencias sería algo excesivo.

—Pues supongamos que mi esposo admitiese que vio que el hombre estaba herido, pero que creyó que fui yo quien le golpeó con algún arma y que la herida no era grave, que Boring sólo estaba

inconsciente. ¿No cabe la posibilidad de que mi marido escapase tan sólo con alguna reprimenda del tribunal?

—Recuerde —objetó Mason— que el hombre murió. Mucho dependería de la naturaleza de sus heridas y de si una rápida asistencia clínica hubiese podido salvar su vida. Recuerde también que soy el abogado de Dianne y que no puedo dar consejos ni a usted ni a su marido.

—En vista de ello —dijo mistress Winlock—, será mejor que mi proposición quede archivada. Puedo indicarle también, míster Mason, otro dato que al parecer les ha pasado inadvertido. Se trata de que la habitación donde míster Boring fue hallado olía intensamente a whisky.

Mason enarcó las cejas.

—Ya supuse que usted no lo sabía —dijo ella.

—Siempre resulta peligroso sacar conclusiones precipitadas —observó Mason—, pero me interesa el hecho de que *usted* se diese cuenta de ello.

Mistress Winlock sonrió y dijo:

—Veo que sabe usted jugar sin enseñar las cartas, ¿no es verdad, míster Mason?

—Hay veces en que lo creo aconsejable —dijo Mason.

—En términos generales, yo le he contado todo lo que tengo en perspectiva —dijo ella, levantándose bruscamente—, y usted puede estudiarlo. Quiero esperar que, dadas las circunstancias, Dianne no hará ninguna declaración que tienda a imposibilitar cualquier fórmula de entendimiento.

—¿Está usted sugiriendo que yo apoye el perjurio? —inquirió Mason.

—Desde luego que no, míster Mason —protestó ella, sin dejar de sonreír—. Tampoco sugiero que piense cometerlo yo. Sólo estoy especulando con usted sobre lo que ocurriría en determinadas circunstancias, y sobre si sería o no posible crear una situación que permitiera establecerlas por medio de pruebas.

—No deja de ser una conjetura interesante —dijo Mason—. Pero ahora, dígame exactamente lo que ocurrió cuando usted entró en la unidad del motel donde se alojaba Harrison T. Boring.

—Nunca he dicho que hubiese estado allí.

—Me consta que estuvo allí —aseguró Mason.

—Entonces, lo que no sabe es lo que descubrí cuando entré en la habitación.

—Eso es.

—Y si los acontecimientos siguen una marcha normal, ¿cuándo lo averiguará usted, míster Mason?

—Cuando suba usted al estrado de los testigos y sea interrogada por el fiscal, y yo tenga la oportunidad de someterle a repregunta.

—¿Y cree descubrir la verdad con la pregunta?

—Lo intentaré.

—Es una idea interesante —observó ella—. Pero ahora, míster Mason, después de haberle referido brevemente el objeto de mi visita, no pienso permitir que me sonsaque con su conversación.

Cruzó la habitación con los elegantes ademanes de una reina que acabase de conceder un favor, tendió la mano a Mason, le miró sonriente y dijo:

—He tenido un gran placer, míster Mason.

—Espero que volvamos a vernos —replicó Mason.

—Estoy segura de ello. Mi teléfono figura en el listín y puede llamarme cuando guste. Siempre atenderé una llamada *suya*.

Mason la vio alejarse por el pasillo y después cerró la puerta con el ceño fruncido.

Capítulo 14

A las tres de la madrugada Mason fue despertado por el timbre persistente de su teléfono.

Medio dormido, cogió el auricular, contestó a la llamada y oyó la voz de Sid Nye.

—Deje abierta la puerta de su habitación. Voy a subir y no quiero que nadie me vea.

La comunicación quedó cortada antes de que Mason pudiera decir palabra.

El abogado saltó de la cama, se dirigió al recibidor de la suite y corrió el pestillo de la puerta.

Pocos minutos más tarde, Sid Nye se deslizó dentro de la habitación.

—Lo que voy a decirle no le gustará —le advirtió.

—Adelante con ello.

—Hace unas horas detuvieron a Moose Dillard.

—¿Cómo ha sido eso?

—Se estaba largando de la ciudad y lo detuvieron.

—¿Qué ocurrió?

—La policía quiso revisar a los demás huéspedes del motel para enterarse de si alguno de ellos había visto u oído algo fuera de lo corriente. Visitaron unidad por unidad, hasta llegar a la número cinco. Descubrieron que no había nadie y hallaron la puerta abierta, la llave sobre la cómoda, la cama sin deshacer y una silla junto a la ventana que domina la entrada de la unidad diez, con un cenicero lleno de colillas en el suelo.

—Prosiga —invitó Mason, al ver que Nye titubeaba.

—Bueno, nosotros no nos figuramos que registrarían las demás unidades, pero así fue. Todo era tan evidente como si Dillard

hubiese dejado una declaración escrita de lo que había estado haciendo.

»Había la silla junto a la ventana, las cortinas ligeramente entreabiertas, y el cenicero lleno de colillas para indicar cuánto tiempo había estado vigilando.

Mason asintió en silencio.

—La policía comprobó el número de matrícula del automóvil de Dillard —continuó Nye—, descubrió que estaba registrado a nombre de Paul Drake, se dio la alerta a la patrulla de la autopista de California y se comunicó el número de la matrícula y una descripción del conductor. También alertaron a la policía de la ciudad mediante un boletín radiado. Un policía de la ciudad descubrió a Dillard en una gasolinera de las afueras, mientras Moose estaba repostando.

—¿Y qué ocurrió?

—Revisaron el carnet de conducción de Dillard, descubrieron que era detective particular, y empezaron a preguntarle por qué se marchaba con tanta precipitación, previniéndole que podía tener problemas con su licencia si no cooperaba. Esto dio al traste con Dillard. Había pasado una vez por semejante apuro y no quiso volver a las andadas.

—¿O sea que contó todo lo que sabía?

—Todo. Incluso los llevó hasta el lugar donde habíamos «perdido» su cuaderno de notas. Seguía allí, junto al bordillo de la acera. Lo cogieron y, desde luego, supieron que Dianne fue la última en ver a Boring vivo, o presumiblemente vivo, y que había salido de aquel lugar dando grandes muestras de nerviosismo y confusión. Lo malo es que Dillard insiste en que Dianne se quedó en la habitación durante casi quince minutos, cosa que a la policía no le gusta nada.

—Y a mí tampoco —aseguró Mason—. Ella jura que no.

—El tiempo puede pasar con gran rapidez cuando se busca algo —dijo Nye.

—Pero no tanto —observó Mason, torciendo el gesto—. ¿No cabe la posibilidad de que Dillard se equivocase?

—No. No, en un asunto como éste. Hay veces en que Moose es un poco lento al pensar. Otras veces, su carácter violento le hace

cometer errores, pero como investigador raya a notable altura. Sabe lo que hace, toma nota de todo, es un buen observador y se puede confiar en sus datos.

Mason se había sumido en un silencio lleno de reflexiones.

—Es un jaleo de ordago —comentó Sid Nye.

—Es desagradable —admitió Mason—, pero tenemos que enfrentarnos con la situación tal como es, y no como nos hubiese gustado que fuera. No se puede discutir con los hechos. Pero, ¿por qué no habrán arrestado todavía a Dianne, Sid?

Sonó el teléfono y Mason respondió a la llamada. Era Della Street.

—Hay una mujer policía en la habitación y lleva un mandato de arresto contra Dianne.

—Deja que Dianne se vaya con ella —dijo Mason—. Y dile a Dianne que no haga declaración alguna como no sea en mi presencia. Ordénale que no diga nada, absolutamente nada.

—Se lo diré —contestó Della Sreet.

—Entreténla tanto como puedas, Della. Yo bajaré apenas haya podio vestirme.

—Lo haré —prometió ella.

Mason empezó a vestirse, hablando con Sid Nye mientras se apresuraba a ponerse presentable.

—Sid, quiero que se marche usted de la ciudad mientras aún puede hacerlo. No es usted testigo y por lo tanto, si resulta difícil encontrarle, nadie podrá acusarle de ocultar pruebas. Es que en estos momentos no deseo que la policía empiece a interesarse por mis actividades desde que llegué a Riverside.

—¿No desea que nadie se entere de que visitó a Winlock?

Mason empezó a abrocharse la camisa.

—Eso es, y tampoco deseo que la policía sepa que Winlock visitó a Boring… ¿Podrá decirles Dillard que Winlock, su esposa y su hijo fueron los que visitaron a Boring?

—No. No sabe los números de las matrículas de sus coches ni sus nombres. Sólo puede dar una descripción general de cada persona y de dos de los coches. El único número de matrícula que conoce es el del coche de Dianne. Desde luego, si le confrontan con los visitantes puede identificarlos, pero a juzgar por sus descripciones es difícil

que saque a relucir a los Winlock. En realidad, esta familia sería la última en parecer sospechosa en un caso como éste.

Mason se ciñó el cinturón.

—En caso de que le interroguen, recuerde que usted *no sabe* quiénes fueron los visitantes de Boring. Sólo lo ha supuesto, y lo mismo le digo de mí.

Mason corrió hacia la habitación de Della Street y una mujer uniformada le abrió la puerta.

—Buenos días —dijo Mason—. Soy Perry Mason, el abogado de Dianne Alder. Tengo entendido que va usted a llevársela bajo custodia.

—Sí.

—Quiero hablar con ella.

—Aún no está vestida. Voy a llevármela detenida. Hablará con ella en la comisaría.

Mason levantó la voz.

—Hablaré con ella a través de la puerta. No diga absolutamente nada, Dianne. No dé a la policía su nombre ni el de sus padres, no hable de su pasado o de…

La puerta se cerró violentamente ante la cara del abogado.

Mason esperó unos diez minutos en el pasillo hasta que la mujer policía, acompañada por Dianne Alder y Della Street, volvió a hacer su aparición.

La mujer uniformada se volvió bruscamente hacia él.

—No quiero que ningún abogado se dirija a mi prisionera —anunció—. Si desea hablar con su cliente, venga a la cárcel y hágalo como indican los reglamentos.

—¿Qué hay de malo en ello? —preguntó el abogado Mason.

—Contraría las órdenes qué he recibido. Si insiste, tendré que denunciarlo por interferir una detención.

—¿Es un crimen —preguntó Mason— aconsejar a un cliente, en presencia del agente que procede a la detención, que si empieza a responder a una pregunta y deja de hablar lo que ha dicho será tenido en cuenta? ¿Decirle que si no contesta a ninguna pregunta siguiendo el consejo de su abogado y exige una audiencia inmediata, está…?

—Ya basta —le interrumpió enojada la mujer policía—. Está

usted hablando con ella.

—Estoy hablando con usted.

—Pero sus palabras van dirigidas a ella. Tengo que pedirles a usted y a miss Street que se retiren. Es una orden.

Mason sonrió.

—¡No es usted poco severa, que digamos!

—Lo soy —replicó ella con una mirada iracunda.

Dianne Alder se apartó un paso, de modo que pudiese mirar a Perry Mason por encima del hombro de la mujer policía, y se llevó un dedo a los labios pidiendo silencio.

Mason se inclinó ante la mujer de uniforme.

—Accedo a sus deseo, señora. Vámonos, Della.

Capítulo 15

Cárter Leland, fiscal del distrito de Riverside County, dijo al magistrado:

—Con la venia del tribunal, se trata simplemente de una vista preliminar. Nos proponemos demostrar que la inculpada en este caso llegó a un acuerdo de negocios con la víctima, Harrison T. Boring; que se convenció de que Boring la había estafado; que, presa de la indignación, se dirigió al Restawhile Motel para verle y que, efectivamente, le vio; que fue la última persona que vio a Boring con vida y que cuando salió de la habitación, Boring estaba moribundo. Eso es todo lo que necesitamos demostrar, más en realidad de lo necesario, para conseguir que la inculpada sea sometida.

—Exponga su caso —dijo el juez Warren Talent.

—Mi primer testigo es Montrose Foster —anunció Leland.

Montrose Foster se adelantó, alzó la mano derecha, prestó juramento y se sentó, nervioso, en el estrado de los testigos.

—¿Se llama usted Montrose Foster, reside en Riverside y ha residido en Riverside durante los dos últimos años? ¿Es usted presidente de la Sociedad Investigadora de Herederos Desaparecidos y Herencias Perdidas?

—Así es.

—El martes pasado, día en que se cometió el asesinato, ¿tuvo ocasión de hablar con la inculpada?

—Sí.

—¿Dónde tuvo lugar esta conversación?

—En Bolero Beach.

—¿Le manifestó algo la acusada con respecto a sus sentimientos contra Harrison T. Boring?

—Lo hizo.
—¿Qué dijo?
—Dijo que sería capaz de matarle.
Leland se volvió brusca e inesperadamente hacia Perry Mason.
—Repregunte —dijo.
—¿Es esto todo lo que va a exponerse a base de su interrogatorio? —inquirió Mason.
—Es suficiente —replicó Leland con sequedad—. No tengo la intención de que esta diligencia previa se convierta en un circo de tres pistas.
Mason se volvió hacia el testigo.
—¿Dijo usted algo a la inculpada, calculando que la obligaría a manifestar esta declaración?
Leland se levantó.
—Me opongo a esta pregunta por exigir una conclusión por parte del testigo. Él no puede atestiguar acerca de lo que pensaba la acusada o de lo que estaba calculando para despertar ciertas emociones, sino únicamente sobre los hechos.
—Admitida la objeción —dijo el juez Talent—. Creo que puede formular esta pregunta de un modo distinto, míster Mason.
—Con sumo gusto, señoría —respondió Mason, volviéndose hacia el testigo—. ¿Trató usted de decir algo a la acusada, calculando que despertaría en ella su ira contra la víctima?
—¡Pero, señoría! —exclamó Leland—. ¡Se trata exactamente de la misma pregunta! Es la repetición de la misma pregunta, buscando una conclusión por parte del testigo y desafiando los reglamentos del tribunal.
—No, no lo es —objetó Mason—. Esta pregunta afecta ahora al pensamiento del testigo.
—Cosa que es totalmente indiferente —añadió Leland.
Mason sonrió.
—¿Insinúa usted que no puedo demostrar sus intenciones?
Leland fue a decir algo, pero se contuvo.
—La pregunta ha sido hábilmente reformada —dijo el juez Talent, sonriendo a su vez—. No se admite la objeción.
—Le conté ciertas cosas de Boring —dijo Foster.
—La pregunta, míster Foster, es si usted trató de despertar su ira

contra Boring gracias a lo que usted le contó.

—Muy bien. La respuesta es afirmativa.

—¿Trató usted, deliberadamente, de causar la ira de la inculpada?

—Ya le he dicho que sí.

—¿Le contó que Boring había estado tratando de venderla en el mercado de blancas?

—Bueno… Esto fue idea suya.

—¿Y usted se mostró de acuerdo?

—No expresé mi desacuerdo.

—¿En algún momento de la conversación mencionó usted que el objeto de Boring en sus tratos con ella era inmoral?

—Fue ella la que sacó a colación ese tema.

—Y durante la conversación, ¿la alentó usted en esta creencia?

—Sí.

—¿Y le dijo que Boring la había engañado para obligarla a firmar un contrato que pretendía capacitarle a él para venderla en un mercado de blancas?

—Yo no le dije tal cosa. Fue ella.

—¿Y usted se mostró de acuerdo?

—Sí.

—¿Y después le contó cuáles eran las intenciones de Boring?

—Está bien, lo hice.

Mason sonrió.

—O sea que usted sabía lo que andaba buscando Boring, ¿verdad, míster Foster? ¿No me dijo usted que Boring había descubierto cierta propiedad o futuro legado al que podía pretender por derecho la acusada?

—Sí, eso es lo que iba buscando.

—¿Y usted sabía lo que él andaba buscando?

—Claro que sí.

—¿O sea que éste era su verdadero objetivo?

—Sí.

—Por consiguiente, cuando usted dijo a la acusada que el objeto del contrato que Boring había establecido con ella consistía en tenerla en su poder por otros motivos, usted le mintió.

—Permití que se engañara a sí misma.

—Conteste a la pregunta —dijo Mason—. Cuando le dijo esto, le mintió.

—Protesto. Esto no es una pregunta —objetó Leland—. También asume hechos que no son pruebas.

—Denegada la protesta en sus dos razones —dijo el juez Talent.

—¡Está bien! —exclamó Foster—. Le mentí.

—¿Lo hizo para obtener alguna ventaja usted mismo?

—Sí.

—¿Entonces está usted dispuesto a mentir en cualquiera de sus transacciones cotidianas, con tal de conseguir una ventaja para sí mismo?

—Yo no he dicho esto —protestó el testigo.

—Se lo estoy preguntando —insistió Mason.

—Contesto que no.

—¿No suele mentir generalmente con el propósito de procurarse una ventaja?

—¡Esto sí que autoriza mi objeción, señoría!

—También yo lo creo. Aceptada la recusación —dijo el juez Talent.

—Pero, ¿usted contó esta mentira con tal de obtener una ventaja en este caso? —insistió Mason.

—Sí —rezongó el testigo.

—En la tarde del crimen usted también vio a Harrison T. Boring en el Restawhile Motel, ¿no es así?

—Sí.

—¿Y tuvo una entrevista con la víctima?

—Sí.

—Señoría —intervino Leland—, la parte fiscal desea presentar su objeción con respecto a cualquier testimonio referente a lo que tuvo lugar durante la entrevista. Este punto no ha sido examinado durante el interrogatorio directo, y si la defensa desea tocarlo debe convertir al testigo en su propio testigo.

—Yo considero que ello puede indicar motivo e intención —dijo Mason.

—Me siento inclinado a coincidir con usted —opinó el juez Talent—. Creo que, por lo menos, puede usted indicar el motivo e intención de este testigo, y puesto que, según parece, él estuvo en

contacto con el difunto en el día del crimen, ello puede muy bien establecer un interés por su parte.

Mason se volvió hacia el testigo.

—¿Mintió usted a Boring cuando tuvo esta entrevista con él?

—No.

—¿No le dijo que la acusada se disponía a recusar toda negociación que hubiese establecido con él, pero que si él le confiaba el secreto de lo que había descubierto usted cooperaría con Boring, mantendría a raya a la acusada y dividiría por la mitad cualquier propiedad a la que ella tuviese derecho? ¿No le dijo nada por el estilo?

—En términos generales, ésta fue la naturaleza de mi proposición.

—Pero, ¿dijo a Boring que tenía bien sujeta a la acusada?

—Algo por el estilo.

—¿O sea que engañó a Boring?

—¡Está bien! —gritó el testigo—. Mentí a Boring. Él me había mentido a mí y yo le mentí a él.

—¿Está usted dispuesto a mentir siempre que ello le aporte alguna ventaja? —inquirió Mason.

—Con la venia del tribunal —dijo Leland—, se trata de la misma pregunta que ya ha sido desestimada. Protesto contra ella.

—Admitido —dijo el juez Talent.

—Por consiguiente —prosiguió Mason—, el martes pasado, y en conexión con sus actividades corrientes de orden comercial, mintió usted en dos entrevistas con objeto de procurarse una ventaja a sí mismo.

—La misma objeción —dijo Leland—. Vuelve a ser la misma pregunta, señoría.

—Yo no lo creo así —denegó el juez Talent—. Se trata ahora de una pregunta específica con referencia a dos entrevistas celebradas con dos personas. Sin embargo, admitiré la objeción basándome en que esta pregunta ha sido ya formulada y contestada. El testigo ha admitido haber mentido a cada una de estas dos personas en el mismo día.

Mason se volvió hacia el testigo.

—¿Y ahora está mintiendo?

—No.

—¿Mentiría si ello le aportase alguna ventaja?

—Protesto por no ser propiamente repregunta y por dar pie a argumentos —exclamó Leland.

—Admitida la protesta.

Mason prosiguió:

—¿Tuvo usted algún altercado de carácter físico con Boring cuando le visitó?

—Depende…, depende de lo que usted entienda por altercado físico.

—¿Acaso Boring le golpeó?

—No.

—¿Le agarró a usted por la chaqueta o por otra prenda de vestir?

—Me empujó.

—¿Acaso le echó de la habitación?

—Trató de hacerlo.

—Pero, ¿no fue lo bastante hombre como para hacerlo?

—No.

—¿Porque usted ofreció resistencia?

—Sí.

—¿Y de qué forma le presentó esta resistencia?

—Le solté un puñetazo.

—Bien —dijo Mason sonriendo—, en el día de la muerte de Boring, aquel martes por la tarde, usted fue a visitar a la víctima poco antes de que éste falleciera. Había mentido a la acusada, mintió a Boring, se enzarzó en una pelea con él y le pegó un puñetazo. ¿Correcto?

—Digamos que sí —murmuró Foster.

—¿Tenía motivos para creer que Boring poseía una cuantiosa suma de dinero y le pidió que le entregase parte de la misma, o sea que la dividiera con usted?

—Objeto a esta pregunta por no ser procedente —dijo Leland.

El juez Talent reflexionó y finalmente dijo:

—Voy a sustentar esta objeción.

—¿Recibió usted algún dinero de Boring? —preguntó Mason.

—La misma objeción.

—La misma sustentación de la misma.

—No hay más preguntas —dijo Mason.

—Eso es todo —aseveró Leland—. Voy a llamar a Steven Dillard como siguiente testigo.

Moose Dillard avanzó hacia el estrado, dando la impresión de que la chaqueta era incapaz de contener su corpachón. Tenía la vista baja y evitó cuidadosamente mirar a Perry Mason.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Leland.

—Steve Dillard.

—¿Cuál es su profesión?

—Detective.

—¿Detective privado?

—Sí, señor.

—¿El martes pasado ejercía usted como tal?

—Sí.

—¿Conocía al difunto Harrison T. Boring?

—Lo había visto.

—¿Cuándo le vio por primera vez?

—El martes.

—¿Dónde?

—Saliendo del despacho de Perry Mason.

—¿Y qué hizo usted en lo que se refiere a seguirlo?

—Había puesto un chivato electrónico en su automóvil.

—¿Se refiere usted a un dispositivo electrónico destinado a posibilitar que usted le siguiese en coche?

—Sí.

—¿Puede describir este dispositivo?

—Se trata de un mecanismo que funciona con pilas, que fijé en su coche y que emite señales que son recibidas por un dispositivo gemelo adaptado al coche utilizado por mí. Gracias a él, no necesité mantenerme pegado al coche que iba siguiendo.

—¿Y seguidamente se dedicó a vigilar a míster Boring?

—Sí.

—¿Lo siguió hasta el Restawhile Motel de Riverside?

—Sí.

—¿Y formando parte de esta misma persecución, encargó usted una unidad situada enfrente de la suya?

—Eso es.
—¿A qué hora entró usted en dicha unidad el martes pasado?
—A eso de las seis de la tarde.
—¿Mantuvo la unidad diez, en la que se alojaba Boring, bajo vigilancia?
—Sí.
—Durante aquella tarde, ¿vio usted a la acusada?
—Sí.
—¿A qué hora?
—Tomé algunas notas. ¿Puedo consultarlas?
—¿Son notas tomadas por usted mismo?
—Sí.
—¿Escritas de puño y letra suyos?
—Sí.
—¿Y redactadas en aquellos momentos?
—Sí.
El fiscal del distrito asintió.
—Puede consultar sus notas con objeto de refrescar sus recuerdos.
Dillard volvió a tomar la palabra.
—La acusada llegó a aquella cabina alrededor de las nueve y salió a las nueve y doce minutos.
—¿Está seguro de este horario, míster Dillard?
—Absolutamente seguro.
—¿Sabe si su reloj funciona correctamente?
—Acostumbro usar un reloj en perfecto estado de funcionamiento, y cuando estoy de servicio tengo la costumbre de comprobar el reloj con la radio.
—¿Notó algo en la actitud de la acusada que pudiese indicar agitación o emoción cuando salió?
—Llevaba mucha prisa. Salió casi corriendo del apartamento y subió de un salto a su coche.
—¿Reconoció usted a la acusada?
—Sí.
—¿Tomó usted el número de matrícula del coche que ella conducía?
—Sí.

—¿Cuál era?

—Era el TNM 18.

—Posteriormente, ¿comprobó la tarjeta de identidad fijada en ese automóvil?

—Lo hice.

—¿Y qué nombre aparece en esta tarjeta fijada al árbol de dirección de ese coche?

—El nombre de Dianne Alder.

—Y cuando ella se marchó, ¿quién más entró en la cabina de Boring?

—Nadie, excepto la directora del motel, que entreabrió la puerta, dio un vistazo al interior y volvió a salir corriendo.

—Y después de ella, ¿quién más entró?

—Dos agentes de policía.

—Y después, ¿quién más entró?

—Dos camilleros.

—¿Estando dentro la policía?

—Sí.

—Por lo tanto, desde que la acusada salió de aquella estancia, nadie más volvió a entrar hasta que llegaron los policías.

—Eso es.

—Repregunte —dijo secamente Leland, mirando a Mason.

—Creo que no he comprendido bien al testigo —observó Mason —. Me parece que usted ha dicho que, desde el momento en que la acusada salió del apartamento, nadie más volvió a entrar en él hasta la llegada de los agentes de policía.

—Eso es.

—¿Y la directora del motel? ¿No entró ella?

—Ella sólo dio un vistazo y volvió a salir.

—¿Qué entiende usted por vistazo?

—Abrió la puerta y miró dentro.

—¿Entró en la estancia?

—Depende de lo que usted entienda por entrar. Se quedó en el umbral.

—Pero, ¿entró?

—Hasta cierto punto, sí.

—¿Cerró la puerta tras ella?

—No…, no lo creo.

—¿Tiene ese cuaderno en el que anota los horarios?

—Sí.

—¿Puedo verlo?

El testigo se lo entregó.

—Indica usted que un hombre que conducía un coche deportivo entró en la unidad.

—Esto fue antes.

—Más tarde entró también otro hombre, un hombre que, según sus notas, usaba gafas oscuras.

—Señoría —dijo Leland—, con la venia del tribunal tengo que objetar contra la directriz de este interrogatorio. El propósito de mi examen consistía únicamente en demostrar que la acusada entró en el edificio y que fue la última persona que vio a la víctima con vida; que permaneció dentro sus buenos doce minutos y que cuando salió mostraba una gran agitación.

»Posteriormente el testigo ha refrescado su memoria mediante unas notas tomadas en aquellos momentos. Míster Mason está autorizado para examinar dichas notas, pero sólo con el objeto de comprobar su autenticidad. No puede rebasar los propósitos de la legítima repregunta y formular preguntas con respecto a cuestiones no mencionadas en mi interrogatorio directo.

—Considero que, en vista de las circunstancias, ello pone una restricción indebida sobre la repregunta —dijo el juez Talent.

Leland permaneció de pie.

—Con la venia del tribunal, lejos de mí la intención de discutir con vuestra señoría, pero se trata de una cuestión vital. Existe la posibilidad de confundir los términos si a la repregunta se le abre la puerta de una serie de cuestiones colaterales. Se trata tan sólo de una vista preliminar. Sólo necesito demostrar que se cometió un crimen y que existen razonables motivos para relacionar a la inculpada con la comisión de dicho crimen. Éste es el único objeto de esta audiencia y es cuanto necesito demostrar.

El juez Talent se volvió en dirección a Perry Mason.

—¿Desea usted opinar sobre este respecto, míster Mason?

—Ciertamente —contestó Mason—. En mi opinión, el testimonio presentado por este testigo carece de valor sin sus notas. Me

propongo demostrar que estas notas son inexactas y después procederé a anular todo su testimonio.

—¿O sea que esta vez va a tratar, por medio de la repregunta acerca de otras personas que entraron en el apartamento, de limitarse a poner en duda la validez de las notas?

—Tal es el objeto esencial de mi examen.

—Objeción recusada —dijo el juez Talent—. Puede usted interrogarle con respecto a sus notas.

—Conteste a mi anterior pregunta —dijo Mason, dirigiéndose a Dillard.

—Mis notas demuestran que un hombre entró a las ocho y salió a las ocho y cuarto; que otro hombre entró a las ocho y veinte y salió a las ocho y treinta y cinco; que una mujer entró a las ocho treinta y seis y salió a las ocho cuarenta y cinco; que un hombre con gafas oscuras entró a las ocho cuarenta y seis y salió a las ocho cincuenta; y que la acusada entró a las nueve y salió a las nueve y doce.

—¿Cuándo vio por última vez al difunto?

—Cuando entró en la unidad diez.

—¿No le vio salir personalmente a la puerta para hacer pasar al interior a alguna de las personas mencionadas en sus notas?

—No… Es decir, espere un momento. Vi a la víctima salir al aparcamiento donde yo había dejado mi coche y consultar mi tarjeta de registro. Fue poco después de habernos inscrito en el motel, un corto espacio de tiempo antes de recibir al primer visitante.

—De momento no voy a preguntarle a este respecto —dijo Mason—. Observo que sus notas no contienen indicación alguna posterior a las nueve y doce minutos.

—Es cuando salió la acusada.

—¿Y sus notas no indican nada más?

—Fue cuando dejé de tomar notas.

—¿Por qué dejó de tomar notas? ¿Acaso sabía que el hombre estaba muerto? —inquirió Mason.

—¡Protesto, señoría! —exclamó Leland—. Esta pregunta es absurda.

—Tuvo que existir alguna razón para que el testigo dejase de

tomar notas —observó el juez Talent—. Creo que la defensa está autorizada para repreguntarle acerca de sus notas. Objeción rechazada.

—Bien, pues yo dejé de tomar notas cuando salió la acusada, porque…

—¿Por qué? —preguntó Mason.

—Porque usted y mi jefe llegaron allí y pudieron ver por sí mismos lo que ocurría.

—Oh, ya comprendo —dijo Mason—. O sea que dejó de tomar notas cuando yo entré en el apartamento, ¿no es así?

—Sí.

—¿Y usted pretende que sus notas son exactas en lo que se refiere a los datos del tiempo?

—Sí.

—Sin embargo —dijo Mason—, sus notas no indican la llegada de los agentes de policía. Tampoco señalan la llegada de la ambulancia.

—Pero yo se lo expliqué a usted.

—No obstante, usted no sabía que íbamos a llegar.

—Yo les esperaba.

—¿De modo que dejó de tomar notas cuando creyó que íbamos a llegar?

—Es que no juzgué necesario anotar esos hechos. No seguía al hombre con este objeto.

—Además —continuó Mason—, sus notas tampoco indican a qué hora entró en la unidad la encargada del motel, cuánto tiempo permaneció en ella, ni cuándo salió.

—Bueno, ella sólo dio un vistazo al interior y yo no creí que eso tuviera importancia.

—¿O sea que pretende damos a entender que sus notas sólo indican las cuestiones que usted juzgó importantes? En otras palabras, si alguien entró en la unidad y usted no creyó que la persona en cuestión tuviese importancia, no lo reflejó en sus notas.

—Es que yo… —quiso argumentar Dillard—. Está bien. En este aspecto omití un dato. No anoté la hora en que la encargada entró.

—¿Ni la hora en que salió?

—Ella entró y salió de la unidad prácticamente al mismo tiempo.

—¿Entró y salió en el mismo instante? —preguntó Mason, fingiendo incredulidad.

—Usted sabe lo que yo quiero decir. Entró, se quedó allí un segundo y volvió a salir corriendo.

—¿Había un teléfono en la unidad ocupada por usted?

—Sí.

—¿Ha dicho que uno de sus jefes se hallaba en Riverside?

—Sí, un superior mío en la organización en la que presto mis servicios.

—¿Se refiere a Sid Nye?

—Sí.

—¿Y llamó usted a Sid Nye?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Inmediatamente después de que la directora del motel saliera corriendo. Me figuré que ocurría algo malo.

—Vamos a ver si comprendo el plano de la habitación que usted ocupaba. ¿Había una cama en esa habitación?

—Sí.

—¿Una silla?

—Sí.

—¿Había una ventana que dominaba el aparcamiento de coches, y sentado junto a esta ventana podía usted ver la entrada de la unidad diez?

—Sí.

—¿Y había un teléfono?

—Sí.

—¿Dónde estaba el teléfono?

—Junto a la cama.

—Y después de ver que la encargada salía corriendo se dirigió usted al teléfono y llamó a Sid Nye para informarle, ¿no es así?

—En realidad no le informé, pero le indiqué que ocurría algo sospechoso.

—¿Y qué dijo usted?

—Cuando contestó le dije «Hey Rube!».

—Anteriormente, ¿había trabajado en un circo?

—Sí.

—¿Y no es «Hey Rube!» un grito mediante el cual la gente del circo se reúne para pelear contra los forasteros?

—Sí, algo por el estilo.

—¿Tuvo alguna dificultad para hablar con Sid Nye?

—No, contestó en seguida a mi llamada.

—Le he preguntado si tuvo alguna dificultad para hablar con Sid Nye.

—Pues sí. La encargada, como es lógico, estaba ocupada llamando a la policía y…

—Usted no sabe lo que estaba haciendo la encargada —le interrumpió Mason—. ¿Acaso pudo verla?

—No.

—Por lo tanto, usted no sabe lo que ella estaba haciendo.

—Pero supuse lo que estaba haciendo porque tuve que esperar mucho tiempo antes que contestasen a mi llamada.

—¿Sabe que las llamadas pasaban por la centralita de la oficina?

—Sí.

—¿Y ella tuvo que darle línea exterior?

—Tuve que darle el número y ella lo marcó.

—Vamos a ver, mientras estaba telefoneando, ¿daba usted la espalda a la ventana, no es cierto?

—No podía estar en ambos lugares al mismo tiempo.

—Exacto —dijo Mason—. Antes, a primera hora de la tarde, usted había llamado ya a Sid Nye, ¿no es así?

—No, yo… Espere un momento, sí que lo hice. Le dije que me habían descubierto.

—¿Qué significaban sus palabras?

—Que el sujeto al que seguía había entrado en sospechas y había salido para mirar el certificado de registro de mi coche.

—¿Fue ésta la última vez en que le vio?

—Sí.

—¿Y mientras él miraba la placa de su coche, usted telefoneó a Sid Nye?

—No, esperé a que regresara a la unidad del motel que él ocupaba.

—¿No era la unidad diez?

—Sí.

—¿Y después telefoneó a Sid Nye y le dijo que había sido descubierto?

—Sí.

—¿Tuvo alguna otra comunicación para él?

—Esto fue todo.

—¿No le dijo que estaba hambriento?

—Pues sí, es verdad. Le pregunté si podía ir a cenar.

—¿Qué contestó él?

—Que no. Me dijo que siguiera sentado allí sin moverme. Él… Pero creo que en aquellos momentos se hallaba en la habitación de usted y seguía sus propias instrucciones.

—¿Y durante este tiempo estuvo usted junto al teléfono?

—Claro que sí.

—¿Y tenía la espalda vuelta hacia la ventana?

—Sí.

—Por lo tanto —dijo Mason—, en lo que a sus notas se refiere, cabe afirmar que son inexactas e incompletas, ya que no indican nada de lo que sucedió después de salir la acusada de la estancia.

—Nada más sucedió hasta entonces, excepto la llegada de la policía.

—¿Y de la encargada del motel?

—Y de la encargada del motel.

—Y durante todo el tiempo en que usted dio la espalda a la ventana, mientras telefoneaba o trataba de que le establecieran la conexión con el exterior, pudieron haber entrado o salido un número indeterminado de personas, ¿no es así?

—Bueno, ya le he dicho, míster Mason, que nadie puede estar en dos lugares al mismo tiempo.

—Luego, a juzgar por lo que usted sabe, Boring pudo estar incluso ausente de la unidad diez mientras la acusada se encontraba allí.

—¿Qué quiere decir?

—La víctima pudo haber salido del apartamento mientras usted telefoneaba a Nye para decirle que le habían descubierto, según acaba de contarnos, y la víctima pudo haber entrado otra vez en la cabina después de que la encargada llegase y volviera a marcharse en seguida, mientras usted telefoneaba a Sid Nye para decirle «Hey

Rube!».

—Está bien —dijo Dillard—. Mantuve el lugar bajo vigilancia, pero yo no puedo estar en todas partes al mismo tiempo. Como es natural, mientras telefoneaba no pude estar junto a la ventana, ni tampoco cuando fui al cuarto de baño.

—¿O sea que no estuvo junto a la ventana todo el tiempo? —inquirió Mason.

—No. Realicé un razonable trabajo de vigilancia y eso es todo cuanto cabe esperar.

—Por consiguiente, sus notas son inexactas en el sentido de que no reseñan a todas las personas que entraron en la unidad ni a todas las que salieron de ella.

—Esas notas no son inexactas.

—Indican a las personas que usted vio entrar y a las que vio salir —dijo Mason—, pero usted no sabe qué otras personas pudieron entrar o salir sin que usted las viera.

—De todos modos, las habría visto.

—Sin embargo, entró usted en el cuarto de baño por lo menos una vez.

—Es posible.

—¿Y no anotó la hora en que entró en el apartamento la directora del motel?

—No.

—¿Ni la hora en que salió?

—No.

—Eso es todo —dijo Mason.

—Con la venia del tribunal —intervino entonces Leland—. Yo pensaba dar por concluido mi caso con este testimonio, pero dadas las circunstancias y en vista de la delicada cuestión presentada por la defensa, llamaré a la directora del motel. Mistress Carmen Brady, ¿quiere hacer el favor de adelantarse y prestar juramento?

Mistress Brady obedeció y se identificó como la directora del motel.

—¿Tuvo ocasión de ir a la unidad diez el martes por la noche?

—Sí.

—¿Qué hora era?

—Tomé nota de la hora. Eran exactamente las nueve y doce

minutos.

—¿Y qué ocurrió?

—Llamó el teléfono y una voz de mujer dijo que convendría que diese un vistazo al ocupante de la unidad diez, pues parecía estar enfermo. Colgué el teléfono, fui al apartamento en cuestión, miré y vi que míster Boring yacía en el suelo. Respiraba muy fuerte y trabajosamente, y yo salí corriendo y llamé por teléfono a la policía, para dar cuenta de lo que vi.

—Repregunte —dijo el fiscal Leland, mirando a Perry Mason.

—¿A qué hora se produjo esa llamada? —preguntó Mason.

—A las nueve y doce minutos.

—¿Fue usted a la unidad?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo se quedó allí?

—Ningún tiempo. Abrí la puerta y vi que el hombre yacía en el suelo, salí corriendo y llamé a la policía.

—¿En seguida?

—En seguida.

—¿Cerró la puerta detrás de usted cuando entró en la unidad?

—No…, no puedo recordarlo, míster Mason. Creo que empecé a cerrarla, pero entonces vi al hombre en el suelo. Me asusté, corrí hacia él y me incliné para verle, comprendí que aún vivía y salí apresuradamente para avisar a la policía.

—¿Cómo sabe que la llamada telefónica tuvo lugar a las nueve y doce minutos?

—Tomé nota.

—¿Por sugerencia de la policía?

—Sí.

—Luego, anotó usted la hora*, pero no cuando se recibió la llamada, sino algo más tarde*. ¿No es así?

—Unos pocos minutos más tarde.

—¿Cuántos minutos más tarde?

—Pues bien, llamé a la policía y dije que el hombre estaba herido. Ellos quisieron saber cómo me había enterado y yo les conté lo del aviso por teléfono. Entonces el agente de policía sugirió que anotase la hora.

—¿Y usted la anotó?

—Sí.

—¿Y qué hora era entonces?

—Poco después de las nueve y trece minutos.

—¿O sea que anotó las nueve y doce poco después de las nueve y trece?

—Es que pensé que la llamada había sido recibida un minuto antes.

—Usted contestó a esa llamada —dijo Mason—. ¿Colgó el teléfono y se dirigió en seguida a la unidad diez?

—Sí.

—¿Y después regresó al motel, cogió el teléfono y llamó a la policía?

—Sí.

—¿A qué distancia se encuentra el despacho de la unidad diez del motel?

—Sólo a unos veinticinco metros.

—¿Le dijo el policía que eran entonces las nueve y trece minutos?

—No.

—¿Cómo consultó la hora?

—En el reloj eléctrico de la oficina.

—¿Y ese reloj señalaba entonces las nueve y trece?

La testigo titubeó.

—¿Lo señalaba o no? —preguntó Mason.

—No. El reloj marcaba las nueve y diecisiete.

—¿Y ahora asegura que eran, en realidad, las nueve y trece?

—Sí.

—¿En qué se basa?

—Los informes de la policía demuestran que yo llamé a las nueve y trece. Su hora es exacta. Más tarde, cuando comprobé el reloj de la oficina, observé que adelantaba.

—¿Cuándo lo comprobó?

—Al día siguiente.

—¿Lo hizo después de descubrir que había una discrepancia entre su hora y la anotada en el informe de la policía?

—Sí.

—Creo que eso es todo —dijo Mason—. No hay más preguntas.

—Voy a llamar al doctor Powers —anunció Leland.

El doctor Powers subió al estrado.

—¿Efectuó usted una autopsia a un cadáver el miércoles por la mañana?

—Sí.

—¿Había visto anteriormente a aquel individuo?

—Lo había tratado cuando llegó en ambulancia a la sala de urgencias.

—¿En qué condición se hallaba en dicho momento?

—Estaba muriéndose.

—¿Cuándo murió?

—Unos veinte minutos después de llegar.

—¿Conoce la causa de su muerte?

—Una fractura del cráneo. Había sido golpeado con un instrumento contundente en la base del cráneo.

—¿Fue golpeado con un instrumento contundente, doctor?

—Casi con toda seguridad.

—¿Hubo fractura del cráneo?

—Sí.

—¿Y ésta causó su muerte?

—Sí.

—Repregunte —dijo Leland.

—¿No hubo hemorragia externa? —preguntó Mason.

—No.

—¿Y hemorragia interna?

—Sí. En el interior del cráneo se produjo una hemorragia masiva.

—¿Pudo ser una caída la causa de semejante herida, doctor?

—No lo creo. Esta parte de su cráneo había recibido un golpe muy fuerte dado con algún objeto pesado.

—¿Como por ejemplo un palo de golf?

—Tal vez.

—¿Un martillo?

—Yo diría que se trató más bien de una especie de barra.

—¿Tal vez un trozo de tubería?

—Quizá.

—¿Advirtió otras heridas?

—Observé una contusión en un lado de su rostro. Una contusión ligera, pero, no obstante, contusión.

—¿Un cardenal?

—Sí.

—¿Lo que técnicamente se denomina una equimosis traumática?

—Sí.

—¿Alguna otra herida?

—No.

—No hay más preguntas —dijo Mason.

—Llamaré a Herbert Knox —anunció Leland.

Knox se adelantó, prestó juramento y se identificó como agente de policía. Según su declaración, a las nueve quince recibió por radio la orden de dirigirse al Restawhile Motel, adonde llegó a las nueve y dieciocho minutos aproximadamente, dirigiéndose en seguida a la unidad diez. Allí encontró a un hombre herido, siendo este hombre el mismo que después fue trasladado a la sala de urgencia y puesto bajo el cuidado del doctor Powers, cuyo testimonio acababa de escucharse. Dijo que, en su opinión, el hombre estaba muriéndose, y que más tarde pudo ver su cadáver en el depósito, siendo el mismo hombre que había visto por primera vez en la unidad diez de Restawhile Motel.

—Repregunte —dijo Leland.

—¿Notó el olor a whisky en la unidad? —inquirió Mason.

—Desde luego. Las ropas del herido estaban empapadas de whisky. El olor era muy intenso.

—¿Hizo un inventario de los objetos que había en la habitación?

—Sí, más tarde.

—¿Había una bolsa de viaje y ropas?

—Sí, había un maletín y una maleta más grande.

—¿Encontró dinero?

—No, no en la unidad.

—¿En algún momento registró usted al herido para comprobar si llevaba dinero?

—Hasta que llegó al hospital, no. Entonces registré personalmente las ropas que le quitaron.

—¿Encontró dinero?

—Ciento quince dólares con veinte centavos en billetes y

monedas —dijo el agente.

—¿No había más?

—No. Llevaba un cinturón portamonedas, pero estaba vacío.

—¿Registró el automóvil de Boring?

—Sí.

—¿Encontró dinero?

—No.

—¿O sea que a usted le consta que el dinero que ha mencionado era el único efectivo que llevaba él encima?

—Sí.

—Eso es todo —dijo Mason.

—Éste es el caso presentado por este ministerio fiscal —dijo Leland—. Pedimos que la inculpada sea sometida a juicio.

—¿Desea la defensa hacer alguna manifestación? —preguntó el juez Talent—. De lo contrario, parece como si se tuviera que dar esta orden. Se ha celebrado tan sólo una vista preliminar y se ha establecido la comisión de un crimen y que existen, por lo menos, motivos razonables para creer que la inculpada está relacionada con la comisión de dicho crimen.

—Son ahora las once y media —dijo Mason—. ¿Puedo pedir al tribunal que conceda un aplazamiento hasta las dos, hora en que la defensa decidirá si ha de plantear algún caso?

—Muy bien —accedió el juez Talent—. Continuaremos a las dos. ¿Dispondrá de bastante tiempo, míster Mason?

Después de aplazada la sesión, los periodistas interrogaron brevemente a Mason y a Leland.

Leland manifestó fríamente:

—Estoy perfectamente enterado de la fama de la defensa en cuanto a convertir una audiencia preliminar en una amplia controversia jurídica. Esta actitud es impropia por completo y, sin que pretenda criticar a mis colegas los fiscales de distrito, creo que ésta es la razón de que tantos de ellos hayan cobrado cierto temor a míster Mason. Tratan de presentar un exceso de pruebas y con ello dan oportunidad a la defensa para que ésta pueda montar una grandiosa exhibición.

Un periodista se volvió hacia Mason.

—¿Algún comentario? —preguntó.

Mason sonrió.
—Expondré mis comentarios a las dos de la tarde.

Capítulo 16

Mason, Della Street y Paul Drake encargaron que se les sirviera el almuerzo en la suite del hotel Mission Inn.

Poco después de dar Mason la orden, el teléfono hizo sonar su timbre.

Della Street contestó e hizo un gesto a Mason.

—Es para usted, jefe —dijo, y en voz más baja añadió—: Es mistress W.

Mason cogió el auricular y la voz suave y fría de mistress Winlock le llegó a través de la línea.

—Buenas tardes, míster Mason. ¿Cómo ha ido la audiencia esta mañana?

—Como yo esperaba —replicó Mason cautelosamente.

—¿Desea hacer algo que repercuta en el mejor beneficio para su cliente?

—Ya lo creo.

—Si acepta la proposición que le expuse, podría anotarse otra victoria sobre el ministerio fiscal, conseguir la absolución total de la acusada y el sobreseimiento del caso por parte del tribunal. Tanto mi hijo como yo podemos atestiguar, si ello es necesario, que cuando entramos en el apartamento aquel hombre yacía en el suelo respirando con fatiga, y que ambos creímos que estaba borracho. Y yo atestiguaré que fui la que telefoneó a la directora del motel.

—¿Y si yo me limito a obligarla a comparecer a usted en el estrado de los testigos? —preguntó Mason.

Ella se echó a reír y replicó:

—¡Vamos, míster Mason, es usted un abogado veterano! Dudo que cometiese una fanfarronada como ésta. Piense en lo que ocurriría si yo asegurase que cuando salí el hombre estaba vivo y se

encontraba perfectamente.

—¿Y cuál es su precio? —preguntó Mason.

—Lo sabe usted ya. Silencio absoluto sobre toda cuestión que afecte a mi posición social y financiera. Buenas tardes, míster Mason.

Se oyó el chasquido del auricular en el otro extremo de la línea. Della Street miró a Mason enarcando las cejas.

—Paul, tendrás que comer un bocado en cualquier parte —dijo Mason—. Quiero que vayas al Restawhile Motel y que hagas una comprobación. Te las arreglarás para conseguir que la directora camine apresuradamente desde la centralita telefónica, cruzando la puerta principal y dirigiéndose hacia la unidad diez. Harás que abra la puerta, entre en la habitación, dé media vuelta, vuelva sobre sus pasos, coja el teléfono, llame a la comisaría y pregunte qué hora es. Calcula el tiempo que se necesita para todo ello y me haces un informe.

—De acuerdo —dijo Drake—. ¿A qué hora quieres que vuelva a estar aquí?

—Llámame —contestó Mason—. Es posible que tenga más trabajo para ti. Telefonéame tu informe apenas hayas comprobado el tiempo.

—Conforme —dijo Drake—. Voy a poner manos a la obra.

Cinco minutos después de marcharse Drake, se oyó el timbre de la puerta y Della Street la abrió para dar paso a un agitadísimo George D. Winlock.

—Buenas tardes —dijo Winlock—. ¿Puedo entrar?

—No faltaría más. Pase —le invitó Mason.

Winlock miró a Della Street.

—Me interesaría muchísimo tener una conversación estrictamente confidencial con usted, míster Mason.

—No es posible —replicó el abogado—. Dada la situación, no estoy dispuesto a sostener ninguna conversación sin la presencia de un testigo. Sin embargo, puedo manifestarle que miss Street es mi secretaria particular y ocupa este cargo desde hace bastante tiempo. Puede confiar en su discreción, pero ella escuchará lo que aquí se diga y además tomará nota de ello.

—Se trata de un asunto extraordinariamente delicado, míster

Mason —insistió Winlock—. Es una cuestión personal.

—Miss Street ha escuchado muchas veces asuntos delicados y extraordinariamente personales.

Winlock reflexionó durante unos instantes y por fin se resignó.

—No me deja usted otra alternativa, míster Mason.

—Siéntese —dijo Mason— y dígame lo que le sucede.

—Mi esposa le ha dicho que ella y su hijo, Marvin Harvey Palmer, desean atestiguar que ellos fueron las dos personas a las que se vio entrando en la unidad diez entre las ocho y las nueve; que ya entonces Boring yacía en el suelo respirando trabajosamente; que olieron whisky y se figuraron que estaba borracho perdido; que Marvin Palmer esperó unos minutos, creyendo que Boring se reanimaría y podría hablar con él; y que mi esposa se quedó allí mucho tiempo.

—¿Y bien? —preguntó Mason.

—Esto no es verdad —dijo Winlock con visible agitación—. Cuando ellos estuvieron allí, Boring gozaba de plena salud y de la plenitud de sus facultades.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque yo también estuve allí, después que ellos.

—Aún no me ha dicho usted cuál fue el motivo de su entrevista con Boring —observó Mason.

—Le dije que lo haría detener por chantajista, que ya no había ninguna oportunidad de que mi parentesco con Dianne permaneciera en secreto, que usted lo había descubierto todo y que incluso Dianne estaba enterada, y que si no se había ausentado de la ciudad a la mañana siguiente lo haría detener.

—¿Le pidió que le devolviera inmediatamente los diez mil dólares?

—Sí. Y le obligué a que me los devolviese.

—¿Sin pelear?

—Le metí el pánico en el cuerpo. Por nada en el mundo se hubiese desprendido de aquel dinero, pero no tenía ganas de ir a la cárcel por chantaje.

—¿Había dado usted los diez mil dólares en efectivo?

—Eso es.

—¿A qué hora?

—Alrededor de las cinco de la tarde. Había venido a mi oficina poco antes de la hora de cierre. Se quedó en ella muy poco rato, pues yo tenía ya el dinero a punto.

—¿Y desde su oficina se dirigió en seguida al motel?

—Creo que sí. Pero usted debe saberlo. Por lo que dicen, lo había hecho seguir.

—Así decía el informe del detective —observó Mason.

—Me tiene muy trastornado este asunto, míster Mason. Yo no puedo consentir que mi mujer cometa perjurio sólo para salvaguardar nuestra reputación. Es un precio demasiado elevado.

—¿Y cómo sabe usted que sería perjurio?

—Porque Boring estaba perfectamente cuando yo salí de allí.

—Eso es lo que usted dice —objetó Mason, mirando fijamente a Winlock—, pero hay otra explicación.

—¿Cuál?

—Que usted lo mató.

—¿Yo?

—Así es. Vio a Boring y lo amenazó con hacerle detener, y Boring le contestó que podía hacerlo, pero que él no se dejaría amedrentar. Discutieron, usted le golpeó, causándole una herida fatal, y entonces recuperó el dinero que antes le había dado a causa del chantaje.

»En este caso, el testimonio de su esposa no tendría como objeto salvar a Dianne, sino salvarle a usted.

»El hombre se estaba muriendo en el suelo cuando Dianne entró en el apartamento del motel. Usted fue el último en verle antes de que llegase Dianne. Si asegura usted que Boring vivía y estaba sin novedad cuando le vio, se convierte en seguida en el asesino.

—No puedo remediarlo —dijo Winlock—. Voy a decir la verdad. Ya he estado viviendo demasiado tiempo entre mentiras.

—Vamos a ver —prosiguió Mason—, ¿qué ocurriría si su esposa subiese al estrado y su hijastro también, y ambos jurasen que cuando entraron en aquella unidad del motel, hallaron a Boring yaciendo en el suelo, respirando con un estertor y con toda la habitación apestando a whisky?

—Si me hicieran subir al estrado, yo no dejaría de contar la verdad.

—¿Y si no le hicieran subir al estrado?

Winlock se levantó y empezó a recorrer la habitación, crispando convulsivamente las manos.

—¡Que Dios me ayude! —exclamó—. No sé qué hacer. Me marcharé del país, donde nadie pueda interrogarme. Yo…

—Se marcharía del país para evitar una acusación de asesinato —observó Mason.

—No disparatemos, míster Mason. Si yo lo hubiese matado, nada podría complacerme más que la historia que mi mujer y mi hijastro están preparando para comprar el silencio de Dianne. En este caso, yo sería el primero en cometer perjurio y jurar que Boring estaba inconsciente y al parecer borracho.

—A menos que esté usted representando ahora una comedia para salvar el cuello y desorientarme a mí… —observó Mason—. Apenas me ha dicho que Boring estaba vivo y bien cuando usted le dejó, me ha puesto en la situación de aceptar un perjurio si permitiera que su esposa y su hijastro actuasen como testigos de la defensa diciendo que el hombre yacía sumido en el estupor, y al parecer embriagado.

—No puedo evitarlo, míster Mason. En este asunto he llegado ya demasiado lejos por el camino del engaño. He llegado al extremo de no poder dormir, de no poder vivir en paz.

—¿Y cuál es la actitud de mistress Winlock ante todo esto?

—Por desgracia, o tal vez afortunadamente, ella no comparte mis sentimientos. Al parecer, lo único que la preocupa es el modo de evitar que esta situación sea hecha pública, cómo impedir que sus amistades se enteren de que ella ha estado viviendo una vida engañosa durante catorce años, o sea de que nunca ha estado casada conmigo. Su única preocupación radica en el efecto inmediato que causaría en su vida social y financiera.

—Está bien —dijo Mason—. Vuelva a su casa y hable con ella. Pero recuerde que, como abogado, estoy obligado a hacer lo que más convenga para obtener los resultados que redunden en beneficio de los intereses de mi cliente.

»Usted me asegura que Boring estaba perfectamente cuando usted se marchó, pero su esposa y su hijastro insisten en que yacía en el suelo, gravemente herido, pero que debido a que sus ropas

estaban empapadas en whisky, creyeron que estaba borracho como una cuba.

»Yo no puedo aceptar su palabra contra la de ellos. Tengo que hacer lo que más beneficie a Dianne.

—No puede hacer esto, Mason —dijo Winlock—. Es usted un abogado que goza de inmejorable reputación. No puede colaborar en un perjurio.

—¿Cree que su esposa se dispone a cometer perjurio?

—Me consta.

—¿Y no ha pensado que Boring pudo haber estado fingiendo para engañarlos? ¿Y si vertió whisky en sus ropas y se echó en el suelo, sumido en fingido estupor? ¿Para levantarse cuando usted entró en el apartamento y hablar como si nada hubiese ocurrido?

—Cuando yo hablé con él, sus ropas no olían a whisky.

—En este caso, usted es el asesino de Boring. Tiene que serlo forzosamente.

—¡No diga desatinos, Mason! —dijo Winlock.

—En tales circunstancias —murmuró Mason, pensativo—, el caso sería muy confuso y complicado. Nadie sabría qué debía hacer. Estremecería a toda la comunidad hasta sus cimientos.

—Si mi esposa y mi hijastro subieran al estrado y cometiesen perjurio —dijo Winlock—, supongo que no me quedaría más alternativa que la de subir a mi vez y contar una historia similar, pero puedo asegurarle, Mason, que sería un embuste.

—En vista de ello, yo no le llamaría como testigo —dijo Mason —. Pero esto no me impide llamar a mistress Winlock y a Marvin Harvey Palmer.

Winlock miró a Mason y en seguida bajó la vista.

—Me gustaría conocer la respuesta a todo esto —murmuró.

—Y a mí también —aseguró Mason, estudiándole atentamente.

—Desde luego, siempre puedo colocar a mi mujer fuera de la jurisdicción de este tribunal —dijo Winlock.

—Claro que puede, pero debo advertirle una cosa. Si yo decido entablar una defensa y llamar a su esposa y a su hijastro, y éstos no aparecen, contaré al tribunal las conversaciones que he tenido con ellos y el hecho de que los dos se han ofrecido como testigos. Insistiré en proseguir el caso hasta que los dos puedan comparecer

como testigos, y nadie puede permanecer indefinidamente apartado de la jurisdicción de un tribunal. Son demasiados los intereses que les ligan aquí.

—No tengo otra alternativa —dijo Winlock, moviendo la cabeza —. Estoy en un callejón sin salida.

Se encaminó hacia la puerta, la abrió y se alejó por el pasillo.

Della Street miró a Mason con un gesto de curiosidad.

Cinco minutos más tarde sonó el teléfono.

—Mistress Winlock desea hablar con usted, míster Mason — anunció Della.

Mason cogió el auricular. Volvió a oír la voz fría, casi burlona, de mistress Winlock.

—¿No ha decidido aún, míster Mason?

—Todavía no —dijo Mason.

—No me muevo de casa, míster Mason. Sólo necesitaré unos pocos minutos para disponerme a salir. Mi hijo me acompañará.

—¿Y atestiguará tal como ha indicado? —preguntó Mason.

—Lo haré, siempre y cuando usted me dé su palabra de caballero y abogado de que tanto usted como Dianne guardarán el secreto del parentesco de ésta y aceptarán la remuneración financiera ofrecida por míster Winlock. Buenas tardes, señor Mason.

De nuevo volvió a oírse el chasquido del otro auricular al ser colgado.

En aquel momento aparecieron dos camareros y se dispusieron a servir el almuerzo.

—Tengo la impresión, Perry —comentó Della Street, apenas los dos camareros se hubieron ausentado—, de que te hallas ante un dilema de la mayor importancia.

Mason asintió, jugueteó con la comida durante unos instantes y después apartó su plato, se levantó y empezó a recorrer nerviosamente la habitación.

—¿Tienes idea de lo que vas a hacer? —preguntó Della Street.

—¡Maldición! —estalló Mason—. Todo indica que George Winlock es el asesino…

—Tiene que serlo —dijo Della Street—, a menos que Dianne esté mintiendo.

—Yo tengo que aceptar como auténtico el relato de mi cliente —

afirmó Mason—. Tengo la obligación de considerar su declaración en todo su valor. Sin embargo, forzosamente ha de mentir con respecto a aquella llamada telefónica a la directora del motel. Tuvo que ser mistress Winlock la que hizo aquella llamada. Lo confirma el testimonio de Dillard con respecto a la hora en que Dianne salió de allí. Dianne no tuvo tiempo de llegar a un teléfono y hacer aquella llamada.

»Pero lo más significativo es que mistress Winlock no llamó por teléfono hasta que su marido hubo salido del apartamento de Boring y hubo tenido tiempo para comunicarle que había asustado a Boring y le había obligado a devolver el dinero.

—Por lo tanto, esto indica que George D. Winlock es el asesino —concluyó Della Street.

—Y ha manejado el asunto con tanta habilidad —dijo Mason;—, que si yo trato de presentarlo como el asesino, todos me tendrán por un estúpido. Por otra parte, si coloco a mistress Winlock y a su hijo en el estrado y les permito contar la historia que han preparado, sacaré a Dianne del apuro, pero yo quedaré sujeto a una acusación de complicidad en el perjurio si alguna vez se le ocurre a Winlock ponerme en un aprieto.

—¿Y no podría ser todo esto un plan que ellos han trazado hábilmente entre los tres? —preguntó con aplomo Della Street.

—Bien puedes tener razón —replicó Mason.

—¿Cuál sería, pues, tu contraataque?

—No lo sé —confesó Mason—. Primero creí que se trataba tan sólo de una oferta de perjurio y estaba dispuesto a sacar a relucir todo el asunto. Pero ahora ya no me atrevo a negar que se trate de un plan muy astuto para inutilizar mi defensa y dejarme sin saber qué hacer.

El abogado siguió paseando por la habitación, pero al poco rato dijo:

—Desde luego, Della, no es tarea mía la de probar quién mató a Boring. Eso es cosa del fiscal. Mi obligación consiste en demostrar que Dianne es inocente.

—¿Puedes hacerlo? —preguntó Della Street.

—Con ese testimonio puedo lograrlo casi sin esfuerzo alguno.

Volvió a sonar el teléfono.

—Paul Drake —anunció Della Street.

—¡Hola, Perry! —exclamó Drake—. He terminado mi trabajo en el Restawhile Motel.

—¿Qué has averiguado?

—La distancia es de unos treinta metros en cada dirección. Caminando a una marcha normal, se necesitan unos treinta segundos para cubrir cada recorrido. Con más velocidad, es posible acortar este tiempo. Entrar, coger el teléfono y efectuar la llamada, exige siete segundos. Por lo tanto, el testimonio de la directora es bastante exacto. Si hizo lo que cuenta, un minuto y diez segundos es el límite aproximado.

—De acuerdo —dijo Mason—. Tienes que hacer otra cosa, Paul. Acércate en coche a la cabina telefónica que hay en la calle, a unas tres manzanas del motel. Llámame desde esta cabina y dime el tiempo transcurrido hasta que oigas mi voz. Yo espero junto al teléfono.

—De acuerdo —contestó Drake—, pero después querré almorzar. Estoy hambriento. Supongo que vosotros os habréis estado tratando a cuerpo de rey y estaréis sentados tan tranquilos.

—Nada de esto —aseguró Mason—. Yo estoy sentado en el extremo de una rama y tengo la impresión de que junto al árbol hay alguien armado con una sierra enorme. Date prisa y dime lo que hayas averiguado, Paul.

Cuatro minutos más tarde, Paul telefoneó otra vez.

—Oye, Perry —dijo—, han pasado exactamente dos minutos desde el momento en que salí del motel para venir aquí, aparcando el coche, entrando en la cabina telefónica, cerrando la puerta, marcando el número y esperando a oír tu respuesta.

—No cabe duda —dijo Mason—. Dianne no pudo salir de allí y efectuar aquella llamada. De lo contrario, todo el elemento tiempo estaría falseado.

—Ella fue la última persona que vio a Harrison Boring con vida —comentó secamente Drake—. Acaso puedas llegar a confundir a Dillard con las cuestiones del tiempo, pero todo ello no representa más que un factor técnico. Los hechos hablan por sí mismos.

—Desde luego —murmuró Mason junto al auricular—, la hora en que Dianne salió puede ser contrastada con hechos auténticos y

reales. La de su llegada sólo queda indicada por el reloj de Dillard. Pero supongamos que éste cometiera el error de poner en hora su reloj, no por medio de la radio, sino con el reloj que hay en la oficina del motel.

—¿Serviría de algo que pudieras demostrarlo?

—Cualquier cosa ayudaría —repuso Mason—. Todo lo que pueda contribuir a aclarar la situación.

—O a confundirla —recalcó Drake—. Voy a buscar mi almuerzo.

Mason colgó el teléfono y se volvió hacia Della Street.

—Dos minutos —dijo.

—¿Y esto significa una diferencia de casi cuatro minutos con lo que Dillard manifiesta?

—Algo por el estilo.

—Dillard estuvo mirando su reloj casi a oscuras y pudo haber interpretado mal la posición de las manecillas.

—En lo que a Dianne se refiere, esto es vital —observó Mason.

—Desde luego —dijo Della Street—, esto siembra la duda, pero al fin y al cabo ella se quedó en la unidad diez minutos, aunque Dillard cometiera un error.

—Ella asegura que no —le recordó Mason.

—Pero admite que se quedó el tiempo necesario para efectuar un registro y hallar el contrato. En cuanto al tiempo, Dianne sólo lo ha estimado por aproximación.

—Lo que más me preocupa es la fría calma de ese fiscal de distrito, que actúa como si se tratase de una cuestión rutinaria en una de tantas diligencias preliminares y como si nada pudiese impedir que en un día o día y medio tuviese todo el asunto liquidado.

—Pues yo creo —dijo Della Street— que el problema principal estriba en saber si Winlock está mintiendo, si toda la familia no estará protegiendo al hijastro, y quién asestó el golpe fatal y cuándo. Al fin y al cabo, las discrepancias de tiempo de Dillard no son más que detalles de escasa importancia.

—Dispongo de la oportunidad de presentar un testimonio que derrumbaría todo el programa del fiscal, apartaría toda sospecha contra Dianne y al propio tiempo permitiría que ésta se beneficiase de una aportación pecuniaria más que sustanciosa.

»Si opto por este camino, Winlock puede acusarme de sustentar el perjurio, o bien quedar en la situación de hacerlo cuando mejor le parezca.

—¿Qué ocurrirá si no la aprovechas? —preguntó Della Street.

—Pues que Dianne se verá acusada de asesinato —respondió Mason—. Ingresará en la cárcel esperando su juicio y tendrá que comparecer ante un jurado. Entretanto, mistress Winlock habrá retirado su oferta y jurará que jamás la ha hecho. Será la palabra de Dianne contra una serie de pruebas circunstanciales y contra la declaración de George D. Winlock, uno de los hombres de mayor influencia en esta región.

»Entonces yo daría la gran sorpresa al revelar que Winlock es el padre de la chica y que atestigua contra ella para protegerse a sí mismo. Ejerceré toda la presión posible sobre el jurado, y con toda probabilidad preferirán culpar a Dianne de homicidio en vez de hacerlo por asesinato. Es todo cuanto me cabe esperar; es el precio de tratar de mantener los principios éticos. ¡Al diablo con todo!

Comprendiendo la crisis con la que se enfrentaba el abogado, Della Street le miró con un silencio cargado de preocupación.

Capítulo 17

El juez Talent tomó la palabra.

—Es la hora acordada previamente para la reanudación de la vista del caso del pueblo del Estado de California contra Dianne Alder. Debe informar a este tribunal si ha decidido entablar una defensa, míster Mason.

—Con la venia del tribunal —dijo Mason—, la cuestión no es sencilla. Existen complicaciones que no puedo revelar, pero que no dejan de causar a la defensa cierta preocupación en lo que respecta al mejor camino a seguir.

El fiscal Leland se levantó rápidamente.

—Con la venia del tribunal, la defensa ha dispuesto de todo el tiempo que ha solicitado y me opongo a que se le conceda más.

—Yo no pido más tiempo —replicó Mason—, pero me gustaría aclarar un detalle que afecta al factor tiempo. Me agradaría hacer unas cuantas preguntas más al testigo Steven Dillard.

—¿Alguna objeción? —preguntó el juez Talent al fiscal.

—Todas las objeciones, señoría. En realidad, Dillard es un testigo hostil. No deja de estar al servicio de mi ilustre colega de la defensa. Ha prestado su testimonio de mala gana y ocultando cuanto ha podido en beneficio de la defensa. La repregunta ha quedado completada, mi caso ha sido concluido, y me opongo en cuanto a permitir que la defensa ponga en práctica esta táctica de volver a llamar a un testigo para interrogarlo. Es irregular.

—El asunto queda sometido a la decisión del tribunal —dijo el juez Talent—. ¿Quiere ampliar su declaración, míster Mason?

—Con mucho gusto, contando con la venia del tribunal. Dillard afirmó que la acusada se quedó en el apartamento desde las nueve hasta las nueve y doce. Sin embargo, hay detalles que demuestran

que la policía fue avisada a las nueve y trece, lo cual indica que la directora del motel tuvo que haber estado también en la unidad, por lo menos, a las nueve y doce minutos. A su vez, la directora del motel fue avisada telefónicamente por otra mujer que…

—No es necesario que prosiga, míster Mason. El tribunal desea que la justicia sea debidamente administrada. Su petición será concedida. Míster Dillard, haga el favor de ocupar otra vez el estrado.

Dillard subió otra vez al estrado de los testigos y Mason tomó la palabra.

—Me interesa que consulte sus notas con respecto al elemento tiempo, míster Dillard. Quiero pedir al fiscal de distrito las notas que usted ha asegurado haber tomado en la noche de autos.

El fiscal entregó rezongando el cuaderno de notas.

Mason se colocó detrás de Dillard.

—Estos números son casi ilegibles —dijo—. ¿Cómo explica esta anomalía?

—Estaba sentado junto a la ventana y tomé las notas a oscuras. No quise encender la luz.

—¿Y para determinar la hora, también consultó su reloj en la oscuridad?

—Mi reloj tiene manecillas luminosas.

—¿Cabe la posibilidad de que hubiese equivocado la hora en unos cinco minutos?

—Desde luego que no. Podía ver muy bien la esfera.

—¿Pudo tener un error de dos minutos?

—No.

—¿Y de un minuto?

—Bien, me explicaré mejor, míster Mason. No podía ver la esfera que indica los segundos, pero sí la aguja horaria y la minutera, por lo que tal vez, repito, pude cometer un error de medio minuto o tres cuartos de minuto. No creo que este error llegase a un minuto.

—Si Dianne salió de aquel apartamento —dijo Mason—, subió a su coche, se dirigió a la cabina telefónica y llamó a la directora del motel; y si ésta fue entonces a dar una ojeada a la unidad diez, regresó y telefoneó a la policía, es evidente que ésta no pudo recibir

la llamada a las nueve y trece si Dianne había salido de la unidad un minuto antes.

Dillard guardó silencio.

—Me he fijado también —continuó Mason— en que mientras los demás números son garabatos, las palabras «rubia entra en apartamento», junto con la matrícula de su atomóvil TNM 148, y la hora 9.00, están escritas con gran claridad. Lo mismo ocurre con las palabras «rubia sale del apartamento», con la hora 9.12 p. m. ¿Puede explicarme usted a qué se debe?

—Pues…, pues yo creo que quizá me trasladé a un lugar donde hubiera más luz.

—Entonces —dijo Mason—, usted no lo escribió cuando la inculpada salió de la cabina. ¿Acaso lo escribió más tarde?

—No, lo escribí más o menos entonces.

—¿Entonces, más o menos entonces?

—Entonces.

—Señoría —intervino Leland—, esto ya no es una repregunta legítima. La pregunta ha sido formulada y contestada, y la defensa pretende ahora argumentar con el testigo y confundirlo.

—Veo en todo ello una situación bastante peculiar —respondió el juez Talent—. ¿Puedo preguntarle, míster Mason, si la defensa sostiene que la inculpada fue, en realidad, la persona que llamó por teléfono a la directora del motel, sugiriendo que al ocupante de la unidad diez le ocurría algo particular?

—Tengo la impresión de que, sin perjudicar los intereses de mi cliente, puedo contestar a esta pregunta diciendo que cabe la posibilidad de que dicha llamada fuese hecha por ella o por otra persona, siendo el factor tiempo el elemento determinante.

—Ella no pudo haber llamado —dijo Leland—. Tuvo que ser otra persona, y la defensa está tratando de aprovechar esta situación peculiar en el factor tiempo para dar a su cliente la posibilidad de adjudicarse esta llamada.

Pero Mason seguía examinando el cuaderno de notas de Dillard, al parecer sin prestar atención alguna a la objeción del fiscal.

—Míster Mason —dijo el juez Talent—, se ha hecho una objeción. ¿Desea discutirla?

—No, señoría.

—Yo opino que la pregunta ha sido presentada y contestada. Apoyaré esta objeción.

Mason se volvió hacia Dillard.

—Está bien, pero voy a formularle otra pregunta que aún no ha sido planteada ni contestada, míster Dillard. ¿No es verdad que anotó usted los datos de la entrada de la inculpada en la estancia, junto con la matrícula de su coche y con la hora en que ella salió de la unidad, antes de *que la inculpada saliese realmente de la misma*? ¿Y que entretanto usted estaba sentado ante la mesita, iluminada por una lamparilla, donde pudo escribir dichos datos con toda claridad?

—No —dijo Dillard, tras un instante de vacilación.

—¿Y no es cierto también —prosiguió Mason— que usted es conocido por su carácter violento? ¿Que después de salir de la unidad diez el hombre de las gafas oscuras, el difunto Harrison T. Boring, que se había dado cuenta de que usted le espiaba por una rendija de las cortinas, vino a su unidad, le amenazó, y usted perdió los estribos y le golpeó? ¿Y que el golpe derribó a Boring, chocando su cabeza con una piedra y quedando inmóvil? ¿Que usted, dándose cuenta de que había lesionado gravemente a Boring, lo levantó, lo llevó hasta su propio apartamento, abrió la puerta, lo depositó en el suelo, derramó whisky sobre sus ropas, regresó a su unidad y, mientras estaba meditando sobre lo que podía hacer, vio que la inculpada entraba en la cabina de Boring? ¿Y no es verdad que entonces abandonó la vigilancia de la unidad diez, buscando una solución que le permitiese salvarse, y que mientras estaba reflexionando oyó el motor del automóvil de la inculpada y observó que ésta se marchaba? ¿Y que mientras seguía sin saber qué hacer, oyó la llegada de la policía; que algo más tarde escribió unos datos falsos acerca de la llegada de la inculpada, anotando más o menos aproximadamente la hora de la llegada y la de la salida, y llamando después a su jefe, Sid Nye, y pidiéndole que acudiese en su ayuda?

Leland se levantó con una sonrisa sarcástica.

—¡Oh, señoría! —exclamó—. Todo esto es demasiado absurdo. Yo…

Se interrumpió de pronto al ver la expresión del rostro del juez. El juez Talent se había inclinado hacia delante y miraba fijamente a Moose Dillard.

El hombrón que ocupaba el estrado de los testigos abría y cerraba convulsivamente sus manazas. Los músculos de su cara se contraían, como sucede con el hombre ya maduro que quiere llorar y no sabe hacerlo.

Un momento después, Dillard se enjugó el sudor que le corría por la frente con el dorso de la mano.

—Será mejor que conteste a esta pregunta, míster Dillard —dijo el juez con severidad—, y que la conteste con toda veracidad.

—Está bien —contestó Dillard—. Así ocurrió todo. Le pegué un puñetazo a aquel individuo. Pero no lo derribé; estaba de pie en el umbral de mi puerta, insultándome, y de pronto hizo un gesto de golpearme. Yo fui más rápido y le solté un directo. El golpe lo echó hacia atrás y su cabeza chocó contra la esquina del pilar del porche. Entonces fue cuando se desplomó.

»Yo no sabía que hubiese recibido un golpe tan serio, pero ya me había visto otra vez en el mismo apuro. Levanté a Boring y lo trasladé a la unidad diez, donde derramé un poco de whisky sobre él. Entonces observé que estaba malherido. Regresé a mi cabina y, mientras trataba de decidir lo que haría, vi que llegaba aquella chica.

—¿La inculpada? —preguntó el juez Talent.

—Eso es. De momento, no apunté nada. Me senté ante la mesa y oculté el rostro entre las manos. Oí cómo se marchaba y, al cabo de un rato, la llegada de los agentes. Entonces comprendí que me había metido en un jaleo muy grave.

»Llamé a Sid Nye y le di la consigna de "Hey Rube!". Él había trabajado en el teatro y yo en el circo. Sabía que acudiría en mi ayuda. Pensaba explicarle lo ocurrido, pero vino también Perry Mason con él y entonces me vi perdido.

»Antes de que llegaran, anoté aquellos datos falsos en mi cuaderno. Sólo quería que la visita de la chica quedase registrada, y como no sabía la hora de su llegada y de su salida, escribí unas horas aproximadas.

»Lo que a mí me interesaba después era marcharme de esta ciudad. No pretendía causar un conflicto a esta muchacha, lo que deseaba era ponerme a salvo yo.

El juez Talent miró a Leland.

El fiscal permaneció inmóvil durante unos momentos, sin que la expresión de su rostro denotara la confusión que bullía en su mente. Después se sentó con lentitud, como si los músculos de sus piernas hubiesen perdido toda su fuerza y no pudieran sostenerlo.

El juez Talent se volvió hacia Mason.

—¿Le importaría referir al tribunal cómo ha deducido lo ocurrido, míster Mason? Es evidente que se le acaba de ocurrir.

—Con la venia del tribunal —dijo Mason—, me bastó comprender que mi cliente decía la verdad para suponer que en la declaración de este testigo tenía que existir algún error. Entonces empecé a buscar una posible explicación. Cuando me fijé en la claridad de la anotación en su cuaderno, referente a la visita de Dianne, supe que no había sido escrita a oscuras.

»Cuando vi las letras p. m. después de la hora, tuve la seguridad de que aquella anotación había sido falsificada. Ningún detective que tome notas durante una vigilancia nocturna escribirá nunca p. m. después de la hora[2]. Sólo me queda reprocharme a mí mismo por no haberlo visto antes.

—En cambio —observó el juez Talent— este tribunal desea felicitarle por su magistral interrogatorio y por su rápida coordinación de ideas.

El juez se volvió seguidamente hacia el fiscal.

—La vista del caso contra la inculpada queda suspendida, y creo que procede colocar al testigo Dillard bajo custodia, por perjurio y sospecha de homicidio. De todos modos, tengo la impresión de que probablemente ha dicho la verdad y que el golpe fue asestado en defensa propia. El tribunal levanta la sesión.

Capítulo 18

Mason, Della Street, Paul Drake y Dianne Alder estaban reunidos en el dormitorio de la suite de Mason en el hotel.

—No podré contener a la prensa por mucho tiempo, jefe —dijo Della Street—. Los periodistas llenan la sala y los combinados no bastan ya para mantenerlos a raya. Lo que quieren es información.

Mason miró a Dianne.

—¿Qué hacemos, Dianne?

—En lo que a mi padre se refiere, él me ha repudiado. Cuando niña, le quería, e incluso ahora le tengo una gran estima, pero reconozco sus debilidades.

»En cuanto a la mujer que vive con él, no deja de ser una mujer. Tiene sus problemas propios. Ha conseguido aquí una destacada posición social y no quiero privarla de ello.

La joven volvió a suspirar y miró a Mason, sonriendo.

—Voy a regresar a Bolero Beach —dijo—. Llegué aquí como Dianne Alder, de profesión modelo, y me dispongo a volver a Bolero Beach como Dianne Alder a secas. Puede usted hacer el arreglo que crea más conveniente con… mi padre.

—¿No quiere verlo?

La joven pugnó por contener sus lágrimas.

—El no desea verme a mí —contestó—, y yo comprendo que para él significaría un riesgo. No quiero truncar la felicidad de otras personas.

Mason miró a Della Street y asintió con un gesto de la cabeza.

—De acuerdo —dijo—. Della, sal y haz una declaración a los periodistas.



ERLE STANLEY GARDNER (17 de julio de 1889, Malden, Massachusetts - 11 de marzo de 1970) fue un abogado y escritor estadounidense. Autor de novelas policíacas, que publicó bajo su propio nombre, y también usando los pseudónimos A. A. Fair, Kyle Corning, Charles M. Green, Carleton Kendrake, Charles J. Kenny, Les Tillray, y Robert Parr.

Sus novelas destacan por su acción y sus ingeniosas revelaciones legales transformando la vida de la abogacía en una apasionante profesión. Así nacieron más de cien relatos policíacos con la diferencia innovadora con relación a las historias de la época, de que sus protagonistas eran atrevidos e inteligentes abogados y no solamente policías y ladrones. La característica que hizo a Gardner

notorio en el medio, es que, a pesar de pertenecer al género policíaco, el héroe de sus novelas no era un policía ni un detective, sino un abogado o un fiscal.

Sin duda alguna su personaje más conocido fue Perry Mason, el cual apareció en más de ochenta novelas e historias cortas. Perry Mason no solo demostraba la inocencia de su cliente, sino que acababa desenmascarando al verdadero culpable. Mason siempre ganó los casos en los que intervino, excepto uno (El caso de la mecanógrafa aterrorizada).

Además de las novelas de Perry Mason, Gardner escribió bajo el pseudónimo A. A. Fair, varias novelas con los detectives Bertha Cool y Donald Lam; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal Doug Selby, y su enemigo Alphonse Baker Carr. En esta última serie, era evidente el contrapunto a la serie de Perry Mason, pues los papeles del investigador infalible y su eterno rival eran invertidos entre el fiscal y el abogado de las novelas.

Notas

[1] Moose significa ante.(N. del T.) < <

[2] Las iniciales p. m. (post meridiem) indican las horas posteriores a las 12 del mediodía, hasta las 12 de la noche. (N. del T.) <<